



9.22-29

4196

Regalado por su autor a la
Biblioteca

COMPENDIO
DE
HISTORIA UNIVERSAL

POR

P. POLICARPO MINGOTE Y TARAZONA,

Doctor graduado en Filosofía y Letras,
Catedrático numerario, por oposición, de esta asignatura,
Correspondiente de la R. Academia de la Historia,
Socio de Mérito de la Económica de Amigos del País de León,
Profesor honorario del R. Colegio de San Lorenzo
del Escorial, etc.

(CUARTA EDICIÓN)



—LEÓN—

Establecimiento tipográfico de los Herederos de Miñón
Zapatería 1 y Revilla 2 y 3

COMPONEN
HISTORIA UNIVERSAL

La historia universal
de la humanidad
desde sus orígenes
hasta el presente
en un curso completo
de enseñanza superior

ES PROPIEDAD DEL AUTOR



COMPENDIO DE HISTORIA UNIVERSAL

Premiado con Diploma de Primera clase
en la Exposición literaria y artística de Madrid de 1885
y con Medalla de Plata en la Universal de
Barcelona de 1888.

COMPENDIO DE HISTORIA UNIVERSAL

Escrito por D. Felipe de Castro y
en la imprenta de D. Juan de la Cruz y
D. Juan de la Cruz y D. Juan de la Cruz y
D. Juan de la Cruz y D. Juan de la Cruz y

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA HISTORIA

LECCIÓN I.

Definición de la Historia.—Elementos que supone todo hecho.—Elementos que constituyen la Historia.—Ley fundamental histórica.—El Progreso.—Clasificación de la Historia por el sujeto, el objeto y la forma.—Ciencias auxiliares de la Historia.—Medida del Tiempo.—Edades y períodos.—Importancia de los estudios históricos.

Historia es la ciencia que estudia el desarrollo progresivo del espíritu humano, conseguido mediante el empleo de nuestra libertad y bajo la dirección de la Providencia: este desarrollo se traduce en hechos.

Todo hecho supone necesariamente un sujeto, un objeto y una forma.

El *sujeto* de la Historia es la Humanidad; el *objeto* se halla determinado por los hechos, no en tanto que éstos constituyen su parte material, sino en cuanto se relacionan con nuestro destino en la Tierra; y por *forma* entendemos el procedimiento para escribirla ó enseñarla.

Los principales sistemas en cuanto á la forma son: el *histórico*, que solo concede importancia á los hechos; el *filosófico*, que prescinde de los hechos y se fija en las leyes que los determinan; y el *armónico*, el cual estudia los hechos analizando sus causas y las consecuencias que de ellos se derivan.

Según el sistema armónico, que es el nuestro, la Historia se compone de dos elementos: el *variable*, constituido por los

hechos, y el *permanente* ó sean las leyes á que estos hechos obedecen. Por más que los actos humanos son idénticos siempre, como manifestaciones de un sujeto que no cambia, dependen al propio tiempo de circunstancias varias, entre ellas, el clima, la raza, el temperamento, la educación, etc., lo cual hace que haya algo que los diferencie, pudiendo afirmarse que si *nuevos* en lo que tienen de mudable, son *antiguos* en lo permanente.

Los hechos históricos obedecen á una ley. El hombre en sus actos no sigue el impulso ciego de su instinto á semejanza de los animales: la *libertad humana* es un hecho de conciencia. Por otra parte, el hombre es un sér de la creación, y como tal está subordinado á las leyes que Dios impuso al Universo; no puede, pues, sustraerse á la *acción de la Providencia*. Con razón se dice que la Humanidad se mueve y Dios la guía.

La Libertad humana y la Providencia divina son la base firmísima del hermoso edificio de la Historia: su armonía constituye la Ley histórica.

De la misma manera que la velocidad inicial de la Tierra y la atracción que el Sol ejerce sobre ella originan, armonizándose, la órbita de nuestro mundo en el espacio, así la Libertad y la Providencia determinan una resultante que llamaremos *Progreso*. Progreso quiere decir movimiento hacia la perfección, de donde deducimos que la Humanidad se perfecciona á través de los siglos.

Según que el sujeto se tome en todo ó en parte de su extensión, la Historia se llama: *Universal*, si comprende la vida de la Humanidad; *General*, si la de una parte de ella enlazada por vínculos comunes; y *Particular*, si la de un pueblo. La particular, á su vez, puede ser Corográfica, Topográfica, Genealógica, Biográfica y Monográfica, según que se ocupe de una región, una ciudad, una familia, un individuo ó un hecho.

Los hechos que el hombre realiza libremente constituyen el objeto de la Historia, y como el alma humana dispone de tres facultades esenciales, sensibilidad, inteligencia y voluntad, de aquí que por este concepto se la divida en Historia del *Arte*.

de la *Ciencia* y de la *Religión*: la Moral se incluye en este último grupo.

Por su forma puede ser *narrativa* si el Historiador se limita á referir los hechos enlazados en el tiempo; *descriptiva*, si intercala pinturas de lugares y retratos de personas; *filosófica*, si investiga las causas á que los hechos obedecen; y *crítica*, si analiza los testimonios que acreditan la verdad de su contenido.

Los hechos históricos se verifican en lugares y momentos que fijamos con exactitud: el Espacio aplicado á la Historia se estudia en la *Geografía*; el tiempo en la *Cronología*. Ambas ciencias se llaman *auxiliares* de la Historia.

Las unidades de medida del tiempo aplicado á la Historia son el día, el año y el siglo.

Era histórica es un sistema de computación del tiempo, que toma como base un hecho notable al cual se subordinan todas las fechas: es de absoluta necesidad porque desconocemos cuándo apareció sobre la Tierra la vida humana.

Los pueblos civilizados adoptan la *Era Cristiana*, cuya base es el nacimiento de Jesucristo. Las eras más importantes, referidas á la Cristiana, son: la de las *Olimpiadas* (776 a. de J. C.) usada por los griegos; la *Romana* (753 a. de J. C.) ó de la fundación de Roma; la *Hispana* (38 a. de J. C.) que erigió Augusto para conmemorar el fin de la Guerra Cantábrica; y la *Hegira* (622 d. de J. C.) exclusiva de los Musulmanes.

Cronológicamente la Historia universal se divide en tres Edades: *Antigua* (?—476 d. de J. C.) que principia no sabemos cuándo y termina con la destrucción del Imperio Romano por los Bárbaros; *Mé dia*, (476—1453) que se prolonga hasta la destrucción del Imperio bizantino por los Turcos; y *Moderna* (1453—1815) que finaliza con el Congreso de Viena: los tiempos posteriores al 1815 se denominan *Historia contemporánea*.

Aplicando á la enseñanza de la Historia el método *sincrónico*, que es el racional, resultarán divididas las Edades en *Períodos* de este modo:

Edad antigua: tiempos prehistóricos. —Oriente. —Grecia. —Roma.

Edad média: El Cristianismo y los Bárbaros. —El Feudalismo. —El Pontificado y el Imperio. —Desarrollo de las Monarquías.

Edad moderna: Las Nacionalidades. —La Reforma. —La Monarquía absoluta. —Las Reformas y las Revoluciones.

La Historia es el gran libro donde se guardan los tesoros de la experiencia, legados á través de las edades para que puedan servir de constante ejemplo á los humanos; así pudo Cicerón llamarla *Maestra de la vida*. En todas sus páginas nos enseña á eternizar el honor de los grandes ciudadanos y de los grandes pueblos, para conseguir que redunden en provecho nuestro las desventuras de las generaciones que fueron, como si la existencia de hoy se dilatara por los siglos de los siglos ó fuera nuestra Pátria la extensión de todo el mundo. Además, los distintos ramos del saber humano se encuentran ligados íntimamente con la Historia, hasta el extremo de que el jurisculto, el diplomático, el estadista y el filósofo, necesitan consultarla á cada paso y analizar los preciosos elementos que atesora en sus anales.

EDAD ANTIGUA

TIEMPOS PREHISTORICOS.

LECCIÓN II

La Prehistoria y la Biblia.

Qué es Prehistoria.—Origen de nuestro Planeta.—Origen del Hombre.—Unidad de la especie humana: las razas.—La creación del Hombre y del Mundo según el Génesis.—El Diluvio.—Dispersión de las gentes.—Concordancia entre la Prehistoria y la Biblia.

Prehistoria es el estudio de los orígenes del hombre y de las primeras sociedades, antes de que hubiese Historia escrita: comprende las investigaciones de la Geología y la Paleontología.

En el principio nuestro sistema solar era una nebulosa que marchaba por el espacio obedeciendo á sus movimientos de rotación y traslación, la cual nebulosa vino á tomar la forma de un disco al que rodearon varios anillos, que concluyeron por romperse: de estos anillos se formaron los planetas, uno de los cuales es la Tierra.

La Tierra se enfrió por irradiación, su corteza tomó consistencia, los vapores al elevarse formaron la atmósfera y originaron continuados diluvios, se agrandó el espesor de la parte sólida sobre la cual se dibujaron los continentes y los mares con sus depresiones y alzamientos, y tomó, por último, la forma que hoy tiene.

La Paleontología divide la historia de la Tierra en cinco edades denominadas paleozóica, mesozóica, cenozóica, neozóica y moderna.

La vida no apareció de una sola vez sobre la Tierra, sino por grados: primero los minerales constituyendo las capas geológicas, después el reino vegetal, el animal luego, y por fin el hombre. Tuvo lugar esto último á principios de la edad neozóica.

Los descubrimientos arqueológicos presentan á los primeros hombres dedicados á la caza y á la pesca, sirviéndose de piedras cortantes que trasformaban en hachas, de piedras pulimentadas para convertirlas en cuchillos y flechas, ó de maderas, espigas y huesos al modo de lanzas, alfileres y mazas: solo se encuentran vestigios de metales al fin de la edad neozóica, coincidiendo con la construcción de las poblaciones lacustres.

Demuestra la Geología que la edad moderna tiene por base un cataclismo producido por el agua, es decir, un Diluvio.

Algunos naturalistas pretenden que el hombre apareció en diversos puntos de la Tierra á la vez, ó lo que es igual, que se conocen diversas especies humanas: la Fisiología y la Historia se encargan de refutar esta opinión. Lo que hay es que influido los hombres por el medio en que viven han afectado algunas variaciones, exteriores solamente, y que estas variaciones han servido de base para dividir la especie humana en razas, de las cuales las más notables son la Caucásica, la Mogola, y la Etiópica.

Según la Biblia, en el principio creó Dios los Cielos y la Tierra: la organización del mundo tuvo lugar en seis períodos de duración indeterminada. En el último formó al hombre á su imagen y semejanza; de tierra el cuerpo, y el alma de su propio Espíritu: del hombre formó la primera mujer.

Adán y Eva, nuestros primeros padres, vivieron felices en el Paraiso hasta que fueron expulsados de él por su desobediencia: después de la expulsión tuvieron tres hijos, Caín, Abel y Seth. Caín mató á su hermano Abel, por envidia; y andando los tiempos, los descendientes de Caín, que eran perversos,

contaminaron á los de Seth, y llegó un día en el cual unos y otros se olvidaron del Dios único y cayeron en la depravación más espantosa.

Entonces anunció Dios á Noé que la Humanidad y cuantos seres vivían sobre la Tierra serían destruidos por un diluvio, encargándole la construcción de un arca en forma de nave para que pudieran salvarse él con toda su familia y una pareja de animales de cada especie: construida aquella, los mares rompieron sus diques y la lluvia inundó el globo durante cuarenta días con cuarenta noches. Todos los seres, menos los reservados en el arca, perecieron.

Seca la tierra se pobló de nuevo, y multiplicados los hijos de Noé bajaron á los valles del Tigris y del Eufrates, originando la primera emigración histórica en esta forma: las tribus Semíticas hácia Babilonia, dando lugar á los asirios, armenios, persas, árabes, sirios y hebreos; las tribus Chusitas hácia el Occidente, originando en Asia los babilonios, cauaneos y fenicios y en África los negros; y las tribus Arias, que se diseminaron por diversas partes, siendo la base, en Europa de los griegos, romanos, celtas, germanos y slavs, en Asia de los medos, indios, mogoles y tártaros, y en América y Oceanía de los pueblos aborígenes.

Los conflictos entre la Prehistoria y la Biblia son imposibles á menos que las cuestiones científicas se discutan por espíritu de secta. La razón es sencilla: en la Biblia no se encuentra fecha alguna asignada á la Creación ni á la formación del primer hombre; los que se dicen días son períodos de tiempo cuya duración no se fija; cada uno es dueño de inventar para uso suyo una cronología pero sin pretensiones de bíblica ó al menos sin autoridad bastante para ello; los descubrimientos prehistóricos se refieren á una época posterior á la del Paraiso terrenal; y finalmente, el hecho más fundamental, el Diluvio, se halla comprobado por la tradición y por las conclusiones de la Geología y la Paleontología

ORIENTE

LECCIÓN III.

China.—India.

China: sus aborígenes.—Resumen de su historia.—Su civilización.—Organización social y política.—India: sus aborígenes.—Resumen de su historia.—Su civilización.—Organización social y política.

Los aborígenes de la China pertenecen á la raza mogola.

La historia antigua se divide en los períodos Patriarcal (2698—1122) Feudal (1122—255) Monárquico (255—220) y Desmembraciones (220—476).

Hoang-ti organiza una monarquía patriarcal que se prolonga durante cinco siglos, al cabo de los cuales Wu-Wang destrona al soberano legítimo, se proclama jefe del Estado y divide el territorio en veintidós Cantones feudatarios: la más espantosa corrupción de costumbres sigue á esta revolución. En el siglo III, a. de J. C. el príncipe Thsin unifica el país y detiene la invasión de los Tártaros, pero las disensiones religiosas consiguen dividirlo de nuevo, aunque por poco tiempo.

Durante la Edad média es conquistada la China sucesivamente por los Tártaros y Mogoles: estos últimos se imponen con Kubilaikan, cuyos sucesores son expulsados á causa de su tiranía y barbarie. Desde el siglo XVII los Tártaros dominan en absoluto sobre ella.

Las relaciones de los Chinos con Europa datan en la Edad moderna del tratado de Nankin (1848) y de la guerra franco-china (1860).

Las principales doctrinas filosófico-religiosas de este pueblo son tres; la de Fo-hi, panteísta: la de Lao-tseu, racionalista; y la de Con-futseu, de moral práctica.

Su civilización es tan antigua como completa, según lo demuestran la aplicación del sistema decimal á la aritmética, la división científica del tiempo, el empleo de la pólvora, el del papel y la imprenta.

Las bellas artes se prestan poco á su carácter y tendencias, pero en cambio brillan como nadie en las manufacturas y en la fabricación de la porcelana: solo en Ke-te-chin funcionan actualmente 3.000 hornos para obtener porcelanas, los cuales proporcionan trabajo á más de 18.000 familias.

La base de su organización social y política, consiste en el absolutismo: la mujer y los hijos obedecen ciegamente al padre, lo mismo que los vasallos al Emperador. La dirección de los negocios está encomendada á los Letrados, única aristocracia admitida en el imperio.

Los aborígenes de la India fueron varios, sobresaliendo los Gondos, Dravidianos, Chusitas y Tibertanos.

Su historia antigua comprende los períodos Védico (2500-1500) Epico (1500—1100) Brahmánico 1100—688) y Búdico (688—700).

Al comenzar el primero los Arias adquieren la posesión del Pendjab, derrotando á los Tibetanos y Chusitas que lo ocupaban; en el segundo estos Arias se disputan el territorio y dan lugar á la guerra de los Diez reyes; el hecho más culminante del tercero es la rivalidad entre las castas sacerdotal y guerrera, verificándose en el cuarto la propagación de la reforma de Budha.

Las relaciones de la India con Europa principian con el establecimiento de los Portugueses en aquel país.

Su religión es el Brahamanismo, el cual reconoce la existencia de un solo Dios, representado en tres personas: Brahama, Vichnú y Siva. Sus principales dogmas son la inmortalidad del alma y la metempsicosis. La corrupción de costumbres hizo necesaria la reforma de Budha, cuya doctrina es eminentemente moral y tiene por base la igualdad de los hombres, la virtud como único medio para diferenciarlos en categorías, la caridad

obligatoria, y la práctica de la pureza, la paciencia y la energía.

Su idioma es el sánscrito y su rica literatura comprende, entre otras obras notables, el Código de Manú, el Mahabarata, el Ramayana, los Vedas y los Puranas: la poesía dramática floreció mucho. Sus construcciones se distinguen por la grandiosidad de la forma, las pinturas por lo correcto del dibujo, y la escultura por su magestad y nobleza.

La industria y el comercio adquirieron gran desarrollo cuando los Portugueses se establecieron allí.

La constitución social se funda en las castas, de las cuales se conocieron cuatro: los Brahamanes, Ksatriyas, Vaiciyas y Sudras. Los párias no tuvieron casta, ni todavía la tienen.

Políticamente, cada Estado se gobernó por un rey absoluto.

LECCIÓN IV.

Egipto.—Fenicia

Egipto: sus aborígenes.—Resumen de su historia.—Su civilización.—Organización social y política.—**Fenicia:** sus aborígenes.—Resumen de su historia.—Su civilización.—Organización social y política

Los aborígenes del Egipto pertenecen a la raza Caucásico-chusita de color rojo y labios abultados, los cuales al establecerse en el país sometieron a sus hermanos de color moreno: los vencedores se organizan en ciudades, gobernadas cada una por un sacerdote. El primer rey civil fué Menes (5000) fundador de la monarquía faraónica.

La historia antigua del Egipto comprende cuatro periodos: imperio Menfita (5000—3664), imperio Tebano (3664—1110), imperio Saita (1110—331) y Renacimiento (331—476).

Del primer periodo solo sabemos que sus reyes llegaron vencedores hasta las montañas del Sinaí, al propio tiempo que mandaban construir sus primeras pirámides; durante el segundo

y después de la invasión de los Hicsos, aparece Thutmosis III, el conquistador de la Nubia, Sudán, Abisinia, Siria, Mesopotamia, Irak, Yemén, Kurdistan y Armenia, cuyas empresas militares continúa Sesostris. Termina este período con la anulación de los faraones.

En el tercero se restablece el poder civil; se verifica la invasión de los Etiopes al mando de Sabakón; se organiza una dodedarquía, el Egipto cae bajo el poder de los Persas, y forma parte finalmente del imperio de Alejandro.

En el último renace con los Tolomeos, y Alejandría se convierte en el centro científico del antiguo mundo: su historia particular concluye absorbida por la general de Roma.

En Egipto se conocieron dos religiones; la popular y la de los sacerdotes; esta última constituía un verdadero sistema filosófico-religioso.

El idioma parece que fué el copto: su escritura, geroglífica.

Los Egipcios fueron el pueblo más sabio del antiguo Oriente, como lo demuestran sus adelantos en las ciencias astronómicas, exactas y médicas, en la literatura y en las bellas artes.

Aquella sociedad se caracteriza por dos detalles importantes, el respeto á la mujer y la fusión de las castas: bajo el aspecto político, el Faraón es dueño absoluto de cuanto existe. La agricultura y la industria alcanzaron entre los Egipcios considerable desarrollo.

Los aborígenes de la Fenicia, de raza Chusita, fundaron hácia el año 2500 a. de J. C. varias ciudades costaneras, descolando las de Sidón y Tiro.

Comprende la historia de este pueblo dos períodos. Hegemonía de Sidón (2300-1290) y Hegemonía de Tiro (1290-332).

Dedicados por necesidad los Fenicios á la navegación, establecieron las primeras relaciones mercantiles entre los pueblos orientales y occidentales, fundaron colonias en las principales islas del Archipiélago, y llegaron hasta Argelia: sometidos por el Egipto, vivieron cuatro siglos bajo esta dependencia, hasta que conseguida su emancipación y como los Israelitas se apode-

rasen de Canaán, emigran á los países mediterráneos en grandes masas. Sidón era entónces la ciudad más populosa y rica del mundo.

Sidón es destruida por los filisteos y hereda Tiro la hegemonía fenicia: mediante ella alcanza este pueblo un grado mayor de prosperidad y grandeza, sus naves traspasan el estrecho de Gibraltar y llegan hasta Inglaterra: la revolución que estalló á mediados del siglo IX fué causa de la fundación de Cartago.

Orgullosa este pueblo con su grandeza se empeña en guerras contra los babilonios, cartagineses y griegos, hasta que Tiro es destruida por Alejandro y el territorio pasa á formar parte del Imperio greco-oriental.

La religión fenicia fué una apoteosis de las fuerzas naturales: su culto ofreció una mezcla de sangre, desenfreno y liviandad que repugnan.

A este pueblo corresponde la gloria de haber desarrollado el comercio antiguo, prestando con ello inmensos servicios á la civilización: su industria, floreciente y rica, trabajaba principalmente la púrpura, el cristal, los vasos pintados y multitud de objetos de bronce, hierro y marfil.

Su idioma era un dialecto del hebreo; la escritura, alfabética; y su literatura, así como sus obras científicas, muy notables.

Las construcciones eran pequeñas pero imponentes y macizas, y las artes plásticas aparecen como un reflejo del arte egipcio y asirio.

En la Fenicia no se conocieron ni las castas ni el despotismo: fué una confederación de ciudades libres, unidas por intereses comunes, pero que se gobernaban independientemente, afectando varias formas políticas.

LECCIÓN V.

Palestina.—Mesopotamia.—Media.—Persia

Palestina: sus aborígenes.—Resumen de su historia.—Su civilización.—Organización social y política.—Mesopotamia: sus aborígenes.—Resumen histórico de los Imperios caldeo, asirio y caldeo-babilónico.—Su civilización.—Organización social y política.—Media: sus aborígenes.—Resumen histórico.—Persia: sus aborígenes.—Resumen histórico.—Civilización medo-persa.—Organización social y política.

Los aborígenes de la Palestina, denominados Hebreos, descienden de las tribus Semíticas personificadas en la Biblia con el nombre de Tharé.

La historia del pueblo hebreo comprende los períodos Patriarcal (2296—1600) Federativo (1600—1100) Monárquico (1100—973) y Cismático (973—37).

De Abraham y de Sara nació Isaac, y de este Jacob, padre de doce hijos, los cuales vendieron al menor de ellos, José, á unos mercaderes egipcios: José llegó á ser en Egipto ministro del rey hicsa Apepi, y bajo su protección se establecen los Israelitas en el valle de Gessén. Muerto Apepi, y como los Israelitas se propagaran con exceso, fueron sometidos á la más dura servidumbre, hasta que Moisés, en el siglo XV, liberta á su pueblo y lo conduce al desierto de Arabia donde peregrina durante cuarenta años.

Conquistado el país de Canaam, el territorio de la Palestina se distribuyó en doce Cantones, uno para cada tribu: cada una de las tribus se gobernaba con independencia de las otras, hasta que su rivalidad y desunión hizo indispensable la creación de la Monarquía.

Sus reyes fueron: Saul, el vencedor de los amonitas; David, el conquistador de Jerusalén, que representa el período más glorioso de la historia de Israel; y Salomón, cuya alianza y amistad solicitaron con empeño los monarcas extranjeros.

A la muerte de Salomón ocurre un cisma de cuyas resul-

tas se formaron dos reinos; el de Judá y el de Israel: la ruina de ámbos no se hizo esperar mucho tiempo, pues concluyeron absorbidos por los babilonios (600) y asirios, (721) respectivamente.

La religión de este pueblo es monoteísta, no en el sentido de los egipcios, por ejemplo, sino como Dios inaccesible á los sentidos, y creador de cuanto existe: entre sus dogmas figuran el pecado original, la promesa de un Redentor y la inmortalidad del alma.

Las ciencias y las bellas artes apenas florecieron entre los hebreos: la única excepción consiste en su poesía lírica, la cual por primera vez representa el verdadero sublime.

La organización social proscribía en absoluto la tiranía, las castas y la esclavitud: los hebreos practicaron el comunismo, y aun así y todo, para evitar la aglomeración de la riqueza en pocas manos establecieron el año sabático.

Se llamó Mesopotamia el territorio comprendido entre el Tigris y el Eufrates, desde la Armenia hasta el golfo Pérsico: comprendía los Estados de Mesopotamia propia, Asiria y Caldea.

Los aborígenes de la Caldea pertenecieron á las razas Turania, Chusita y Semítica: los primeros y segundos fundaron al mezclarse los reinos de Elam y Caldea, predominando este último con sus ciudades de Ur, Nisim, Larsam y Babilonia, hasta que por los años de 2280 a. de J. C. los Elamitas se apoderan del territorio, y extienden sus fronteras más allá de la Siria. A poco de renacer la Caldea con Saryukin es conquistada por Tutmes III (1559) y viene á formar parte del Egipto.

El primer imperio Asirio, capital El Asur, comienza en el siglo XV al emanciparse del Egipto: su monarca más notable es Teglatfalasar I (1130) el conquistador de la Mesopotamia, Siria, Armenia, parte de la Media y de algunas ciudades fenicias, á cuya muerte las guerras civiles hicieron desaparecer aquella vasta monarquía. En este primer imperio Asirio colocan los historiadores la leyenda de Nino y Semíramis.

A principios del siglo XI organiza Belkatirasu el segundo imperio Asirio: después de Bin Nirán, aparece Salmanasar, el cual derrota á los Hebreos, toma á Samaria y conduce cautivos á Babilonia á todos sus habitantes. Las conquistas continuaron hasta el 606, y bajo Assur-ban-Aval el imperio tuvo por límites el Océano Indico, los mares Caspio y Egeo y el río Indo. La capital Ninive atesoró la riqueza de los países vecinos, pero es destruida (625) por Ciaxares y Nabopolasar, terminando de este modo el segundo imperio Asirio.

El imperio Caldeo-Babilónico floreció desde 625 á 538 y tuvo su origen con Nabopolasar: llegó á su mayor grandeza con Nabucodonosor II, el vencedor de los Egipcios, Fenicios, Judíos y Sirios, el cual hermoseó á Babilonia con edificios y jardines, asombro del mundo. Tanta grandeza hizo que la soberbia de Nabucodonosor II rayara en el absurdo, muriendo este monarca presa de la más estravagante locura: el imperio fué conquistado por Ciro el Grande.

La religión de los Asirios y Caldeos consistió en un panteísmo naturalista, análogo al de los Egipcios: sus ídolos afectaban la forma humana con atributos de animales.

Oficialmente se reconocían los idiomas caldeo, turanio y arameo: la escritura fué cuneiforme. De su cultura general, referida á unos ladrillos asirios, sabemos que cultivaron la historia, mitología, medicina, matemáticas, astronomía y gramática: á los caldeos se deben el Zodiaco y la división de la Semana en siete días.

Florecieron de un modo extraordinario la escultura y arquitectura, la agricultura, la industria y el comercio, sobre todo el último con sus tapices, telas de lino, objetos de lujo, muebles é instrumentos de guerra.

La autoridad del padre en la familia era absoluta, lo mismo que la del rey para con sus vasallos: de sus leyes solo sabemos que las criminales eran muy duras. En lo político, la tiranía del monarca careció de todo freno: las provincias se gobernaban por Sátrapas de nombramiento real.

Los aborígenes de la Media pertenecieron á la familia ario-irania.

Amenazados los Medos por los Asirios se organizaron en forma de una monarquía, cuyo primer rey fué Desyoces, el cual funda la capital Ecbatana: le sucede su hijo Fraortes que incorpora á su reino el territorio persa. En tiempo de Ciaxares tuvo lugar la invasión de los Scitas.

Algunos años más tarde Astiages casa á su hija Mandanac con el persa Cambises, de cuyo matrimonio nace Ciro.

Los aborígenes de Persia fueron también ario-iranios.

Su historia independiente principia con Ciro, el cual conquista el reino de los Medos, sus antiguos dominadores: en dos campañas consecutivas se apodera más tarde del reino de Lidia y del imperio Caldeo-Babilónico, (538) muriendo á los ocho años de la anexión de este último. Le sucede Cambises, que adquiere el Egipto.

Cambises pierde la razón, y los magos proclaman á su jefe Gomates, á causa de su gran parecido con Esmerdis, segundo hijo de Ciro: descubierto el engaño sube al trono Darío, príncipe de grande ambición y osadía.

Instalado Darío en el poder se dedica á organizar el poderoso Imperio medo-persa, reformando la administración, y después de conquistar la Cirenaica y la Tracia, se dirige contra los Griegos, dando comienzo á las famosas guerras Médicas.

Los idiomas oficiales reconocidos en el Imperio persa fueron el griego, egipcio, arameo, persa, turanio y asirio.

Su religión enseña la existencia de una inteligencia suprema, simbolizada en la luz, de la cual proceden dos principios, el bien y el mal, de cuya lucha resulta la vida universal. La doctrina moral se reduce á la lucha contra el mal: simbolizan la divinidad por medio del fuego.

Políticamente formaban los medo-persas un imperio regido por el despotismo. La agricultura, la industria y el comercio alcanzaron considerable desarrollo, lo mismo que la arquitectura: la escultura brilló bien poco.

GRECIA.

LECCIÓN VI.

Tiempos heroicos.—Esparta y Atenas.

Aborígenes: Colonias orientales.—Invasión dória.—Esparta: organización política y social.—Legislación de Licurgo: sus consecuencias.—Atenas: organización política y social.—Legislación de Solón: sus consecuencias.—La Tiranía en Atenas.

Los aborígenes de Grecia fueron los Pelasgos divididos en Pelasgos propiamente dichos, habitantes de la costa y Helenos, habitantes del interior: lucharon ambos, unos contra otros, disputándose la posesión del suelo y siendo vencidos los últimos, hasta que la llegada de algunos colonizadores orientales, aliados de los Helenos, hace que los papeles se cambien. Los derrotados Pelasgos emigran hacia las islas vecinas.

Al propio tiempo que la colonización litoral se verificó una invasión de pueblos arios, los cuales penetran en Grecia por el N. y se hacen dueños de todo el país: fueron sus principales tribus las de los Jónios y Dórios, establecidos definitivamente en el Peloponeso y en el Ática. Muchos heleno-pelasgos de los vencidos emigran á los países mediterráneos, donde fundan numerosas Colonias: tuvo lugar esto á principios del siglo VIII.

La historia griega se divide en dos períodos: Confederación helénica (200—338) é Imperio macedónico, (338—146) comprendiendo el primero la Edad heroica y las heguemonias de Atenas, Esparta y Tebas, y la heguemonia de Macedonia, el Imperio greco-oriental, y su desmembración, el segundo.

Los principales hechos de la edad heroica de Grecia son la expedición de los Argonautas, los trabajos de Hércules y las hazañas de Teseo, la guerra de Tebas y la guerra de Troya.

Al comenzar los tiempos históricos encontramos a los Dórios en el Peloponeso, organizados en forma de una diarquía: existieron allí tres estados sociales; los Dórios que constituían el superior, dedicado á la guerra, los aborígenes formando la población trabajadora, y los ilotas ó rebeldes á la dominación dórica, diseminados por los campos.

El primer legislador de Esparta fué Licurgo (822) cuya constitución es sumamente comunista: en ella la sociedad lo es todo, el individuo nada. Dividió el territorio en 39.000 partes, distribuidas entre otros tantos ciudadanos libres, los cuales se consideraban no más que como usufructuarios. Los ilotas quedaron excluidos de esta partición.

Respetó la forma de gobierno monárquica y estableció una Asamblea popular y un Senado: los Eforos administraban justicia.

La educación de los Espartanos era solo física, excluyendo la cultura del espíritu, siendo consecuencia de semejante sistema las guerras de Mesenia, al fin de las cuales los Mesenios se vieron reducidos á la condición de ilotas.

Los Jónios se agruparon en derredor de Atenas, organizándose bajo la forma de gobierno monárquica, cuyo último rey fué Codro.

La república que le siguió tenía por jefe á un arconta vitalicio: los estados sociales fueron tres; los nobles, de origen jónico, el pueblo, compuesto de pelasgo-helenos, y los esclavos, gentes anexionadas por la conquista.

Después de las leyes draconianas, encontramos vigente el código de Solón, (595) el cual se basa en la igualdad de las diversas clases sociales ante la ley, si bien los ciudadanos se dividen en cuatro grupos, según la riqueza de cada uno: todos los atenienses tomaban parte en las decisiones de la Asamblea general con voz y voto. Completaba este sistema político un Senado de 600 miembros, renovados por sorteo, y el Areópago, encargado de administrar justicia.

Como se vé, pues, Solón favoreció la cultura del espíritu,

al revés de lo sucedido en Esparta: el espartano socialista es un sér fuerte por su cuerpo, eminentemente guerrero y conquistador; el ateniense individualista es también fuerte, pero por su inteligencia en las artes, literatura y ciencias, es decir, fuerte de espíritu.

Degenerado el gobierno en oligarquía, la clase popular favoreció los proyectos de Pisistrato, el cual funda un gobierno personal, denominado Tiranía, que trasmite á sus hijos: la Tiranía es destruida á poco, y se restablece el reinado de la democracia pura.

LECCIÓN VII.

Guerras Médicas.—Las Hegemonias.

Guerras Médicas: su causa.—Resumen histórico hasta la paz de Cimón.—Hegemonía de Atenas: su razón.—Actitud de Esparta: guerra del Peloponeso.—Hegemonía de Esparta: traición de Alcibiades y sus consecuencias.—Hegemonía de Tebas.

La rivalidad tradicional entre el Oriente y el Occidente se renueva entre Persas y Griegos, dando lugar á las guerras médicas.

Su causa fundamental, además de la rivalidad entre las razas semítica y aria, fué la política absorbente de Darío que aspiraba á la monarquía universal: los Atenienses las provocaron, en parte, por haber incendiado á Sardes, con el intento de favorecer la emancipación de las Colonias helénicas, sometidas á los Persas.

La primera expedición naufragó al doblar el cabo Santo, pero la segunda consigue desembarcar cerca de Atenas, cuyos habitantes piden socorro á los Espartanos: éstos no pudieron prestárselo por entonces.

Los Atenienses no desmayan, y sin más que 10.000 hombres de los suyos y 1.000 que les envía la república de Platea resisten á los invasores y los derrotan en Maraton (490): Mil-

ciades, su heroico jefe, moria á poco en un calabozo por no poder pagar una multa.

Irritado Darío pretende vengarse cuando le sorprendió la muerte: su hijo Jerjes levanta un poderoso ejército y lo lanza contra Grecia.

Los Espartanos al mando de Leónidas defendían el desfiladero de las Termópilas por donde los enemigos avanzaban, y solos 300 hombres se atreven á detenerlos: Jerjes les intima la rendición de las armas; ven á tomarlas, contestan, y trabada la lucha la victoria se decide por los Griegos, cuando un traidor enseña al enemigo un camino practicable y aquellos se encuentran envueltos por todas partes.

Leónidas y sus 300 encuentran muerte gloriosa sobre el campo de batalla. Terminada la lucha los Persas invaden el país, Atenas es destruida, sus habitantes huyen á la desbandada, y por todas partes reinan el desaliento y la muerte.

La reacción vino á seguida, y los Atenienses mandados por Temistocles y Cimón se reorganizan y derrotan los Persas en Salamina, Platea y Micala, haciéndoles huir de Grecia: perseguidos hasta su misma patria, se ajusta la paz de Cimón (449) que pone término á la guerra, estipulándose, entre otras cosas, la independencia de las colonias griegas del Asia menor.

El heroismo desplegado por los Atenienses en las guerras médicas y el temor de una nueva invasión hicieron que los Griegos se agruparan bajo la presidencia de Atenas, es decir, que concedieran á esta república la Heguemonia sobre el resto de la Grecia: á este fin contribuyó el prestigio de los arcontas Aristides, Cimón y Pericles.

Esparta, que miraba con recelo el engrandecimiento de su rival, explotó el descontento de los mal avenidos con esta heguemonia y provocó un rompimiento, formándose dos ligas dispuestas para hacerse la guerra: la del Peloponeso, dirigida por Esparta, y la Ateniese.

De este modo se prepararon las guerras del Peloponeso (431) divididas en dos partes por la tregua de Nicias.

Rotas las hostilidades, los Espartanos invaden el Atica, cuyos habitantes se defienden mal á causa de la peste, lo cual unido á la muerte de Pericles y á las derrotas de Delium y Anphipolis, hace que pidan una tregua de cincuenta años, negociada por Nicias.

Las excitaciones de Alcibiades y el deseo que los Atenien- ses tenían de recobrar la influencia perdida hizo que ambicio- nasen la conquista de Siracusa, ambición bien fatal, pues reno- vada la guerra del Peloponeso, los Atenenses son derrotados en Egos-potamos por los ejércitos coligados de Esparta y Sira- cusa, mandados los últimos por el mismo traidor Alcibiades: Atenas pierde la heguemonia que heredará Esparta.

Mal aconsejada Esparta aprovechó esta preponderancia para intervenir en los asuntos de Persia como auxiliar de Ciro el joven, no consiguiendo otro resultado que la derrota de Cu- naxa, la famosa retirada de los Diez mil, las infructuosas cam- pañas de Agesilao, y la deshonrosa paz de Antalcidas, mien- tras que la vengadora Atenas acababa en Grecia con la hegue- monia de los Espartanos (394) á los cuales derrota en la batalla de Guido.

Pelópidas y Epaminondas conquistan para Tebas la hegue- monia griega, pero sus luchas contra Esparta, en las cuales pe- ricieron ambos héroes, hicieron que esta pequeña república vol- viese á la oscuridad de donde había por un momento salido.

LECCIÓN VIII.

El Imperio Greco-Oriental.

Macedonia: sus aborígenes.—Filipo II: sus proyectos.—Las guerras Sagradas: su consecuencia.—Alejandro: conflictos interiores y exteriores.—Campañas asiá- ticas de Alejandro: el Imperio Greco-oriental.

Después de haber ejercido tan infructuosamente la hegue- monia Atenas, Esparta y Tebas, el interés histórico se concen- tra en Macedonia, cuyos habitantes, originarios de raza pelás-

gica, serán los llamados á resolver el problema de la unidad griega.

A principios del siglo VIII, Carano, príncipe heráclida de Argos, funda la primera colonia de emigrantes en Macedonia y es el tronco de una poderosa dinastía; pero el interés histórico de esta región comienza con Filipo II, macedonio de nacimiento y ateniense por educación, el cual concibe el pensamiento de subyugar á los griegos, sumar las fuerzas de todos, y utilizarlas contra Persia: necesitaba para esto dos cosas; organizar formidables ejércitos y crearse un partido heleno.

Cuando estuvo seguro de su preponderancia militar, Filipo desea intervenir como mediador en los asuntos interiores de Grecia, y lo consigue en las llamadas Guerras Sagradas, contra los focenses la primera y la segunda contra los lócridos: las excitaciones de Demóstenes, harán que los griegos, conociendo los propósitos de Filipo, organicen la liga tebana para sacudir el yugo que les amenaza, pero la batalla de Queronea resuelve la cuestión á favor de los macedonios.

Nombrado individuo del anfictiónico y general en jefe de los ejércitos greco-macedonios contra los persas, es muerto por Pausanías, y le sucede su hijo Alejandro (336).

Coincidiendo con la proclamación de Alejandro estallan diversas insurrecciones en los pueblos que Filipo había sometido, á la vez que los nobles provocan una revolución interior: dominada ésta última, marcha el monarca contra los pueblos del N. y los derrota; y como los Griegos, engañados por la falsa noticia de su muerte, se proclamaran independientes y degollaran á la guarnición de Tebas, se traslada á Grecia para castigarlos.

Tebas es consumida por el fuego; sus habitantes todos, perecieron: y sometida de nuevo la Grecia, el tribunal de los Anfictiones le nombra su Presidente y le confirma en el cargo de generalísimo contra los Persas.

Así las cosas, Alejandro se propone realizar el ideal de su

padre y da comienzo á las campañas asiáticas, al frente de un ejército de 35.000 soldados.

El rey de los persas, Darío Codomano, es derrotado sucesivamente en las batallas del Gránico, Isso y Arbelas, con lo cual, y después de la conquista de Egipto, se encuentra vencedor de toda el Asia hasta la India; y si como deseara no llegó hasta los mares de Oriente, culpa fué de sus soldados que se negaron á seguirle: lástima grande que restituido á Babilonia muere á la edad de 33 años, dejando sin terminar la organización del mayor imperio que hasta entonces había existido en el mundo.

Bien dijo al morir que sus funerales serían sangrientos: el período de ambiciones y guerras intestinas que comienza entonces, termina con la batalla de Ipsos (301) después de la cual se fundan los cuatro reinos separados de Macedonia y Grecia, Asia menor, Siria y Egipto.

El imperio que Alejandro organiza se deshace con su muerte, pero de sus escombros se levanta la civilización greco-oriental: antes que él, los conquistadores no habían hecho más que destruir; Alejandro respeta las leyes, creencias y costumbres de los vencidos, y trata de enlazar el Occidente y el Oriente por el cruce de las razas y la creación de intereses comunes.

LECCIÓN IX.

Civilización griega

La Religión.—Organización social y política.—Misión de Grecia en la Historia.—
Literatura y Filosofía.—Arquitectura y escultura.

Los pelásgos importaron en Grecia el germen de las religiones orientales, si bien el genio helénico reconstruyó un sistema religioso completamente nuevo y antropomorfo; queda en sus dioses algo de naturalismo, pero subordinado siempre al elemento moral. Revestir á un dios con la forma animal, es de

gradarle. La religión griega representa, pues, un progreso notabilísimo, si se exceptúa la del pueblo hebreo: los sacerdotes no ejercieron predominio alguno sobre el resto de los griegos.

La organización social y política difiere de las orientales: la casta se sustituye con la clase, organizada para el movimiento y la lucha. En el pueblo griego aparecen por primera vez las nociones de igualdad y libertad.

Pero la misión de Grecia consistió principalmente en el desarrollo y propagación de su cultura intelectual y artística: el culto de lo bello constituye la vida toda entera del pueblo griego, y por eso la religión y el arte se identifican completamente; las restantes formas civilizadoras se subordinan al arte.

Brillaron entre sus hombres notables: en la poesía épica, Homero, autor de la Iliada y la Odisea; en la lírica, Anacreonte, Safo, Pindaro y Tirteo; en la didáctica, Esopo y Hesiodo; y en la dramática, Eschilo, Sófocles, y Eurípides; como historiadores, Herodoto, Tucídides y Jenofonte; como oradores, Pisistrato, Pericles y Demóstones; y como filósofos, Tales de Mileto, Pitágoras y Jenófanes.

Entre todas estas eminencias descuellan las figuras de Sócrates, Platón y Aristóteles, principalmente la del primero, condenado por el pueblo a beber la cicuta (399) por creer en la unidad de Dios, en la inmortalidad del alma y exponer á la risa del público las extravagancias de los sofistas, charlatanes inaguantables que defendían el pro y el contra de todas las cuestiones con la misma facilidad y desenvoltura.

Al pueblo griego corresponde la gloria de haber realizado por primera vez la belleza ideal: la arquitectura produjo monumentos bellísimos entre los cuales descuellan el Parthenón y el Erechtheión, así como en pintura brillaron por sus obras Apeles, Parrasio, Polignoto y Zuexis. La escultura alcanzó inimitable desarrollo, mereciendo especial cita Fidias, Praxiteles, Milo y Belvedere.

ROMA

LECCIÓN X.

La Monarquía.—La República

Aborígenes de Italia.—Origen de Roma.—División de la historia romana.—Los Reyes.—Abolición de la monarquía.—La República: primeros Cónsules.—Patricios y Plebeyos: los Plebeyos en el Aventino.—El Tribunado.—Coriolano.—Spurio Casio: proyecto de Ley agraria.—El Decenvirato: Código de las Doce Tablas.—Adquisiciones de los Plebeyos.

Los aborígenes de Italia fueron los Yapigas, Etruscos é Italiotas, de procedencia Aria, con la particularidad de que los primeros y últimos vivían unidos cuando tuvo lugar la invasión de los segundos: á pesar de los distintos nombres de Sabinos, Latinos, Etruscos, etc., con los cuales se les conoce, debieron pertenecer á la familia Ario-pelásgica. A principios del siglo VIII llegaron á las costas italianas algunas Colonias griegas.

Las tradiciones latinas suponen fundada la ciudad de Roma de una sola vez, lo cual no es razonable: lo más cierto parece que las riberas del Tiber cercanas de Roma fueron habitadas en lo antiguo por las tribus latinas, Ramnes y Lúceres, y por la etrusca de los Ticios, las cuales constituyeron un solo todo cuyo centro fué el monte Palatino.

La historia romana se divide en tres períodos: La Monarquía (753 —510), la República (510 —30) y el Imperio (30—476).

Bien poco es lo que sabemos del primer período, pues solo se conocen los nombres de siete reyes, el primero de los cuales, Rómulo, es considerado como el fundador de la ciudad de Roma; conjunto de familias, patricias las unas ó que gozaban del derecho de ciudadanía, y plebeyas las restantes ó exentas de aquel derecho.

Figuran luego tres reyes de origen sabino, Numa Pompilio, el fundador de la religión romana; Tulo Hostilio, que realiza la

hegemonía de Roma sobre el país del Latium, y Anco Marcio, que recuerda el establecimiento de los Feciales.

Continúan otros tres reyes, pero de origen etrusco: Tarquino el Mayor, que concede la igualdad de sabinos, etrusco y latinos ante el derecho; Servio Tulio, que modifica la constitución antigua en beneficio de la plebe: y Tarquino el Soberbio, incompatible con los patricios por sus aficiones absolutas, y con los plebeyos por anular las reformas de Servio: el crimen de su hijo Sexto sirve de motivo para que los romanos decreten revolucionariamente el establecimiento de la República consular.

Bajo el gobierno de los primeros Cónsules, Junio Bruto y Tarquino Colatino, intentaron algunos restaurar la monarquía, aunque sin éxito; visto lo cual por el rey destronado, trabajó alianzas con las ciudades latinas enemigas de Roma: para conjurar el conflicto se creó la Dictadura, y con tanta fortuna, que Tito Larcio y Postumio aseguraron definitivamente la República.

No contenta la clase patricia con haberse apoderado de las principales magistraturas, consigue que recaiga en ella el disfrute de los territorios comunes, lo cual viene á sumir en la miseria á multitud de familias plebeyas, obligadas á vivir de un salario cuando no á contraer deudas enormes: el interés de lo prestado era grande, y como el deudor insolvente quedaba reducido á la esclavitud, más de 1,800 plebeyos se retiraron al Aventino (495) con objeto de fundar allí otra república, exclusiva para ellos.

El temor á la guerra hizo que se decretase la libertad de los deudores reducidos á la esclavitud, y como garantía para el porvenir la creación del Tribunado, magistratura encargada de velar por los intereses del pueblo.

Coriolano quiso que los plebeyos, obligados por el hambre, renunciasen á esta ventaja, lo cual le valió el destierro; y aunque ávido de venganza se alió con los volscos que marchaban contra Roma, las súplicas de su madre Veturia le hacen desistir de su propósito.

Aleccionados con esta experiencia los plebeyos varían el carácter de la lucha, auxiliados por Spurio Casio, el cual presenta al Senado un proyecto de Ley agraria: los patricios lo aceptan á reserva de no cumplirlo, y se vengan de Casio condenándole á muerte.

El tribuno Terencio pidió luego que se redactara una compilación de cuantas leyes consuetudinarias venían practicándose, exigencia que atrajo sobre Roma diez años de luchas, al cabo de las cuales se nombra el decenvirato y se redacta el código de las Doce Tablas: los decenviros gobernaron la república durante el tiempo de su comisión, y aun mucho después con el pretexto de plantear las reformas, cuando su presidente, Apio Claudio, pretende apoderarse de la joven Virginia, y el pueblo indignado obtiene por la fuerza el restablecimiento de la república consular.

Alentados los plebeyos con esta fácil victoria trabajan la igualdad civil y política, y la consiguen mediante la validez de los matrimonios ante ambas clases y la posibilidad de aspirar á todos los cargos públicos, incluso el consulado.

LECCIÓN XI.

Guerras y Conquistas

Guerra de Veyes: Camilo. — Proyecto de la plebe después de la victoria — Invasión de los Galos: Manlio Capitolino. — Guerra contra los Samnitas. — Conquista de la Italia meridional. — Guerras púnicas: su causa y significación. — Acontecimientos principales. — Conquista de la Galia Cisalpina ó Iliria, Siracusa, Macedonia y Grecia. — Conquista de Siria y Pérgamo. — Conquistas en España.

La concordia entre patricios y plebeyos facilitó la solución de la guerra contra Veyes, capital de la Etruria y rival eterna de Roma: después de una serie de luchas sin resultado alguno es nombrado dictador Camilo, el cual, en fuerza de actividad derrota al enemigo, y al abrigo de las ondulaciones del terreno

construye una mina que le permite conquistar la ciudad (396). Prevalidos los plebeyos de su fuerza proponen la traslación de la capitalidad de la república á Veyes, pero la energía del dictador evita la realización de tan impolítico pensamiento.

Por este mismo tiempo penetraban los Galos en la Etruria: el haber peleado contra ellos etruscos y romanos hace que los invasores se lancen contra Roma, cuyos habitantes, excepto algunos senadores, se refugian en el Capitolio. Indefensas las puertas, el enemigo entra por ellas y durante muchos meses la ciudad es saqueada, hasta que, después de la tentativa que inutilizó Manlio, cansados los galos de la vida sedentaria y alligidos por la malaria, se retiran mediante la entrega de mil libras de oro.

Posesionados los romanos del territorio etrusco pretenden apoderarse de toda la Italia, para lo cual comienzan por subyugar á las tribus latinas.

De aquí surge el doble conflicto en que simultáneamente se halla envuelta Roma, pues ocupada en la guerra contra los Samnitas, tiene que sofocar una sublevación de Lativos y Volscos que pretendían se les adjudicara el derecho de ciudadanía: la victoria de Trifanum, que permite ajustar un convenio con los Samnitas, dá tiempo á Roma para que derrote á los rebeldes y disuelva la confederación del Lacio.

Reanudada la guerra del Samnium, cuyos hechos principales fueron el sitio de Paleópolis, el paso de las Horcas caudinas y la prisión de P. Herencio, los romanos se apoderan sucesivamente de la Campania, Sabinia, Samnium, Umbria, Etruria y Piceno, llegando vencedores hasta la Italia meridional.

Temerosos de la preponderancia romana los pueblos que habitaban la Italia meridional, y siguiendo el consejo de los Tarentinos, organizan una estrecha alianza bajo la dirección de Pyrró: diez años después las legiones romanas penetran en el país, derrotan á sus moradores en Heráclea, y aunque Pyrró pretende negociar una paz honrosa, no puede conseguirlo y los romanos extienden su dominación hasta el estrecho de Mesina.

Se llaman guerras púnicas las luchas mantenidas entre Roma y Cartago para disputarse la conquista de Sicilia y la posesión del Mediterráneo.

Al comenzarse la lucha Cartago es un pueblo de enriquecidos mercaderes, en cuyo seno fermenta la corrupción y cuyo ideal representa la centralización oriental más absoluta: por el contrario, Roma es un pueblo que nada tiene, y cuyo ideal es asimilador, expresión del entusiasmo de una plebe joven que quiere ser conquistadora para hacer partícipes de su grandeza a todos los pueblos sometidos.

Cartago y Roma aspiran al dominio de las naciones mediterráneas, de suerte que su existencia simultánea es imposible: esta es la causa fundamental de las guerras púnicas.

Establecidos los romanos al S. de Italia, acechaban la isla de Sicilia para invadirla, cuando los mamertinos les sirven de pretexto para conseguirlo: penetra en ella el C. Apio Claudio, y en menos de un año la conquista, por más que las escuadras enemigas contrarresten sus victorias asolando la costa italiana, hasta que una flota improvisada derrota en las aguas de Myla (260) á las fuerzas navales de Cartago. Después de la expedición de A. Régulo al África, el C. Lutacio obtiene una decisiva victoria en Drépano, y los Cartagineses piden la paz, en virtud de la cual pierden sus posesiones de Sicilia, Córcega y Cerdeña.

Para indemnizarse de estas pérdidas intentaron los Cartagineses apoderarse de España, y para conseguirlo envían contra ella, sucesivamente, á A. Barca, Asdrúbal y Annibal, los cuales se apoderan de los territorios hasta el Ebro: el sitio y destrucción de Sagunto sirvieron de causa á la segunda guerra púnica.

En tanto que el Senado Romano pide á Cartago una reparación inútil, Annibal atraviesa los Pirineos, vadea el Ródano y llega al pie de los Alpes, entre hielos y precipicios, al frente de su ejército de 20.000 infantes y 6.000 ginetes, cae de improviso sobre Italia, y derrota á los romanos en las batallas de

Tesino, Trevia, Trasimeno, y Cannas. Pero Annibal se retira á Cápua, esperando refuerzos, Roma se rehace y Annibal, después de la muerte de Asdrúbal en Mentáuro, se retira á los Abruzos donde se sostiene cinco años en fuerza de astucia.

C. Escipión marcha al África, y desde los campos de Zama (202) impone á los cartagineses una paz humillante por la cual renuncian á la posesión de España y se ven privados hasta de emprender nuevas guerras sin el consentimiento de su rival.

El creciente progreso de Roma no fué bastante para que se considerase tranquila; la frase—*delenda est Cartago*—traduce el estado de los ánimos. Envalentonado Masinisa con la protección de los romanos comete mil diarias tropelías en territorio cartaginés y es causa de la tercera guerra púnica: en vano consienten los vencidos en pasar por toda clase de humillaciones, pues Roma, faltando á los tratados, acuerda que perezcan por el hierro y por el fuego. Cartago es arrasada (146) hasta en sus cimientos.

Durante el medio siglo que transcurre entre la primera y la segunda guerra púnica los romanos se apoderaron de la Galia Cisalpina y de la Iliria, así como aprovechándose después de que Annibal se hallaba en Cápua realizaron la conquista de Siracusa, á pesar del talento de Arquímedes.

El hecho de haber prestado socorros á Cartago y el ataque contra una ciudad aliada de Roma, fueron causa de la guerra entre macedonios y romanos; guerra que solo tuvo dos batallas notables, las de Cinocéfalas y Pidna, después de las cuales la Macedonia es declarada provincia de Roma. Lo mismo sucede á Grecia, incorporada con el título de Achaya, pues derrotados los griegos en Leucopetra y destruida Corinto (146) nada pueden hacer en defensa de su independencia.

Annibal fugitivo de Zama llega á la Siria, cuyo rey Antiocho le concede hospitalario asilo: saberlo los romanos y declarar la guerra á estos orientales, fué todo uno. Vencidos los sirios en las Termópilas y en Magnesia, Roma se posesiona del Asia

menor hasta el Tauro, de igual modo que, a poco, se incauta del reino de Pérgamo (129) al morir su rey Atalo III.

La España romana puede decirse que comienza en la batalla de Metáuro: dividida en Citerior y Ulterior fué gobernada por cónsules sin conciencia, y sus exacciones provocaron la guerra de Viriato, que terminó con el asesinato de este bravo lusitano, cuyos soldados se refugian en Numancia y ocasionan la guerra de este nombre. Después de catorce años de luchas y quince meses de sitio sucumbió aquel pueblo de valientes (133) incendiado por sus mismos moradores.

LECCIÓN XII.

Guerras civiles.

Situación de Roma al terminar las guerras y conquistas.—Sublevación de los esclavos.—Tribunado de Tiberio Graco: la Ley agraria.—Tribunado de Cayo Graco.—Guerra de Yugurta.—Invasión de los Cimbros y Teutones.—Los pueblos aliados contra Roma.

Terminadas las guerras de conquista aparece planteada nuevamente la rivalidad entre patricios y plebeyos. Si la igualdad política era un hecho, en cambio la aristocracia militar había conseguido monopolizar el gobierno, los antiguos patricios continuaban disfrutando sus inmensas propiedades, y la clase popular, más pobre que nunca, constituía un todo hambriento y miserable, acostumbrado á la vagancia: una nube de esclavos recargaba lo negro de este cuadro, y, para que el conflicto fuese mayor, los pueblos sometidos en Italia aspiraban al rango de ciudadanos romanos.

El primer síntoma del general descontento fué la sublevación de los esclavos de Sicilia, en número de 70.000, sofocada fácilmente por C. Pisón.

Elevado T. Graco al tribunado propuso el planteamiento sincero de la Ley agraria (133) como remedio á tantos males,

asignando á los propietarios 500 yugadas de tierra y 250 para cada uno de sus hijos, á condición de que el resto se descompusiera en lotes de 30 que habían de distribuirse entre los ciudadanos pobres de Roma y los aliados italianos: la clase patricia, aunque obligada por el miedo prestó su aprobación al proyecto, salió del paso buscando asesinos que mataran al tribuno.

Pasados nueve años es nombrado tribuno C. Graco, hermano de Tiberio, el cual, no contento con el planteamiento de la Ley agraria, propuso otras reformas todavía más revolucionarias, pero sus planes quedaron en proyecto, encontrando el abandono y la muerte por parte de los mismos á quienes pretendía emancipar.

Como prueba de la corrupción de costumbres que comenzaba á gangrenar aquella sociedad, citaremos la guerra de Yugurta. A la muerte de Masinisa ocupa el trono de los númidas Micipsa, al cual suceden sus hijos Hiempsal y Adherbal, bajo la protección de la república romana: su tío Yugurta les asesina y se proclama rey, siendo llamado á Roma para ser juzgado, pero encuentra en el soborno un medio para eludir el castigo. Gracias á los incorruptibles Metelo y Mario es llevado á la capital, donde muere; la Numidia pasa á ser provincia romana.

Casi al mismo tiempo que esto sucedía 300.000 cimbrios y teutones acampan al N. de Italia y destruyen cinco ejércitos romanos enviados contra ellos: derrotados en Aix y Vercela (101) su vencedor Mario recibe el título de tercer fundador de Roma.

Pasado el peligro se plantea otra vez la cuestión entre patricios y plebeyos, alentados estos últimos por Mario, aunque sin ningún resultado; pero en presencia de este ejemplo, los pueblos aliados se levantan en armas contra Roma y juntos todos, marsos, campanios, samnitas y lucanienses organizan la república Itálica, capital Corfú: guerra formidable fué esta, y de la cual los patricios se salvaron transigiendo.

LECCIÓN XIII.

La Revolución. — Los Triunviratos

Mario y Sila: causa de su rivalidad. — La Revolución: Sulpicio. — Guerra del Ponto. — Sila en Roma: las Proscripciones. — Consulado de Marco Léplido. — Guerra de los Gladiadores. — Pompeyo el Grande: sus triunfos. — Conjuración de Catilina. — El primer Triunvirato. — Cesar en las Galias. — Paso del Rubicón. — César en Roma. — Segundo Triunvirato: batalla de Filipos. — Marco Antonio en Oriente: batalla de Actium.

Perdida por los plebeyos la esperanza de resolver el problema político-social en el terreno del derecho, acuden á la fuerza, dando lugar á la revolución armada que simbolizan Mario y Sila, representantes, aquel de la plebe y de la aristocracia éste.

Odiándose el uno al otro hasta por instinto, su rivalidad estalla al ser preferido Sila para hacer la guerra á Mitridates VII, rey del Ponto; y apenas el ejército emprende la marcha hácia su destino, cuando Sulpicio deroga revolucionariamente el nombramiento de Sila y designa en su lugar á Mario, pero el cónsul depuesto vuelve á Roma, y retrotrae las cosas al estado que tenían antes. Comenzada la campaña del Asia, Mario y los suyos repiten la revolución todavía más sangrienta que antes.

En tanto que la revolución ardía dentro de Roma, Sila, derrota al rey del Ponto en la batalla de Queronea y le impone una paz que aceptaron sus numerosos aliados de Oriente y Occidente.

Restituido á Italia el vencedor, derrota á los cónsules del partido popular en Preneste, entra vencedor en Roma, é inaugura sus famosas proscripciones que tan célebre le hicieron: terminada la venganza legítima su poder nombrándose dictador perpétuo (82) y con el intento de animar á la diezmada clase patricia publica las Leyes Cornelias, concediendo al Senado su antiguo poder, limitando el derecho de las Asambleas populares

y reduciendo el Tribunado á una magistratura nominal. Cansado del poder se retira á la vida privada y muere.

Nombrado cónsul M. Lépido se propone otorgar el predominio al elemento plebeyo, y al no poderlo conseguir legalmente levanta un ejército, pero es vencido por Pompeyo: las tropas derrotadas se refugian en España y dan lugar á la guerra de Sertorio, que concluye con el asesinato de este proscrito.

Setenta gladiadores escapados del circo de Cápua organizan un formidable ejército al mando de Espartaco, y son vencidos en Silaro sin conseguir la libertad por la cual se habian pronunciado: Pompeyo tuvo también la fortuna de exterminarlos por completo.

Tantos triunfos valieron á este el título de Grande, que justificó luego con motivo de la guerra contra los piratas que infestaban el Mediterráneo, lo mismo que, más tarde, al apoderarse de todos los territorios de la Armenia hasta Eúfrates.

En tanto que las legiones se batían en Oriente al mando de Pompeyo, organizábase en Roma una conjuración trabajada por la plebe y al frente de la cual se puso el patricio L. S. Catilina, antiguo partidario de Sila: su objeto era trasformar la república en beneficio de los plebeyos y resolver la cuestión social á su manera, pero descubierto el complot por Cicerón, Catilina y los suyos huyen de Roma y encuentran la muerte en los campos de Pistoia, peleando con verdadero ensañamiento.

Todo parecía preparado para asegurar la victoria de los patricios sobre los plebeyos, pero incapacitados aquellos por su degradación y falta de energía, tienen que resignarse á servir de instrumento en manos de cualquier ambicioso: la República morirá dejando su lugar al Imperio, llamándose Triunvirato el eslabón que les sirve de enlace. Como forma de gobierno que las circunstancias imponen, tiene por base la ambición personal, la desconfianza y la mala fé.

Pompeyo, representante de los patricios y Craso de los plebeyos, estaban resueltos á emplear la fuerza en beneficio propio cuando llegadas las elecciones el triunfo favoreciese á

cualquiera de ellos, puesto que cada uno separadamente aspiraba á ser Cónsul único: entonces aparece César, plebeyo por su padre y por su madre patricio, el cual en fuerza de talento armoniza á los rivales y evita la guerra civil, consiguiendo en definitiva que los romanos elijan tres Cónsules en vez de uno.

De este modo resulta formado el primer triunvirato (60) distribuyéndose así el mando los triunviros: Pompeyo, Italia, España y Africa; Craso, la Siria; y César las Galias.

En tanto que Craso es muerto en la batalla de Carras y Pompeyo descansa en Roma, César atraviesa los Alpes, derrota á los helvecios, suevos y belgas y se apodera de toda la Galia.

Roto el triunvirato con la muerte de Craso estalla la rivalidad entre los dos colegas restantes, favorecida por el Senado, y la guerra civil se hace inevitable. Los senadores declaran traidor á la patria á todo aquel que pase el Rubicón con las armas en la mano, pero César en vez de intimidarse llega á Roma, busca á los pompeyanos á los cuales vence en Farsalia, se traslada al Egipto donde repone en el trono á Cleópatra, derrota á Farnaces rey del Ponto, que se había sublevado, y termina sus campañas en los campos de Munda, justificando el dictado de mónstruo de actividad que sus contemporáneos le concedieron.

Restituido á Roma y nombrado dictador perpétuo, aumentó hasta mil el número de los senadores, organizó la administración y la justicia, inauguró el reinado de la paz interior perdonando á los pompeyanos, y fomentó los intereses morales y materiales del país, abandonados hasta entonces.

Cuando preparaba los trabajos para extender el derecho de ciudadanía á todos los súbditos romanos, algunos fanáticos por las antiguas formas republicanas le asesinaron al dirigirse al Senado (44): así murió el genuino representante de la democracia antigua.

Aterrados los asesinos de César ante la actitud de los romanos huyen al Oriente, mientras se organizaba el segundo

triumvirato (43) compuesto de M. Antonio, Lépido y Octavio: el primer acto de los triunviros fué derrotar á los sublevados en la batalla de Filipos, después de lo cual, Antonio y Octavio se reparten el gobierno de la república, prescindiendo de Lépido.

Marco Antonio marcha al Egipto, donde se deja seducir por Cleópatra, y fueron tantos y tan grandes los escándalos por él cometidos, que Octavio, previo acuerdo del Senado, marcha al frente de una poderosa flota para reducirle, como lo hizo en la batalla de Actium: de los triunviros solo quedaba el vencedor Octavio.

LECCIÓN XIV.

El Imperio.

Octavio Augusto, Emperador. — Qué es el Imperio en Roma. — Reformas principales. Las guerras de Augusto. — Emperadores monstruos — Tiberio: cómo empieza y cómo acaba — Calígula: su locura. — Claudio: Mesalina y Agripina. — Nerón: incendio de Roma. — Nacimiento de Jesucristo.

Al volver Octavio á Roma el Senado y el pueblo le confieren el título de Emperador (29) añadiéndole el de Augusto que hasta entonces solo se había concedido á los Dioses. Las pasadas guerras civiles habían originado el Imperio, es decir, la soberanía absoluta del jefe del Estado: en cambio desaparece toda distinción entre patricios y plebeyos y se extiende á todos los pueblos el derecho de ciudadanía.

Augusto tuvo habilidad para restaurar la antigua monarquía, sin aparentarlo, porque aunque continuaron funcionando las magistraturas republicanas, lo hicieron sin prestigio alguno. Las reformas principales de Augusto en el gobierno fueron publicar leyes protectoras de la propiedad, reorganizar el Senado, desterrar á los concusionarios, regularizar los tributos, subordinar el ejército á su voluntad, destruir el celibato y fomentar la familia.

Sostuvo varias guerras: en España, las Cantábricas que terminan con la toma de Lancia; una expedición al Oriente, contra los Parthos; y la tan desdichada contra los germanos, que costó la vida á las mejores legiones romanas, (9) mandadas por Varo.

Cinco años después de este último suceso moría Augusto, legando á la Historia, entre otros, el recuerdo de la paz Octaviana: al decir de sus contemporáneos, encontró una Roma de ladrillo y la dejaba de mármol.

Nombró para sucederle á Tiberio, hijo de Libia, su tercera mujer, el cual comienza la serie de los Emperadores mónstruos: cauteloso é hipócrita, sus nueve primeros años de gobierno fueron los de un monarca amante de sus pueblos, pero entregándose luego á sus instintos sanguinarios, mermó las atribuciones del Senado, y creó los tribunales de lesa Magestad para confiscar los bienes de los ricos y deshacerse de sus enemigos. Murió ahogado en su propio lecho.

Calígula acreditó el buen concepto que de él tenían formado, mas repentinamente se operó un trastorno tal en su cerebro, que superó en despotismo á Tiberio y no tuvo más placer que el de verter la sangre de sus semejantes: murió asesinado por los pretorianos.

Cláudio, tío del anterior, fué bondadoso en extremo; en cambio, la emperatriz Mesalina, primero, y Agripina después, se hicieron célebres por sus infamias y deshonestidades: murió envenenado por su segunda mujer.

El nombre de Nerón ha pasado á la posteridad como el símbolo de la crueldad y la tiranía, por más que al principio recordase con sus actos los mejores tiempos de Augusto: excitadas sus inmundas pasiones mandó quitar la vida á Séneca, su maestro; á su amigo Lucano; al jefe del pretorio Burrho, á los principales caballeros romanos, á su mujer Octavia, y hasta su propia madre. También hizo prender fuego á la ciudad y echó la culpa del siniestro á los cristianos: murió suicidándose al saber que las legiones de Roma se habían sublevado contra él.

El hecho más culminante del reinado de Augusto es el nacimiento de Jesucristo, en el año 753 de la fundación de Roma, cuando cerrado el templo de Jano reinaba en el mundo la paz universal

LECCION XV.

La Monarquía imperial

Precedente funesto.—Galva, Otón y Vitelio.—Vespasiano: destrucción de Jerusalén.—Tito: su buen gobierno.—Domiciano.—Trajano: edad de oro del Imperio.—Adriano: el Edicto perpétuo.—Antonio Pío: protección á los esclavos.—Marco Aurelio: el Edicto provincial.—Cómodo.—Helvio Pertinax.—El Imperio en venta.—Septimio Severo: el Militarismo.—Caracalla: la Constitución Antonina.—La Anarquía militar.—Diocleciano: la Tetrarquía.—Seis emperadores: Constantino.—El Edicto de Milán.

Muerto Nerón, las provincias arrebatan á Roma el derecho de nombrar Emperador, precedente funesto que entrega al ejército el predominio sobre la clase civil, representado por el Senado hasta entonces.

Ascendido Galba al trono (68) intenta restablecer la disciplina militar y muere á manos de la soldadesca, cuyo jefe Otón retiene el poder hasta que es vencido por Vitelio, al cual habian proclamado las legiones de la Germania: Vitelio se distinguió por sus brutales pasiones, é indignado el pueblo arrastra su cadáver por las calles de Roma.

El Senado sanciona el nombramiento de Vespasiano, hecho por el ejército de Oriente, (70) y al encargarse del gobierno restablece la disciplina militar, organiza la administración y favorece el desarrollo intelectual y artístico; el hecho más notable de su reinado fué la destrucción de Jerusalén, que costó la vida á más de 600.000 judíos. La población y el Templo quedaron destruidos.

Le sucedió su hijo Tito, durante cuyo tiempo se disfrutó de completa paz: su bondadoso carácter encontró sobrados mo-

tivos donde ejercitarse, pues el Vesubio enterró bajo sus cenizas á Herculano, Pompeya y Stabia, un voraz incendio consumió parte de la capital, y la peste se cebó con saña en sus aterrados habitantes. Murió envenenado por su hermano y sucesor.

Domiciano gobernó al principio con dulzura, pero restableció bien pronto la ley de lesa magestad y decretó la segunda persecución contra los cristianos: murió violentamente.

Después del tranquilo gobierno de Nerva ocupa el trono, por adopción, Trajano (98) el cual inicia la edad de oro del Imperio, pues devolvió al Senado toda su autoridad, disminuyó los impuestos, desterró el lujo de la corte y llevó á cabo obras de utilidad general: conquistó, además, el país de los Dacios, la Siria, la Arabia del N. y la Mesopotamia, y derrotó á los parthos.

En marcha para la India le sorprendió la muerte y designó para heredarle á su sobrino Adriano, el cual completa las obras iniciadas en el reinado anterior: viajó por las provincias durante quince años, y su nombre vá unido al Edicto Perpétuo que establece la unidad del Derecho en todo el Imperio.

Le sucede Antonino Pío, el cual declara reo de homicidio á todo aquel que matara un esclavo, y á su muerte es proclamado Marco Aurelio, calificado como el mejor de los Emperadores.

Difícilmente se encontrará un período más abundante en calamidades; epidemias, terremotos, inundaciones del Tiber, hambre y miseria, todo se juntó, en tanto que los Catts y los Parthos se levantan en armas contra Roma. Rodeado de tantos conflictos publicó el Edicto provincial, en el cual se basan las Municipalidades, y escribió un celebrado libro de máximas morales.

Termina esta serie Cómodo, su hijo, comparablé á Calígula en lo imbécil, á Nerón en lo terrible y á Domiciano en lo indigno: murió asesinado por sus mismos servidores.

Elvio Pertinax sucede á Cómodo, y su deseo de reformar la disciplina militar hace que muera á manos de la omnipotente soldadesca; á su muerte las legiones romanas anuncian en venta

la dignidad imperial, adjudicada á Didio Juliano, que pagó 6.250 dracmas á cada soldado.

Las provincias, menos corrompidas, proclaman á Niger, en Siria, Albino, en Bretaña, y S. Severo en la Panomia; y terminada la guerra civil, el Senado reconoce el nombramiento del último, que representa la apoteosis del militarismo: sin embargo, otorgó libertades municipales á Alejandría, estableció una escuela de Derecho en Berito y protegió el engrandecimiento de Cartago.

Después gobiernan juntos sus hijos Caracalla y Geta; este último parece á manos de un asesino buscado por su hermano. A Caracalla se debe la famosa Constitución Antonina, en la cual se concede el derecho de ciudadanía á todos los hombres.

A Macrino que pretendía plantear el predominio del poder civil sobre el militar, le sucede Heliogábalo que sobrepujo en locura y obscenidad á todos sus predecesores: este cetro manchado de ceno fué recogido á tiempo por A. Severo, el cual moraliza la Administración, disciplina el ejército, y crea los Consejos de gobierno civil y militar. Murió asesinado por la descontenta soldadesca.

Con su muerte se inaugura la Anarquía militar (235—284) durante cuyo período ocupan sucesivamente el trono hasta cincuenta emperadores, en tanto que los pueblos del N. invaden el territorio por diversas partes, la fuerza domina en absoluto sobre el derecho, y el mundo antiguo amenaza hundirse en el abismo.

Esta anarquía cesa con Diocleciano, quien para normalizar la situación del Imperio propuso dos reformas; primera, enaltecer la persona del Emperador, y segunda, aumentar el número de Emperadores sin quebrantar la unidad del gobierno: conseguido fácilmente lo primero, asoció al imperio á Maximiano con el título de Augusto, gobernando separados las regiones oriental y occidental, pero obligado por las invasiones estableció la tetrarquía, tomando por adjuntos á Galerio y C. Cloro.

Después de veinte años de gobierno, y deseando establecer

una forma de sucesión que concluyera con las pasadas guerras civiles, abdicaron el imperio Diocleciano y Maximiano, ascendieron á augustos Galerio y Cloro, y estos nombraron césares á Maximino y Severo: la muerte de Cloro hace que las legiones del Oriente proclamen augusto á su hijo Constantino, y deshecho aquel organismo aparecen á la vez seis Emperadores. Constantino vence á sus colegas y restaura la unidad monárquica: el pensamiento de Diocleciano era bueno, pero impracticable en aquellas circunstancias.

Reunidos en Milán (313) Constantino y Licinio, colegas todavía, decretaron el Edicto de libertad religiosa que lleva aquel nombre.

Constantino conservó el fausto de la corte, trasladó la capital á Bizancio, organizó la administración, defendió las fronteras, dificultó la imposición de la pena de muerte, declaró lugares de asilo á los templos, y en suma, inspiró en gran parte su conducta en el Evangelio y contribuyó poderosamente al triunfo del Cristianismo.

LECCIÓN XVI

La reacción pagana.— Fin del Imperio romano

Los hijos de Constantino.—Juliano: su apostasía.—Desde Joviano hasta Graciano y Valentiniano II.—Teodosio: sus victorias.—División del Imperio.—Invasión de los Bárbaros.—Los Godos en Roma.—Valentiniano III: invasión de los Hunnos.—Petronio Máximo: invasión de los Vándalos.—Rómulo Augústulo: fin del Imperio Romano.

Constantino al morir divide el imperio entre sus tres hijos, y aun cuando éstos antes de separarse publicaron en Filadelfia un Edicto contra el gentilismo, se hicieron entre sí la guerra más brutal hasta que Constancio queda dueño de toda la herencia: Constancio fué malvado y sanguinario, y las legiones proclaman á Juliano, pariente suyo.

Juliano pasó su juventud entregado al estudio y á la meditación: una vez proclamado Emperador, abjura la religión que siempre había profesado, y hace á los cristianos la guerra más cruel; siendo de lamentar tanto más esto, cuanto que su gobierno, en general, fué bueno. Murió en la guerra contra los persas.

Desde el 363 al 389 reinan sucesivamente, Joviano que restaura el Edicto de Milán; Valentiniano y Valente, el último de los cuales muere en una batalla contra los godos; y Graciano y Valentiniano II, que nada ofrecen de notable.

Teodosio, que les sucede, reúne en un solo cetro el Oriente y el Occidente, vence á los germanos y sármatas que habían repasado las fronteras, alista á los godos como soldados de Roma, y se declara protector del Cristianismo. Lástima grande que este español ilustre dividiera el Imperio entre sus hijos Honorio y Arcadio, aunque advirtiéndoles que considerasen ambas mitades como partes inseparables de un solo todo.

Este prudente consejo no fué seguido, y la rivalidad personal entre Estilicón y Rufino consigue hacer definitiva la separación de ambos Imperios.

La muerte de Teodosio y la división del Imperio coinciden con la invasión de los Bárbaros: vencidos los Godos por Estilicón, general de Honorio, (402) se repliegan hácia Iliria, en tanto que los Suevos, Vándalos y Alanos pasan por el Norte de Italia y terminan sus primeras correrías en España.

Cuando los Godos supieron que Estilicón había desaparecido, marchan contra el Imperio nuevamente, penetran en Roma (410) y durante seis días se dedican en ella al saqueo, el incendio y la matanza: solo respetaron los Templos cristianos.

Durante el reinado de Valentiniano III (413) tuvieron lugar las invasiones parciales de los francos y sajones y la general de los Hunnos. Eran estos últimos una confederación de húngaros, cosacos, magyares y otros pueblos, mandados por el feroz Atila, el cual, al caer sobre los Bárbaros, establecidos en las fronteras imperiales, les hace penetrar á la desbandada en el interior de la afligida Italia. Atila llega vencedor de todos hasta

los Campos catalaúnicos, donde es derrotado por la coalición que formaron contra él los francos, visigodos y romanos, unidos ante el común peligro.

Roma se salvó de estas hordas gracias á la inspiración de San León el Grande.

A Valentiniano III le sucede su asesino P. Máximo que se casa con la emperatriz viuda, pero esta, para librarse del tirano, llama en su socorro á los Vándalos, los cuales entran á saco en Roma y cometen tales y tantas atrocidades que han dado lugar á la palabra vandalismo, de significado bien conocido por todos.

Aunque reducido el Imperio á sola la Italia y ésta sometida en parte á los Bárbaros, todavía reinan ocho soberanos á la muerte de P. Máximo, el último de los cuales, Rómulo Augústulo, fué proclamado de acuerdo con el rey de los Hérulos: después de varios disgustos entre el Jefe bárbaro y Orestes, padre del emperador, Odoacro se proclama rey de Italia y concluye de una vez el Imperio romano de Occidente.

LECCIÓN XVII.

Civilización romana.

Unidad que simboliza Roma.—Carácter de la literatura latina.—Autores dramáticos, didácticos y líricos.—Poetas Españoles —Historiadores.—Oradores.—Jurisconsultos.—Filósofos.—Geógrafos y Astrónomos.—Arquitectura.

Roma es la natural heredera del Imperio de Alejandro, el cual representa la primera tentativa de unidad entre los extremos del mundo antiguo, entre el Oriente y el Occidente: verificada la fusión interior de los latinos, sabinos y etruscos, es cuando este pueblo manifiesta su genuina significación, y cuando la unidad trabajosamente preparada por la República consigue realizarse en tiempos del Imperio.

Las barreras que separaban las naciones, desaparecen; las diferencias tan enconadas como antiguas entre ários, semíticos

y chussitas, consiguen suavizarse algún tanto; casi todo el mundo conocido se rigé por unas mismas leyes, y por unos mismos procedimientos se gobierna; y la unidad material se organiza magnífica, representando un notable progreso en el desarrollo de la civilización humana.

Esta será la base de otra armonía superior más profunda y sublime, pues la unidad material favorece la propagación del Cristianismo hasta en las más apartadas regiones, á donde las águilas de Roma llegaron vencedoras: en tanto que sus Emperadores monstruos, oprobio y vergüenza de la humanidad, generalizan el Derecho romano, la doctrina del Crucificado consigue penetrar en todas partes; y a pesar de las persecuciones, de los tormentos y de la muerte misma, llena todos los espíritus, invade todas las conciencias, y encauza el precioso torrente del universal sentimiento hacia ese ideal sublime que enlaza el cielo con la tierra, á Dios con el hombre.

La literatura latina, lo mismo que su religión, es más extranjera que propiamente nacional: tomada de los griegos, no aparece hasta la conquista de aquel país por las legiones de Metelo y Munio, si bien notaremos la particularidad esencial de haber realizado Roma la unidad literaria propagando el helenismo por los ámbitos del Imperio. En cierto modo, este carácter la hace superior á las literaturas anteriores.

Las primeras obras poéticas notables que encontramos pertenecen al género dramático, y se deben á Plauto, el poeta de la plebe, y á Terencio, el poeta de los patricios, los cuales tomaron sus asuntos de la poesía griega: la afición decidida de los romanos á las sangrientas emociones del circo, hizo que el teatro careciese de importancia nacional. Estaban en carácter. En la didáctica, brillaron Lucrecio con su poema de *Rerum natura*, y Fedro con sus plagiadas fábulas; así como en el género lírico, Catulo, Tibulo y Propercio. Las principales figuras que simbolizan el siglo de oro de la literatura latina, fueron: Virgilio que émulo de Homero, escribió su poema la Eneida para halagar el orgullo nacional de los romanos, y las Geórgicas,

donde vulgariza los conocimientos agronómicos de su tiempo; Horacio, sin rival en la Oda; y Ovidio el cual además de sus preciosas elegías, nos legó en sus *Metamorfosis* un tratado completo de la mitología clásica.

Entre los poetas españoles que brillaron en Roma, citaremos á Séneca el filósofo, que escribió algunas tragedias; Lucano, el rival de Nerón, que en su poema de la *Farsalia* se distingue por su lozana imaginación y espíritu filosófico: y Marcial, autor de muchos epigramas.

La Historia cuenta con abundantes cultivadores relativamente notables, debiendo citar á Julio César, que en sus *Comentarios* describe las principales guerras en las cuales intervino como Cónsul; Salustio, tachado de parcial con sobrada justicia en su *Conjuración de Catilina*; Tito Livio de cuya historia de Roma solo se conservan los diez primeros libros y algunos fragmentos; Tácito, el mejor de todos ellos, que nos enseña la vida romana y las costumbres de los pueblos germanos; y Suetonio, cuya obra es un retrato acabado del Imperio durante el gobierno de los llamados doce primeros Césares.

El gobierno de la República produjo oradores notables, pero el príncipe de todos ellos fué Marco Tulio Cicerón, cuyos discursos, á semejanza de lo sucedido con los de Eschino y Demóstenes, han pasado á la posteridad como acabados modelos de forma y elocuencia: entre sus oraciones más notables citaremos las dirigidas contra Marco Antonio, las *Catilinarias* ó discursos contra Catilina, y las de Verres.

La ciencia propiamente original del génio romano es la Jurisprudencia: la multitud de territorios conquistados y la diversidad de los pueblos sometidos al mismo régimen, hicieron indispensable el estudio de sus legislaciones diferentes para adunar todos los derechos y sintetizarlos en forma de unidad: brillaron en estos difíciles trabajos Papiniano, Paulo, y otros, cuyos preceptos, conservados juntos y por su orden en el Código de Justiniano, constituyen en gran parte el fondo de las legislaciones modernas de las naciones neolatinas.

La Filosofía apenas fué estudiada, y por consiguiente no produjo escuela ninguna original ni trabajos de importancia verdaderamente notable: sólo se citan los nombres de Séneca, Cicerón y Marco Aurelio, estoicos los tres, por avenirse mejor al carácter romano la tendencia positivista de este sistema.

Las conquistas de Roma trajeron como consecuencia necesaria el desarrollo de la Geografía, entre cuyos cultivadores pueden citarse á Strabón y Pomponio Mela. Entre los astrónomos, además de Julio César que reformó el Calendario, y de Sulpicio Galba que predijo algunos eclipses, merece especial mención, Ptolomeo, autor del sistema cosmográfico que lleva su nombre, y cuyas conclusiones se impusieron á las inteligencias hasta los comienzos del siglo XV.

Nada original ofrece Roma en Arquitectura ni en Escultura: floreció sin embargo la primera con sus órdenes toscano y compuesto, dejándonos multitud de monumentos que, sinó admiran por su belleza, causan asombro por su duración y cierto sello de grandeza que las inclemencias de los tiempos no han sido suficientes á matar. El único de sus artistas digno de recuerdo es Vitrubio, autor de un tratado de Arquitectura.

LECCIÓN XVIII.

El Cristianismo

Unidad material que simboliza Roma: la plenitud de los tiempos.—Estado del mundo romano al aparecer el Cristianismo.—El Evangelio: revolución que el Cristianismo significa.—Fundación de la Iglesia.—El Imperio y el Cristianismo: las persecuciones.—Las herèjías: el primer Concilio Ecuménico.—Literatura Cristiana.

Las conquistas que la República de Roma realiza al amparo de la fuerza, las afianza el Imperio por medio del derecho: todo el mundo conocido tuvo desde los tiempos de Augusto un solo jefe, el Emperador; un solo idioma, el latino; una sola ci-

vilización, la italiana; un solo Código, el romano; es decir, que las fronteras desaparecen, que las razas se funden y que la unidad material del mundo antiguo se realiza, favorecida providencialmente por una paz universal que de su principal autor se denominó octaviana. Es que había llegado la plenitud de los tiempos, anunciada siglos antes.

Bien triste era ciertamente el espectáculo que el mundo romano ofrecía al aparecer el Cristianismo: como la religión, la organización política, el gobierno, las leyes, las doctrinas filosóficas y las costumbres no respondían ya á las exigencias de la vida, la Humanidad se movía agonizando en el caos, el corazón frío, la inteligencia extraviada, desencadenadas las pasiones y vacía el alma.

En religión, más que en cosa alguna, el delirio y la perversidad llegaron á su colmo. Había Dioses para todas las virtudes y para todos los vicios, y como si esto fuese poco, los altares del Dios desconocido se llenaron con los ídolos traídos del Egipto y de la Grecia, trasladándose al corrompido país romano las impúdicas fiestas de la Venus Babilónica y las no menos impuras de la Venus Corinthia: en cambio estaban desiertos los templos nacionales consagrados al Honor, á la Castidad, á la Templanza y á la Concordia. Parecía que toda virtud había huido de la Tierra.

¿Pero qué mas? El matrimonio se había convertido en vergonzosa prostitución; la mujer en una cosa; era legal el adulterio y el repudio fácil; los niños vivían abandonados de sus padres; el brutal despotismo imperaba en la familia y en el gobierno, afectando las formas más humillantes; la esclavitud concluyó por invadir todas las esferas sociales para gangrenarlas con su pestilencia: nada existía en el mundo antiguo que no estuviese corrompido y por consecuencia herido de muerte, pero de muerte próxima.

La Humanidad necesitaba de un principio moralizador que la regenerase, y este principio es el Evangelio. Enseñando Jesucristo la existencia del Dios único, espiritual é infinito, la fra-

ternidad, la igualdad de los hombres ante el Padre común que está en los Cielos, la justicia y la caridad, inicia una revolución que, en pocos años, transformará de raíz el modo de ser de aquella sociedad agonizante y decrepita.

Desde que Jesucristo aparece predicando la Buena nueva, el respeto al Ser Supremo; la pureza de las costumbres; la fidelidad conyugal; el amor á los hijos, pedazos de nuestra alma y á la esposa, mitad de nuestro sér; la mortificación del cuerpo como freno á las pasiones desbordadas; el respeto y obediencia á los poderes constituidos, pero por deber y no por miedo; la resignación exenta de rencorosa envidia en los pobres; el amor al prójimo traducido en bendito socorro de los poderosos á los que nada tienen; la victoria del derecho sobre la fuerza bruta; la abolición de la esclavitud; la Ley de Caridad, en suma, aplicada á todas las esferas de la vida, será el ideal que los nuevos pueblos trabajen en lo sucesivo, ávidos como se hallan de consuelo y de creencias. ¡Hasta la mujer, esa hermosa mitad del género humano, esclava en Oriente, objeto bello en Grecia, cosa en Roma é instrumento de placer en todas partes, se coloca á la altura misma del hombre, su tirano de siempre, desde que la Virgen María es venerada como Madre de Dios en los altares!

Antes de morir Jesucristo muerte de cruz sobre el Gólgota dejó fundada la Nueva Iglesia, haciendo de San Pedro su representante visible en la Tierra, y aquellos doce pobres ignorantes y oscuros pescadores, primeros discípulos del Nazareno, predicaron el Evangelio por todas partes, después de haberse reunido en Jerusalén para acordar el Símbolo de la Fé. Desde que el Príncipe de los Apóstoles, hecho esto, se establece en Roma, la ciudad de los Césares se convierte á la vez en ciudad de los Pontífices y en la capital del mundo católico.

Durante los tres primeros siglos de su existencia, el Cristianismo se vió casi constantemente perseguido por oponerse al despotismo de los Emperadores, á las pasiones y demasías de los ricos y á las supersticiones de la muchedumbre, pero aquel

colosal Imperio romano que sumaba más de ciento veinte millones de súbditos y comprendía dentro de sus límites los países todos del mundo conocido, sucumbirá en definitiva trabajado por dos causas fundamentales: primera, el ideal pagado ya estéril, y segunda, su oposición al Cristianismo.

(La lucha entre el Imperio y el Cristianismo se presentó desde el principio imponente, sangrienta y terrible; hubo que hacer por parte de los cristianos hasta el sacrificio de la propia vida, pero se hizo, y estas pobres gentes, sin más armas que su palabra, ni más escudo que su fé, ni más esperanza que las promesas del Maestro, resistieron desde Nerón hasta Diocleciano (67—303) esas diez famosas hecatombes humanas conocidas en la Historia de la Iglesia con el nombre de Persecuciones: Jesucristo selló con su sangre la nueva doctrina, y de ella, como de semilla fecundísima, brotaron millones de Mártires, ejemplos eternamente vivos de fé, entereza, abnegación y amor.

(Las persecuciones más generales y crueles fueron las de Nerón, Domiciano, Decio y Diocleciano, principalmente la última, que duró ocho años (303—311): este definitivo y supremo esfuerzo del paganismo se estrelló contra la firmeza de los cristianos, cuyos tiempos de prueba terminaron (313) con el famoso Edicto de Milán, otorgado por Constantino y Licinio.)

Mientras la Iglesia sufría las persecuciones del poder civil, tuvo que defenderse contra las herejías ó errores de doctrina que brotaban dentro de su propio seno. Las principales herejías fueron: la de los Gnósticos, que presentaban á la materia como coeterna con Dios y origen de todos los males; la de los Maniqueos que adoraban simultáneamente á Dios y á Satanás; la de los Montanistas que negaban á la Iglesia la facultad de perdonar los pecados; y la de los Arrianos, los cuales afirmaban que Jesucristo no era de la misma esencia de Dios, sino hijo de Dios por adopción.

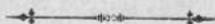
Para condenar la herejía de Arrio se celebró en Nicea (325) el primer Concilio ecuménico ó universal de la Iglesia, convocado por el emperador Constantino, y que presidió un prelado

español, Osio, Obispo de Córdoba. Los arrianos con su jefe fueron expulsados del territorio imperial y marcharon á refugiarse en los países bárbaros, donde propagaran su doctrina, principalmente entre los pueblos de la gente goda.

La literatura propiamente cristiana puede decirse que nace en el siglo I de Jesucristo: su fin principalmente es enseñar la nueva doctrina y defenderla contra las acusaciones del gentilismo y los ataques de los sistemas filosóficos. Entre sus principales ilustraciones citaremos á San Jerónimo, autor de los Varones ilustres ó biografías de los primeros cristianos, Eusebio de Cesarea que escribió una Historia eclesiástica, y Paulo Orosio, que demostró los males que desde el principio ha venido sufriendo la Humanidad sobre la Tierra, atribuidos en su época, por la ignorancia ó la mala fé, á la predicación del Cristianismo. En filosofía brillaron dos escuelas: la oriental que tenia su asiento en Alejandría y cuyos maestros fueron San Clemente y Orígenes, y la occidental en donde brillaron San Ireneo, Tertuliano, San Cipriano, San Agustín y otros.



EDAD MEDIA



EL CRISTIANISMO Y LOS BÁRBAROS

LECCIÓN XIX.

Preliminar

Hechos generales de la Edad media. — Los bárbaros: su misión. — Su carácter y costumbres. — Su religión. — Elementos que aportan á la vida histórica.

Entre los hechos generales que caracterizan la Edad media, citaremos: la invasión de los pueblos Bárbaros, los cuales, una vez destruido el Imperio romano, se establecen en sus provincias para fundar las nacionalidades modernas; el triunfo del Cristianismo que consigue arraigarse en la conciencia de estos invasores para transformarlos radicalmente; la aparición de dos poderes formidables, el Pontificado y el Imperio, representantes, el primero, de la unidad espiritual, y de la temporal el segundo; la unidad árabe, realizada por el genio de Mahoma; y el desarrollo de la forma de gobierno monárquica, como preliminar á la creación de las Nacionalidades.

Al N. del Rhin y del Danubio habitaban desde antiguo una multitud de pueblos denominados Barbaros, en oposición á los Romanos, divididos en tres grupos: los Germanos, de raza aria, al O.; los Slavos, también arios, al E.; y los Hunnos ó finenses, de procedencia amarilla, al N.

El grupo de los germanos comprendía tres distintas familias: 1.^a la de los germanos propiamente dichos, subdivididos

en francos, alemanes, sajones, burguiñones y bátavos; 2.^a la de los suevos, cuyos principales pueblos eran los vándalos, suevos, silingos, anglos y sicambros; y 3.^a la de los scandinavos, compuesta de los godos, normandos, lombardos y gépidas.

La invasión de los Bárbaros significa una revolución que transformará la fisonomía de la Humanidad.

Estudiada aisladamente, parece como si el Mundo antiguo hubiera caído en los horrores del salvajismo, hundiéndose entre sus escombros: la disolución social cunde por todas partes, eclipsase la ciencia, y hasta se paraliza la obra regeneradora comenzada por el Cristianismo.

En conjunto, si la unidad material desaparece bajo los impulsos del feudalismo, las sociedades reciben un principio fijo y seguro de unidad moral que ligará todas las conciencias, dando nueva vida á la moribunda Humanidad y abriendo al progreso nuevos y más fecundos horizontes.

La sencillez, la frugalidad, el respeto á la mujer, la pasión por la guerra, y el amor á la libertad, constituyen los rasgos característicos de los Bárbaros, cuyas costumbres tenían por base la hospitalidad, ejercida con largueza; el matrimonio con una sola mujer, elevada en derecho y categoría al nivel mismo del hombre; la guerra, como ocupación exclusiva; el severo castigo de los delitos atentatorios á la dignidad personal; y una educación puramente militar hasta para la mujer.

El Dios principal de estos pueblos era Odino, simbolo de la guerra, que premia á los valientes con un cielo en el que moran vírgenes de singular hermosura, y al que son gratos los ayes de los moribundos, el fragor de los combates, el resplandor del incendio, y el hedor de los cadáveres.

El nuevo elemento social que los Bárbaros traen á la vida histórica, se conoce con el nombre de individualismo, y consiste en la afirmación de los derechos inherentes á la personalidad humana.

El individualismo puede considerarse como un sentimiento y como un hecho: bajo el primer aspecto, es el amor á la liber-

tad é independencia personal, que tienen su origen en el convencimiento de la propia dignidad; y bajo el segundo, consiste en este mismo sentimiento, llevado á la práctica, es decir, al respeto que unos hombres deben tenerse á otros en el mero hecho de ser tales hombres.

Antes la sociedad lo era todo; el individuo, nada: ahora al individualismo como hecho importado por el Evangelio, se une al individualismo como sentimiento propio de los Barbaros, á los cuales acompaña siempre el convencimiento de su independencia personal, lo mismo dentro del Estado ó de la tribu, que de la familia. En resumen: Roma trae al mundo el principio de la unidad; los Germanos el de la variedad. La lucha entre ambos y su armonización, será el ideal que persigan las nuevas generaciones.

LECCIÓN XX.

Italia.

Dominación de los Ostrogodos; Teodorico.—Conquista de este país por los Emperadores de Oriente; el Exarcado de Rávena.—Establecimiento de los Lombardos: su régimen político.—Fin del reino de los Lombardos.

De acuerdo con el emperador de Oriente Zenón, invaden los Ostrogodos el territorio de la Italia para arrebatarlo á los Hérulos: Teodorico su jefe, que se había educado en Constantinopla, atraviesa al frente de sus guerreros los Alpes Julios, y después de vencer al enemigo en las batallas de Isonzo y Verona, pone sitio á Rávena, dentro de cuyas murallas se había refugiado Odoacro, el cual tiene que capitular á los dos años de cerco (493).

Terminada la campaña, Teodorico se propone reconstruir el antiguo Imperio bajo la base de una federación de cuantos pueblos bárbaros ocupaban las provincias, para lo cual comien-

za por hacerse independiente de Constantinopla, continúa sus conquistas hasta apoderarse de la Panomía y de la región meridional de Francia, y por medio de enlaces matrimoniales, hábilmente calculados, consigue ejercer cierta especie de hegemonía sobre el mundo bárbaro occidental. Ayudado por consejeros tan hábiles como Casiodoro, Simaco y Boecio, organiza el reino y protege la agricultura y el comercio: deja que los vencidos desempeñen los destinos civiles y se dediquen al cultivo de las letras y de las ciencias, en tanto que los Ostrogodos se ejercitan en las cosas de la guerra.

El carácter bondadoso de este monarca se cambia en irascible y suspicaz con motivo de la persecución decretada contra los arrianos por Justino I, y creyendo ver enemigos y conspiradores en todas partes, llega hasta condenar á muerte á Simaco y Boecio: al poco tiempo muere atormentado por los remordimientos.

A la muerte de Teodorico se encarga del gobierno su hija Amalásunta como regente de Atalarico (526); pero disgustados los Ostrogodos á causa de sus aficiones romanas, la deponen y proclaman á Teodato.

El emperador Justiniano, que buscaba un pretexto para intervenir en los asuntos de Italia, envía á Belisario al frente de un poderoso ejército para vengar la muerte de la infortunada Amalásunta, en tanto que los Ostrogodos deponen á Teodato y nombran á Vitiges. Bárbaros y Griegos ensangrentaron los campos italianos hasta que, reemplazado Belisario por Narsés, consigue vencer á Totila y Teya, últimos sucesores de Teodorico, y acaba con su dominación en la Italia.

Desde entonces formó este país uno de los diez y ocho Exarcados en que se dividió el imperio griego, con Rávena por capital.

Como la emperatriz Sofía destituyese á Narsés, llama éste á los Lombardos, pueblo de raza germánica, para convertirles en sus instrumentos de venganza.

Acaudillados por su rey Alboin (568) invaden el Norte de

la Italia y se hacen dueños del territorio regado por el Pó, hasta la Umbría, fundando el reino lombardo con Pavía por capital. Este pueblo se convierte al Cristianismo en el reinado de Aguilulfo, esposo de Teodelinda, secundado por San Gregorio el grande.

Después de Rotaris, y del famoso Luitprando, reformador de las leyes consuetudinarias, (712) ocupa el trono de la Lombardía, Astolfo, (749) el cual conquista el exarcado de Rávena y la Pentápolis, y hace que el imperio de Constantinopla no posea en aquellas regiones más que la ciudad y puerto de Nápoles con las islas de Sicilia y Cerdeña.

Conforme los Lombardos iban conquistando la Italia, establecían en ellas sus principales jefes á modo de cantones gobernados con entera independencia del poder real, originando un feudalismo germánico compuesto hasta de treinta y seis estados autónomos, entre los cuales merecen citarse por su mayor importancia los de Milán, Trento, Espoleto, Asti, Pavía, Brescia, Verona, Parma, Luca, Cápua y Benevento. Tan profundas raíces echó este régimen entre los italianos, que el trabajo de conversión hacia la unidad ha sido grandemente penoso, y no pudo realizarse hasta nuestros días.

Propusieron los Lombardos en el reinado de Astolfo realizar la unidad peninsular mediante la conquista de Roma, y esto fué precisamente la causa de su ruina. Atacados los Papas en su ciudad pidieron la protección de los francos, cuyo rey Pipino (755) penetra en Italia, se apodera del exarcado de Rávena y de la Pentápolis, y los otorga á la Iglesia, comenzando desde entonces, con Esteban II, lo que vino á llamarse el Poder temporal de los Papas. Como en tiempos de Desiderio volvieron á molestarles de nuevo, interviene Carlomagno en la lucha, destrona al rey lombardo, y este país, menos el ducado de Perusa y el Sur de la Toscana, confirmados á la Iglesia, pasan á formar parte del imperio de los francos (774).

LECCIÓN XXI.

Francia

Los Francos en la Galia; Meroveo.—Clodoveo: sus victorias.—Su conversión al Cristianismo.—División del reino.—Guerra entre Austrasia y Neustria.— Los reyes Holgazanes y los Mayordomos de Palacio.—Dinastía Carlovingia.—Carlo Magno: sus guerras.—El nuevo Imperio: su organización.—Ludovico Pfo: partición del reino.

Entre los pueblos Bárbaros que se establecen en las Galias figura como principal el de los Francos, de raza germánica, divididos en Sicambros, Sálíos y Ripuasios: de los Salios desciende Meroveo (456) fundador de la monarquía francesa. Este rey tomó parte en la batalla de los Campos Catalaúnicos contra Atila.

Clodoveo, que le sucede, (481) se apodera del país entre el Rhin y el Garona, después de derrotar á los Galo-Romanos, Bretones, Alemanes y Visigodos, y fija definitivamente los límites del territorio francés en la antigua Galia. En la batalla de Tolviach contra los Alemanes hizo voto de convertirse al Cristianismo, si vencía: fué bautizado en Reims por San Remigio.

Al morir divide los estados entre sus cuatro hijos, los cuales se disputan la herencia apelando á las armas y llevando á su patria los horrores de la guerra civil. Vencedor Clotario I (558) repite la división, á su muerte, y aparecen dos nacionalidades rivales, Austrasia y Neustria.

Las guerras entre Austrasia y Neustria reconocen por causa la oposición de carácter entre ambas; más getmana que romana la primera y mas romana que germana la segunda. Y como coincidiese que gobernarán estos reinos Brunequilda y Fredegunda, por la menor edad de sus hijos, y las dos soberanas se odiaran con ódio de fieras, estalla la guerra más cruel y brutal que puede concebirse, guerra que tuvo su término en la

batalla de Testry: la Francia germana vence á la Francia latina y Thierry III es reconocido como soberano de todo el país.

Los reyes merovingios que le suceden se conocen con el vergonzoso calificativo de Högazines: el gobierno estaba entregado á los Mayordomos de Palacio, cargo hereditario, el cual, de administrador de la Casa real que empezó siendo, se convirtió en Ministro universal y soberano de hecho. Pipino el Breve, que lo desempeñaba, por consejo del Papa Zicarias destrona á Childerico III y se proclama rey de Francia (752): fué consagrado en Soissons por San Bonifacio, Obispo de Maguncia, y con él principia la dinastía de los Carlovingios.

Pipino el Breve divide la monarquía entre sus hijos Carlomagno y Carloman (768): muerto éste á los tres años, se hace aquél adjudicar la herencia de su hermano y es declarado único rey en la asamblea de las Ardenas. Entonces concibió el pensamiento de restaurar el Imperio de Occidente, y para conseguirlo hace la guerra, principalmente, contra tres pueblos; los Sajones que amenazaban la frontera N. de Francia, los Lombardos que ocupaban la Italia, y los Musulmanes apoderados de casi toda la España.

En la guerra contra los Sajones llega vencedor hasta Eresburgo, derriba el monumento nacional consagrado á Odino, establece guarniciones en el interior y funda misiones para que propaguen el Evangelio; sublevados de nuevo, la guerra continúa con encarnizamiento hasta que la derrota de Hesse le hace dueño de todo el país.

Invadido por el rey Lombardo Desiderio el territorio de los Papas, Adriano I pide auxilio á Carlomagno, el cual vence al invasor; y como más adelante se insurreccionaran Tasillon y Adalipso, los derrota, incorporando al N. de Italia á la monarquía francesa (774) y confirmando al Pontífice en su Poder temporal.

Carlomagno vino á España (778) llamado por Suleiman, walí de Zaragoza, el cual se arrepiente del ofrecimiento: el monarca francés, defraudado en sus deseos, repasa los Pirineos y

es derrotado en Roncesvalles por los vasco-navarros. Repetidas más tarde las expediciones se origina la Marca hispánica, entre los Pirineos y el Ebro.

Conseguido su objeto, pasa á Roma donde el Papa León III le ciñe la diadema imperial, saludándole con estas palabras: vida y victoria á Carlos Augusto, coronado Emperador de Romanos por la mano de Dios grande y magnífico.

En el interior, Carlomagno respetó las Asambleas del campo de Mayo y dió parte en ellas al Estado llano, organizó la administración, publicó las famosas Capitulares, regularizó los tributos, y protegió las letras, las ciencias y las artes.

Le sucede Ludovico Pio (814) cuyos buenos propósitos se estrellaron contra la ambición de sus hermanos bastardos, la conducta de sus hermanas, las sugerencias del Clero, las violencias de la nobleza, y más que nada, contra su falta de carácter. Después de varias particiones del reino entre sus hijos, origen de guerras por demás escandalosas, adjudicó al morir la región oriental con el título de Emperador á Lotario, y la occidental á Carlos.

La lucha entre los hermanos desheredados, de una parte, y entre Lotario y Carlos de otra, termina con la batalla de Fontenay, de cuyas resultas se firma el tratado de Verdun, (843) estipulándose que Italia pertenecería á Lotario con el título de Emperador, Alemania á Luis el Germánico, y Francia á Carlos el Calvo.

LECCIÓN XXII

— Inglaterra —

Aborígenes.— Conquista de la Gran Bretaña por los Sajones y los Anglos.— La Heptarquía.— Invasión de los dinamarqueses.— Alfredo el Grande.— Los dos Eduardos.

Los actuales territorios de Inglaterra, Escocia é Irlanda, fueron habitados en la Edad antigua por los Gaels, Cábrios y Logrios, de origen ario-celta, y por los Bretones que, proceden-

tes de la Galia, se establecieron en la costa: cuando en el siglo V los Bárbaros amenazan el Imperio romano, las legiones abandonan este país para trasladarse á las fronteras del E. y los Gaels, con la denominación de Pictos y Escotos, se precipitan contra sus convecinos los Bretones, y los derrotan, obligando á que su jefe Wortingern pida socorro al pueblo Sajón.

Eran los Sajones un grupo de tribus germánicas establecido en la desembocadura del Eiba: desafiando el furor de las olas, llegan con sus frágiles embarcaciones de cuero hasta la isla Inglaterra, mandados por su jefe Engist; y después de vencer á los Pictos y Escotos, desean convertirse de aliados en dominadores, originándose con este motivo la sangrienta guerra entre el Dragón rojo y el Dragón blanco, la cual termina con la fuga de los Bretones a la península occidental de la Galia, en la región denominada Armórica.

Entre los caudillos que más se distinguieron en la defensa de su patria figura Arturo, (516) el fundador de la orden de caballería conocida por la Tabla redonda, cuya historia han oscurecido con mil fábulas los trovadores y novelistas de la Edad media.

El primer reino Sajón fundado en Inglaterra por Engist fué el de Kent, (455) en la orilla derecha del Tánesis; y como la invasión continuára por algunos años, aparecieron sucesivamente los de Sussex, Wessex y Essex, teniendo por capitales, cada uno de los cuatro, á Cantorbery, Chichester, Winchester y Londres.

Como auxiliares de los Sajones habían tomado parte en la conquista de este país los Anglos, pueblo que habitaba las playas del Báltico, entre la Holanda y el Holstein: su jefe Edda, después de merecer por su crueldad en la guerra el calificativo de Tea incendiaria, fundo en la región septentrional el reino de Northumberland, capital York, al mismo tiempo que otros caudillos de su raza erigian los de Estanglia y Mercia, capitales respectivamente Norwich y Lincoln.

Si bien estos siete reinos vivieron en su origen indepen-

dientes los unos de los otros, la necesidad de la común defensa contra la raza indígena hizo que se unieran, dando lugar á lo que se llamó Heptarquía anglo-sajona: el lazo de unión consistió en el Witenagemote ó asamblea que velaba por la conservación é independencia de la patria, y en el Bretualda, jefe superior que ejercía el poder ejecutivo en las ocasiones difíciles.

Las huellas del Cristianismo, predicado desde los tiempos del emperador Claudio, habíanse borrado completamente hasta que fueron renovadas por el monge Agustín, el cual consigue convertir á la fé á Ethelberto, rey de Kent (597). Esta conversión trajo consigo la de los restantes monarcas.

Dominada la raza indígena de la isla, los anglo sajones se hacen la guerra más cruel é implacable, resultando por último que Egberto, rey de Wessex, consigue realizar la unidad nacional dando fin á la Heptarquía (827) y titulándose rey de Inglaterra.

Poco tiempo gozó de este triunfo, pues en los últimos años de su reinado vió como los Dinamarqueses, pueblo pirata establecido en las orillas del Báltico, rasgaba la unidad del reino conquistando los territorios, talando los campos, incendiando las poblaciones, degollando á los habitantes, y en suma, cometiendo todo género de atentados: jamás se había visto una guerra tan salvaje. Reducido Ethelredo al pequeño territorio de Wessex, muere en una batalla contra estos invasores, y entrega su corona, rota en pedazos, al joven Alfredo (871) el cual, no obstante, ganará en definitiva el título de Grande.

En bien malas condiciones inaugura Alfredo la reconquista de su país, pero en vez de acobardarse, recobra mayores bríos; y aquel carácter indomable y enérgico se temple al contacto de la desgracia, que vino sin descanso persiguiéndole, hasta tener que refugiarse en los desfiladeros del condado de Sommerset, abandonado de sus compatriotas, sin hogar, sin familia, sin amigos, como desterrado en su patria. Después de algún tiempo, aterrados los Anglo-Sajones ante la inminencia del peligro, le llaman á su lado, reconociéndole nuevamente por caudillo, y

Alfredo despliega al viento la bandera nacional y consigue la total liberación del territorio: en la víspera del día señalado para el último y más decisivo combate, el rey se disfraza de bardo, penetra en el campamento enemigo cantando sus inspiradas estrofas, estudia las defensas, reconoce el lado vulnerable, y cuando ha conseguido averiguar cuanto desea, refiere á los suyos tan inesperada aventura, prepara los soldados, y de improviso caen todos como una avalancha sobre los confiados dinamarqueses, los cuales dejan el campo cubierto de cadáveres y marchan fugitivos hasta abandonar el territorio británico.

Terminada la reconquista se dedica Alfredo el Grande á la organización interior del reino, protegiendo la agricultura y la industria, abriendo escuelas y Universidades como la de Osford, y publicando el famoso Código que lleva su nombre, base de las sucesivas constituciones inglesas.

A su muerte (901) le sucede Eduardo el mayor, que expulsó por completo del país á los dinamarqueses: ocupan el trono luego hasta cinco reyes sin importancia alguna y cierra la serie otro Eduardo, (978) el cual murió á los quince años mereciendo ser por sus virtudes incluido en el catálogo de los Santos.

LECCIÓN XXIII.

Imperio de Oriente

Historia del Imperio de Oriente hasta Justiniano.—Justiniano: su pensamiento político.—Su gobierno.—Sucesores principales hasta Heraclio. Heraclio: guerra con los Persas.—Sucesores de Heraclio. Dinastía de los Isauros.—Cisma de Focio.—Los Comnenos.

El Imperio de Oriente, llamado también bajo Imperio ó Imperio Bizantino, tuvo su origen en el testamento de Teodosio: limitaba al N. con el mar Negro, al E. con la Mesopotamia, al S. con la Arabia y al O. con el mar Jónico.

Arcadio, su primer emperador, no fué más que un juguete en manos de su madre Eudisia, del general Rufino y del jefe de los eunucos, el ambicioso Eutropio.

Teodosio II (408) que le sucede, protege la propaganda cristiana; y Marciano toma parte en la guerra contra el jefe de los Hunnos en su segunda expedición. Poco puede decirse de sus continuadores León I, Zenón, Anastasio y Justino I, á no ser que con su conducta favorecieron el relajamiento de las costumbres é hicieron de Constantinopla una corte oriental donde los vicios de la Roma antigua se completaron con el sibaritismo de los asiáticos.

Después de los reinados anteriores ocupa el trono Justiniano (527) el cual vino á sacar al Imperio de la angustiosa situación en que se hallaba; y no ciertamente porque reuniese ninguna de las cualidades indispensables á todo buen monarca, sino por haberse dejado llevar de la opinión pública y rodearse de los hombres más notables de su tiempo. Auxiliado por los generales Belisario y Narsés se propuso reconstruir el antiguo Imperio romano, y llevó la guerra contra los Ostrogodos, los Visigodos, los Vándalos, y los Persas; así como reuniendo los trabajos de los eminentes juristas Triboniano, Teófilo, y Doroteo estableció una buena organización interior y compiló el Derecho civil romano en el Código, el Digesto, la Instituta y las Novelas.

Casado con la cómica Teodora, mujer de raro talento y hermosura, la emperatriz eclipsó al emperador, é influido por ella se hizo intolerante en cuestiones religiosas, fomentó el odio de los Verdes contra los Azules, vendió los destinos públicos, humilló á cuantos hombres valían algo, favoreció la creación de una monarquía despótica, decidió como pontífice las cuestiones religiosas, y cerró las cátedras de Filosofía que todavía se conservaban en Atenas.

Le suceden Faustino II, Tiberio, Mauricio y Focas, en cuyo tiempo la Italia cayó en poder de los Lombardos, y los Persas amenazaron la seguridad del Imperio adelantándose hasta

los mismos muros de Constantinopla: sólo á precio de oro pudo asegurarse la paz exterior.

Después de haber deshonrado Focas el imperio durante siete años, es proclamado Heraclio, (610) cuando independientes Italia y España, y pérdidas Antioquía, Damasco y Jerusalén, los Avaros sitian á Constantinopla: tan grande fué el peligro que el Emperador determinó abandonar el campo á los enemigos y retirarse á Cartago, pero alentado por el Clero, que puso á su disposición las riquezas de la Iglesia, compró la paz á los sitiadores, y en seis campañas consecutivas derrotó á los Persas, arrebatándoles el Asia menor.

Durmióse sobre sus laureles y dejó que los Árabes se apoderaran de Jerusalén, Antioquía y Alepo (638).

Los sucesores de Heraclio gobernaron durante medio siglo el Imperio, manchando la púrpura en el cieno de sus inmundos vicios, y cometiendo infamias y crímenes sin cuento: Teodosio III, último de esta familia, fué depuesto vergonzosamente por el hijo de un zapatero de Seleucia, que se proclamó emperador con el nombre de León III Isáurico (717).

León el Isauro obliga á los Árabes á retirarse de Constantinopla después de trece meses de sitio: en el interior, gobernó bien mientras se circunscribió á los negocios del Estado, pero invadiendo la esfera de acción de la Iglesia, turbó la paz de las conciencias con un edicto en el cual se proscribía el culto de las sagradas imágenes, (726) en cumplimiento del cual fueron destruidas á pesar del general descontento.

Esta herejía, condenada por el papa Gregorio II, se llamó de los Iconoclastas, que quiere decir rompe imágenes. Los sucesores de León persistieron en ella hasta que la Emperatriz Irene, regente por la menor edad de su hijo Constantino, la declaró abolida.

Se dice que esta Emperatriz quiso unir el Oriente y el Occidente, casándose con Carlomagno, para lo cual hizo sacar los ojos á su hijo, pero indignado el pueblo ante este crimen la des- tierra á la isla de Lesbos, donde muere en la miseria: con ella

se extinguió su dinastía, siendo proclamado emperador el iconoclasta Nicéforo (802).

Miguel III, que se jactaba de imitar á Nerón, dió lugar al gran Cisma de Oriente por haber depuesto al Patriarca San Ignacio y nombrado en su lugar á Fócio, capitán de guardias: como San Ignacio reprendiese al Emperador su licenciosa conducta, hizo este que Fócio ascendiera en seis días desde las primeras órdenes hasta el patriarcado; y apesar de la excomuni6n lanzada contra ambos, se tituló Patriarca ecuménico, es decir, universal, hasta que el emperador León el Filósofo (886) le arrojó de Constantinopla, y el estado volvió á la obediencia romana.

Este hecho revela el antagonismo entre Constantinopla y Roma nacido en el segundo Concilio constantinopolitano, donde se dispuso que el primer lugar después de la Silla de San Pedro correspondiera á la ciudad Oriental, desde cuyo suceso los Emperadores griegos aspiraron á reivindicar en lo religioso la supremacía que en lo político se les concedió de buen grado.

Nada importa que por el momento el cisma quede en suspenso: el rompimiento definitivo se verificó más tarde (1054) siendo emperador Miguel Cerulario, último representante de la dinastía macedónica.

La separaci6n de la Iglesia griega coincide con el entronizamiento de la dinastía de los Comnenos: después de algunos Emperadores de escasa importancia, ocupó el trono Alejo I (1081) que, incapaz por sí sólo de contener las invasiones de los Turcos, pide auxilio á los Estados cristianos, cuando estos bárbaros, destruido el Califato de Oriente, habían organizado un imperio poderoso que tendía á conquistar á Constantinopla para convertirla en su capital: estos hechos se relacionan directamente con el general de las Cruzadas.

LECCIÓN XXIV.

La unidad árabe.

La Arabia. — El pueblo Árabe. — Los Árabes antes de Mahoma — Mahoma y el Korán. — El Califato electivo: la guerra santa. — El Califato hereditario: grandeza militar. — Los Abasidas. — Califato de Bagdad. — Decadencia

Es la Arabia una vasta península situada al S. de Asia, y que determinan las aguas de los mares Mediterráneo y Rojo, y las del Océano Índico: por la misma naturaleza se halla dividida en tres regiones: Desierta, Petrea y Feliz ó Yemen.

Sus habitantes pertenecieron á la familia semítica con los nombres de Sabeos, pueblos sedentarios, é Ismaelitas, de vida nómada y errante.

Unos y otros eran aficionados á la vida independiente y se dedicaban al comercio á través del desierto de Siria ó apacentaban sus ganados en las comarcas feraces: la agricultura y la industria permanecían olvidadas. Se hallaban divididos en tribus, que gobernaba un jefe con el nombre de Amir. A esta variedad política correspondía otra religiosa, pues tenían prosélitos entre ellos el Cristianismo, el Judaismo y el Sabeismo, por más que predominara en casi todos la más glacial indiferencia religiosa.

La vida del árabe tuvo por único ideal los placeres de la guerra, del amor, del vino y del juego.

Aparece Mahoma, y conociendo las causas que tenían alejado á su pueblo de la vida histórica, se propone unificarlo para desarrollar en él la energía y la virilidad de que hasta entonces careciera.

Nació Mahoma en la Meca (570) de la tribu de los Koreichitas, destinada al sacerdocio en el templo nacional de la Caaba: huérfano á la edad de cinco años, su tío Abu-Taleb le dedica al comercio de las caravanas, y concluye por casarse con la viuda Cadidjah, á cuyo servicio estaba.

Asegurado su porvenir con este matrimonio que le hizo dueño de cuantiosas riquezas, se retira á la vida solitaria para combinar la revolución político-religiosa que se había propuesto, y al cabo de cierto tiempo, aparece en medio de su familia diciéndose Profeta y Apóstol de Dios; solo consiguió de ellos insultos y burlas sangrientas que, ya del dominio público, le convirtieron para la opinión de los más en un loco ó en un bribón. Tenaz en su empeño, logra ser creído de su esposa y de su sobrino Alí, al cual casa con Fátima; fija los dogmas de la religión nueva enseñando la creencia en un solo Dios, la condenación del robo y del infanticidio y la esperanza de un paraíso de delicias y placeres para el porvenir; organiza el culto, y asediado por los mismos suyos huye á Yatreb (622) llamada desde entonces Medinet-el-Nabi, que quiere decir Ciudad del profeta.

Los habitantes de Medina, enemigos implacables de la Meca, se declaran en favor suyo; y cuando se creyó bastante fuerte para inaugurar la guerra santa, vence á los koreischitas, se apodera de la Meca, somete bajo su imperio á toda la península arábiga, y escribe á los reyes de Persia y Abisinia y á los amires del Egipto, mandándoles que en nombre del que ha criado el cielo y la tierra, creyesen en Dios y en Mahoma su Profeta.

Acometido de una fiebre perniciosa muere; (632) Abu-be-ker, su suegro, recoge las sentencias atribuidas á Mahoma, y con ellas forma el Korán, ó libro por excelencia.

A la muerte de Mahoma fueron sucesivamente elegidos califas Abu-be-ker, Omar, Othman y Alí, los cuales continúan la guerra santa, y con el Korán en una mano y la cimitarra en la otra, se apoderan de la Siria, la Mesopotamia, el Egipto y la Persia.

Una revolución proclama califa á Mohavia, (661) jefe de la familia Omeya, el cual al situar en Damasco la capitalidad de tan poderoso reino y organizar el régimen administrativo interior, transforma en hereditario el Califato y vincula el poder en su familia.

La dinastía de los Omeyas continuó extendiendo los límites del Califato por el Oriente y Occidente, y hasta llegó á poner sitio á Constantinopla (674) que se defiende empleando el fuego griego: en los tiempos de Uliz I llega á su apogeo la grandeza militar del pueblo Árabe, cuyos estados comprendían en Asia, la Arabia, la Palestina, la Siria, la Persia, la Armenia, la región del Cáucaso, el Turquestán, la Bukaria y el N. de la India; en África, toda la costa septentrional desde el canal de Suez hasta el océano Atlántico; y la España con el S. de la Francia, en Europa.

Cansados de tantas y tan gloriosas conquistas terminan por el momento los Árabes la guerra santa para consumir sus fuerzas y grandeza en sangrientas luchas civiles, las cuales, unidas á la corrupción que en la corte de los Omeyas reinaba, hicieron indispensable una revolución á cuyo frente se pusieron los Abasidas, siendo degollados en un festín todos los individuos de la familia reinante, menos el joven Abderramán, que erige tiempo después el Califato de Córdoba en España.

Abu-Giaffar, primer califa de la dinastía Abasida (762) funda la ciudad de Bagdad y traslada á ella la capital del Califato.

Renuncia entonces el pueblo Árabe á su sed de conquistas y dominación exterior, y se dedica al desenvolvimiento intelectual y al desarrollo de los intereses materiales y morales de su país: la época del mayor florecimiento científico y artístico corresponde al reinado de Harun-al-Raschid (786) cuya grandeza y esplendor inspiraron esas preciosas leyendas conocidas con el nombre de las Mil y una noches.

La decadencia del poderío árabe comienza con los hijos de Harun-al-Raschid, bajo cuyo gobierno tuvieron lugar numerosas insurrecciones que acabaron por fraccionar el califato: de sus ruinas se formaron en África dos Estados importantes; el de la Mauritania con los edrisitas, y el de Kairouán con los aglabitas.

LECCIÓN XXV.

La Iglesia Católica.

La Iglesia.—Los Pontífices.—Origen del Poder temporal.—Los Concilios.—La vida monástica.—Destino providencial que cumple la regla de San Benito.

La Iglesia Católica es la luz que ilumina al mundo en este primer período de la Edad media: perseguida hasta la promulgación del Edicto de Milán, (313) y contando luego con la protección de los Emperadores, se vió entregada por fin á sus propios recursos, con lo cual en cierto modo vino á adquirir la independencia de que necesitaba tanto, pues la dominación en la ciudad de Roma de los Hérulos y Ostrogodos fué más bien nominal que efectiva. No sucedió así durante el exarcado de Rávena cuando Justiniano convirtió la Italia en una provincia de su Imperio, pero con motivo de la herejía de los iconoclastas, en tiempos de León III el Isauro, Roma se constituye en república independiente cuya magistratura suprema es confiada (726) al pontífice Gregorio II.

Por entonces el rey lombardo Luitprando intentó agregar á sus dominios el territorio romano y la Pentápolis.

La severidad de costumbres y las virtudes de que los cristianos se hallaban adornados, juntamente con el carácter de paz y caridad que desarrolló la Iglesia, hicieron que esta institución interviniese con frecuencia en los asuntos político-militares para menguar su natural dureza y crueldad. Entre los Papas, verdaderos Mártires de su idea civilizadora, descuella la figura gigante de San Gregorio, (590) el siervo de los siervos de Dios, que trabaja sin descanso la conversión de los Bárbaros, y templó el ardor de las nuevas hordas, ya cristianizadas, oponiéndose á la persecución de los herejes y gentiles.

Las elecciones de los Obispos y Pontífices se hacían por el pueblo y por el clero de Roma.

Amenazada por los Lombardos la independencia del territorio romano, el Senado y el pueblo facultaron al Pontífice para solicitar el apoyo de un pueblo extranjero que les sirviese de segura garantía; y en este concepto, fué como los papas Gregorio II, Zacarías y Paulo, recibieron el auxilio de los francos: derrotado Astolfo, Pipino cede al Pontífice Esteban II, (755) el exarcado de Rávena y la Pentápolis, cesión confirmada años después por Carlomagno cuando venció á Desiderio.

El Poder temporal de los papas, consecuencia de los hechos referidos, comprendió con límites fijos el territorio enclavado entre Rávena, Ferrara, Nápoles y el Adriático.

Se llaman Concilios las Asambleas compuestas de Obispos para examinar los artículos de fé, condenar las herejías y determinar la disciplina eclesiástica.

Al lado de la Iglesia nacen y se desarrollan las instituciones monásticas con objeto de conservar la virtud, predicar la fé y servir de asilo á las ciencias, á las letras y á las artes: es que algunos hombres renuncian voluntariamente á los placeres del mundo, de la sociedad y de la familia, y se retiran á la soledad para entregarse á la meditación, al trabajo corporal y al estudio. En los comienzos del siglo V, San Honorato y San Casiano fundaron los monasterios de Lerims y de Marsella que fueron los asilos donde la ciencia se refugió durante la invasión de los Bárbaros: poco después aparece, entre otras, la Regla de San Benito de Nursia, admirable por su perfección y sabiduría.

Distínguese esta última por sus prescripciones relativas al trabajo y á la obediencia pasiva; y de tal manera supo traducir el ideal de la vida monástica, que sus estatutos fueron adoptados por la inmensa mayoría de los conventos europeos. Sus monjes dividían el tiempo entre Dios y el mundo, es decir, entre la oración y el trabajo, de suerte que así rezaban sus horas en el coro, como desecaban pantanos, araban la tierra, copiaban manuscritos ó redactaban códices: á la Regla de San Benito cumple, pues, la gloria de haber salvado la ciencia clásica de entre los cataclismos de la Edad media y la de haber fundado

las primeras Escuelas, para que las tradiciones artísticas, científicas y literarias no se borrarán bajo el impulso de las ignorantes y feroces hordas del Norte.

Achaque es de los humanos abusar de lo más grande y sublime, por lo cual no estrañará á nadie, si esta misma providencial institución se corrompió más tarde al contacto de sus innumerables riquezas, las cuales trajeron consigo la vida regada, y los vicios, sus inseparables compañeros.



EL FEUDALISMO

LECCIÓN XXVI

El Feudalismo

Qué es el Feudalismo: su carácter esencial.—El Rey, el Señor y el Vasallo en la monarquía feudal.—Derechos de los Señores.—Progreso que el Feudalismo simboliza.

A raíz de la invasión, cuando los Bárbaros se reparten los territorios que constituyeron el antiguo Imperio romano, aparece la propiedad alodial, es decir, exenta de toda obligación personal; así como más tarde, al hacerse por los Monarcas y Señores nuevos repartos parciales se dió lugar á lo que llamaremos beneficio ó propiedad transmitida en recompensa de algún servicio prestado.

Desde el Siglo IX se les denominó feudos, advirtiendo que si el alodio y el beneficio suponían completa libertad é independencia en ambas partes contratantes, este último significa en el que otorga un dominio absoluto sobre quien lo recibe; y tanto, que si las donaciones tenían lugar entre señores y vasallos, se prescindía por completo en ellas de la intervención del jefe del Estado.

Esta institución social toma el caracter de verdadero sistema político desde el momento en que á la propiedad se une el ejercicio de la soberanía, de suerte, que el feudalismo anula por completo la acción reguladora del poder central: los Señores se sobreponen á los reyes, que en lo sucesivo solo conservan una autoridad ilusoria.

Para que se comprenda hasta qué punto es cierto lo expuesto, añadiremos que el feudalismo es la estrecha conexión del vasallo con su Señor, de tal manera, que sólo de él recibe justicia, protección y mandato: para un vasallo no existen ni Patria, ni Rey, ni Humanidad. Bien claro se contiene en la fórmula empleada para entrar en posesión de cualquier feudo, pues en el acto de adquirirlo recitaba el vasallo estas expresivas palabras: Señor, desde este día soy vuestro hombre, y os consagrare mi fé por las tierras que de vos poseo; os seré fiel y leal y os tributare las costumbres y servicios que os debo, si Dios y los Santos me prestan su ayuda.

En la Monarquía feudal existe una lucha sin tregua entre el Rey y los Señores, pretendiendo mermar aquel unos privilegios que en absoluto le anulan.

Si el Rey es el más fuerte, socaba poco á poco los cimientos de esta institución á la cual dedica todo su odio; pero si es el más débil, humilla la frente hasta que pueda tomar la revancha. Esta guerra, oculta unas veces y manifiesta otras, absorbe la vida entera del monarca, que vive aislado en su palacio, sin contacto con el pueblo sobre el cual no ejerce ni la más pequeña influencia.

En cambio el Señor feudal habita un castillo clavado sobre las rocas como el nido del águila, desde el cual domina el territorio que le pertenece con pleno dominio; las cosas lo mismo que las personas, los campos con sus frutos, los rios con sus peces, y hasta con sus aves la atmósfera: una sola palabra de sus labios, un gesto solo de su semblante, y á su disposición está todo, hombres y mujeres, ancianos y niños, pendientes de su voluntad soberana.

El Vasallo que de día vive ocupado en las faenas del campo, y cubre su cuerpo con un grosero saco formado de la piel que disputa á las fieras y se alimenta de hortalizas, leche, pan de centeno y carnes saladas, descansa durante la noche en una choza miserable, compuesta de mimbres y barro, más pa-

recida á gruta de salvajes ó caverna de tigres que á vivienda de personas.

Entre los derechos especiales que los Señores tenían sobre sus vasallos figuran algunos ridículos, otros verdaderamente criminales, y pocos, casi ninguno, equitativo y razonable.

Suprimiendo la relación de aquellos cuyo recuerdo hace enrojecer el rostro de vergüenza, citaremos los llamados de Mano muerta y del Fisco régio; por el primero heredaba el Señor á toda persona servil de su feudo que muriera sin hijos, sin testar ó de muerte repentina; y por el segundo eran suyas las riquezas de todo extranjero que falleciese dentro de sus dominios señoriales.

Esto último dió origen á crímenes horribles, tales por ejemplo, como el de engañar á los navegantes en las noches oscuras por medio de hogueras para que sus buques vinieran á estrellarse contra los arrecifes de la costa.

Sin embargo, el feudalismo representa un progreso cuando se le compara con el estado social de los pueblos en la Edad antigua.

Encargando los Señores á sus Esposas la dirección del feudo, mientras ellos permanecen en la guerra, comienza la importancia y la dignificación práctica de la mujer: si el feudalismo rasga la unidad de la patria común, estrecha los lazos de la familia dentro del hogar doméstico; y si la sociedad romana acepta la esclavitud como buena, el Señor no admite más estado inferior que el determinado por la servidumbre. En resumen, así como la transición de las tinieblas á la luz se realiza mediante el crepúsculo, así se pasa también por la servidumbre para llegar desde la esclavitud, que es la noche del espíritu, hasta la libertad individual, que irradia en nuestra frente como un destello purísimo de Dios; que la humanidad progresa, pero lentamente y no á saltos. Antes que anciano el hombre es joven, y antes que joven, niño: entre la cuna y el sepulcro median distintas y correlativas edades que hay que atravesar, la una primero, la otra después, y así hasta la última.

LECCIÓN XXVII.

Francia

Carlos el Calvo: victoria de los Nobles.—Los Normandos.—Dinastía de los Capetos.—La Tregua de Dios.—Luis VI: su pensamiento político.—Luis VII: incendio de Vitry.—Felipe II Augusto.—Juan Sin Tierra.—Los Albigenses.—Luis IX: decadencia del Feudalismo.—Felipe III.

El tratado de Verdun (843) fija definitivamente los límites de la monarquía francesa, adjudicada á Carlos el Calvo, el cual adquiere á poco la dignidad imperial por muerte sin sucesión de sus sobrinos, los hijos de Lotario.

Aprovechándose los nobles del estado del reino, amenazado por los Normandos, consiguen que el monarca, además de conferirles la propiedad de sus feudos, les confirme á perpetuidad los empleos que desempeñaban en la capital y en las provincias: así se convino en la Capitular de Chierzy del Oise (877) base del régimen feudal en Francia.

Los Normandos, pueblo de origen germano que habitaba el territorio litoral de Dinamarca, Suecia y Noruega, mandados por Regnardo Ludbróh, descienden por el Sena, avanzan hasta París y solo se retiran cuando Carlos el Calvo les compra la paz á peso de oro: doce años más tarde, repetida la invasión, Carlos el Simple tiene que cederles el extremo occidental de la Neustria, capital Ruan, llamada Normandía desde entonces.

A la muerte de Luis V el Ocioso, la desprestigiada dinastía carlovingia desaparece para dejar el puesto á la de los Capetos: Hugo, duque de París, es proclamado por los señores en Noyón (987). Roberto, Enrique y Felipe, sus primeros reyes, no puede decirse que reinaran: tal fuerza alcanzaba á la sazón el Feudalismo. Solo el último, auxiliado por la Iglesia, consigue imponer á los señores la Tregua de Dios (1031) que prohíbe las guerras feudales desde el miércoles por la tarde hasta la mañana del lunes.

Luis VI el Gordo, aconsejado por Suger, hace cambiar el aspecto de las cosas y agrupa en derredor de la monarquía las clases populares, las ciudades y el clero: para ello conserva las instituciones municipales de elección popular, sustrae algunas ciudades de la jurisdicción señorial, concede á otras el derecho de gobernarse por sí mismas, otorga cartas de emancipación y privilegio y favorece el establecimiento de los gremios. Con estas bases aparecerá bien pronto la Clase média y con ella el más firme baluarte de la Monarquía.

Luis VII continúa esta obra; y como se declarara enemigo suyo Inocencio II y el conde de Champaña, Teobaldo, se aliase con el Pontífice, penetra en las tierras de su vasallo y prende fuego bárbaramente al pueblo de Vitry: como penitencia por este hecho tomó parte en la segunda Cruzada.

Felipe II Augusto avanza un paso más con el establecimiento del Tribunal de los Pares (1180) encargado de castigar las demasías de los señores, no justiciables hasta entonces.

El mismo rey de Inglaterra, vasallo de Francia á título de duque de Normandía, es llamado ante este tribunal á justificarse de la muerte dada al joven Arturo: Juan Sin Tierra no acude, y en rebeldía es condenado á perder el señorío francés. Con este motivo se organiza la primera Coalición europea de la cual formaron parte Alemania, Inglaterra, Flandes y Lorena, pero el ejército francés derrota á los coligados en Bovines y Felipe II alcanza el primer puesto entre los monarcas de su siglo.

En este reinado tuvo lugar la Herejía de los Albigenses, apoyada por Raimundo VI, conde de Tolosa. El Papa Inocencio III envió para convertirlos á P. de Castelnan, el cual muere asesinado, por lo que se organiza contra ellos una Cruzada dirigida por S. de Monfort: todos los habitantes de Albi, católicos y herejes, murieron acuchillados bárbaramente.

Después de Luis VIII ocupa el trono Luis IX, de menor edad, bajo la regencia de su madre Blanca de Castilla: de mayor edad, continúa debilitando al Feudalismo, quitando á los Señores el derecho de acuñar moneda, reformando la adminis-

tración de justicia y publicando los Etablissements donde se deslindan las atribuciones y derechos del rey, de los señores y de los vasallos. Organizó este rey dos guerras de Cruzada, en la segunda de las cuales muere: su nombre figura en el catálogo de los Santos.

Tras él reina Felipe III el atrevido, el cual incorpora á su corona el reino de Navarra por el matrimonio de su hijo Felipe con Juana, princesa de este país.

LECCIÓN XXVIII.

Italia.

Lotario y sus hijos.—Geografía de Italia en este período.—Los Normandos en Italia.—Los descendientes de Tancredo.—Reyes normandos de las Dos Sicilias.

La Lombardía se constituye independiente en Lotario, hijo mayor de Ludovico Pio, con el nuevo nombre de Italia. Lotario se retira á la vida privada, (855) en la abadía de Prün, y distribuye sus Estados en esta forma: á Luis II, el reino Lombardo con el título de Emperador; á Lotario II, el Austria del lado de acá del Rhin, denominada desde entonces Lorena ó Lotaringia; y á Carlos, el señorío de Provenza.

Extinguida la descendencia de los citados monarcas, comienzan en estos países lo que en cierto modo podremos apellidar reyes revolucionarios, siendo los principales autores de las guerras civiles surgidas con este motivo, Guido duque de Spoleto, Berengario duque de Friul, y Arnolfo de Francia: pone fin á esta general anarquía Oton I al conquistar la Lombardía y agregarla á su corona de Alemania.

Difícil es trazar el cuadro geográfico que en este período nos ofrece Italia: la Lombardía ó región septentrional comprendía á Milán, Bercelli, Como, Novara, Bérgamo, Brescia y Cremona; la región central, á Venecia, Pisa, Florencia y Génova, siendo independientes dentro de ella los Estados pontificios y

los ducados de Luca, Parma, Reggio y Módena; y la región meridional, el ducado independiente de Benavento, las repúblicas de Nápoles, Gaeta y Amalfi, la Pulla y la Calabria que poseía el imperio de Constantinopla, y la isla de Sicilia donde se habían establecido los sarracenos aglabitas, procedentes del África.

Cuarenta peregrinos normandos que en el año 1017 regresaban de Tierra Santa en unos barcos de Amalfi, abordaron en Salerno precisamente cuando esta ciudad acababa de capitular con los sarracenos; y cuentan, que poniéndose al frente de los vencidos salernitanos, que deseaban tomar pronta venganza de la pasada derrota, rechazaron victoriosamente al enemigo y se enriquecieron con sus abundantes despojos.

Invitados por el príncipe Guaimaro III á volver acompañados de mayor número de compatriotas, lo verificaron desde Francia, y entonces vinieron Godofredo Drengot y sus cuatro hermanos, los cuales, puestos á sueldo de los régulos italianos, expulsaron á los griegos y arrojaron á los musulmanes de los territorios que hacía poco poseían. En recompensa de tan señalados servicios se les cedió la posesión del castillo y territorio de Anversa, erigido en condado á favor de Rainulfo, (1029) origen que fué del reino normando denominado de las Dos Sicilias.

Muchos normandos franceses acudieron bien pronto junto á sus hermanos de Italia, principalmente del territorio de Coutances, y entre ellos, los hijos de Tancredo, Guillermo, Fierabrás ó Brazo de hierro, Drogón, Unfredo, Roberto Guiscardo ó el Astuto, y Rogerio, los cuales, aventureros y emprendedores como todos los de su raza, sometieron á Melfis y Sorrento y concluyeron por apoderarse de toda la Apulla que dividieron en doce estados, con Melfis por centro común ó capital de esta nueva federación, estableciendo el sistema feudal en su mayor pureza, y nombrando jefe á Guillermo.

Esta dignidad pasó sucesivamente á sus hermanos Drogón y Unfredo. Atacado este último por el Emperador alemán En-

rique III, aliado de Constantino IX de Oriente, pudo más que ellos y los derrotó en Civitella, de cuyas resultas el pontífice Nicolás II concedió á los normandos los territorios conquistados y que pudieran conquistar en lo sucesivo dentro de la Italia pero á título de Feudo de la Iglesia, mediante un tributo anual y la oferta de una hacanea blanca.

Roberto Guiscardo, proclamado rey por el ejército, arrebató á los griegos las ciudades de Bari, Corfú y Botronto; dió libertad al Papa Gregorio VII, sitiado en Roma por el emperador de Alemania, y murió en Cefalonia (1085) haciendo la guerra á los imperiales de Oriente.

Le sucede su hermano Rogerio I, y á éste su hijo Rogerio II, el cual agrega á sus estados el territorio de la Calabria, no sin gran resistencia del Papa á quien pertenecía, y obtiene el título de rey de las Dos Sicilias (1127).

Rogerio II fué tan emprendedor y activo como su tío Roberto y se empeñó en porfiadas luchas contra el príncipe de Cápua y contra el emperador Lotario de Alemania: buscando más extenso campo á sus atrevidas empresas pasó al África, y contuvo las excursiones de los musulmanes piratas que con sus naves asolaban todos los días las costas de Sicilia y aún las de la Italia misma.

Siguen luego Guillermo I el Malo y Guillermo II el Bueno (1166) con los cuales se extingue la descendencia masculina de Tancredo, el señor de Hanteville. Ocupa el trono vacante otro Tancredo, nieto bastardo de Rogerio II, pero el emperador alemán Enrique VI, (1198) es alzado rey por los habitantes de Nápoles y Sicilia, y este reino pasa á formar parte del imperio de Alemania.

LECCIÓN XXIX.

Alemania

Independencia de este país: Conrado I.—Casa de Sajonia: los tres Otones.—Enrique II.—Casa de Franconia: Conrado II y Enrique III.

Alemania se constituye reino independiente á la muerte de Carlomagno, bajo Luis el Germánico, (843) al cual suceden, sin nada de particular que sea digno de mención, Arnulfo, y Luis V el Ocioso.

A la muerte de este rey, último de los carlovingios, se reúnen en asamblea los grandes señores y proclaman á Conrado I, (911) duque de Franconia, con el cual comienza la historia de Alemania independiente. Dos hechos absorbieron por completo todo su tiempo, sin consentirle momento de reposo: la lucha contra el feudalismo, implantado en este país como en ningún otro; y sus guerras contra los Magyares. Murió sobre el campo de batalla cubierto de gloriosas heridas.

Nombró para sucederle á Enrique I, el Cazador, con quien empieza la casa de Sajonia: este monarca tuvo la felicidad de vencer á los Magyares, que le dejaron tranquilo, de manera que pudo dedicarse á la organización interior del reino, disciplinando el ejército, estableciendo las marcas ó margraviatos para la defensa de las fronteras, y, sobre todo, creando con muy buen sentido político las primeras Municipalidades para oponer el Estado llano á las fuerzas siempre crecientes de la descontenta Nobleza.

Otón I el Grande, (936) hijo del anterior, ultimó el planteamiento de las reformas; y como los nobles se sublevaran, los derrota y castiga hasta con crueldad despojándoles de sus bienes y dignidades, que confiere á individuos de su familia, proveyendo en esta forma los ducados de Franconia, Lorena,

Babiera, Suabia y Sajonia, y los arzobispados de Colonia y Maguncia.

Adelaida, reina de Lombardía, á quien arrojara del trono el duque de Yori, llamó en su socorro á Otón I, el cual se apodera de este reino y se casa con la destronada princesa: en varias expediciones sucesivas, depone á Belisario, se ciñe la corona de hierro de los Lombardos, adquiere el dominio soberano de Roma, y es consagrado Emperador por el Pontífice Juan XXII, dando comienzo al Santo Imperio romano-germánico.

Para asegurar el éxito de sus empresas por medio de ventajosas alianzas, casó á su hijo y sucesor Otón con la virtuosa Teofania, hija del Emperador de Constantinopla.

Otón II el Rojo tuvo que luchar sin tregua contra todos aquellos á quienes su padre había sometido por la fuerza; el feudalismo quiere reivindicar los mermados derechos, los francos disputan á los alemanes la posesión del ducado de Lorena, el emperador de Constantinopla se resiste á entregar la dote estipulada en el contrato matrimonial de su hija, por encontrarla excesiva, y hasta el Pontífice intenta sacudir el yugo del Imperio que, con sus exigencias, se habia hecho verdaderamente insoportable.

Otón III es proclamado rey, muy niño todavía, pero su minoridad no tuvo nada de turbulenta como en el principio era de temer: educó al joven príncipe el célebre Gerberto, ascendido más tarde al pontificado con el nombre de Silvestre II.

El hecho más notable de este reinado consiste en la victoria obtenida contra los sublevados romanos que se habían constituido en República bajo la presidencia del Cónsul Crescencio (996) el cual quitaba y ponía pontífices á su antojo, y había convertido la capital del mundo cristiano en piedra de escándalo y asilo de las más exacerbadas pasiones. Otón III entra vencedor en Roma y hace decapitar á Crescencio, juntamente con sus principales partidarios, y restablece en el pontificado á su pariente Gregorio V.

Con Enrique II el Santo, (1002) que muere sin sucesión,

termina en Alemania la dinastía de la casa de Sajonia, cuyos monarcas organizaron la unidad política interior, sentaron las bases de la constitución germánica, establecieron la monarquía electiva para lo cual se creó un Consejo electoral compuesto de cinco grandes duques y tres arzobispos, interesaron al clero en la cuestión nacional, haciéndole independiente de Roma, adquirieron el protectorado de la Santa Sede con la dignidad imperial otorgada al primero de los Otones, y robustecieron el poder real haciéndole disponer de todos los feudos vacantes y de casi todos los beneficios eclesiásticos.

Después de dos meses de anarquía es elegido rey Conrado II, de la casa de Franconia, (1024) el cual pasa á Italia para recobrar la Lombardía que se había proclamado independiente, y es coronado por el papa Juan XXII. Con el intento de matar el feudalismo promulgó en Pavía la Constitución de los Feudos, en la cual se dispone que los Señores no pueden despojar de su feudo á los vasallos sinó convencidos de algún delito por el tribunal de los Pares, haciéndolos por el contrario hereditarios é irrevocables.

Le sucedió su hijo Enrique III el Negro (1039) el cual no cesó de luchar hasta su muerte contra los nobles alemanes, á los cuales, mal de su grado, les impuso la Tregua de Dios con el objeto de obligarles á suspender temporalmente sus nunca terminadas contiendas.

También intervino en los asuntos de Italia para corregir el grave abuso de la Simonía que por entonces comenzaba á manifestarse.

LECCIÓN XXX.

Inglaterra.

Conquista del país por los Dinamarqueses.—Canuto el Grande y sus hijos.—Eduardo el Confesor.—Los dos Pretendientes.—Conquista de Inglaterra por los Normandos: sus consecuencias —Enrique I: la Carta real.—Dinastía Plantagenet.—Enrique II.—Ricardo Corazón de León.—Juan Sin Tierra: la Carta Magna.—Los dos Eduardos.

La invasión de los Dinamarqueses coincide con el reinado de Ethelredo, (978) el cual compra la evacuación del territorio mediante el pago de un tributo anual, denominado *dane-geld*: para librarse del impuesto ordena el rey sean pasados á cuchillo los extranjeros que habitaban la isla; conducta que hizo á Suenón implantar allí la dominación dinamarquesa.

El príncipe más ilustre de esta dinastía fué Canuto el Grande (1017) el cual se propuso verificar la fusión de ambos reinos, Inglaterra y Dinamarca, pero que al morir divide los estados entre sus hijos, dejando á Suenón el de Noruega, á Canuto el de Dinamarca y á Haroldo el de Inglaterra: Ardicanuto sucesor de Haroldo, se distinguió por su tiranía y barbarie, y á su muerte volvieron á ocupar el trono los Sajones con Eduardo III, hijo de Ethelredo II.

Eduardo III, educado en la Normandía francesa, confió á los Normandos los cargos públicos con lo cual excitó la ira de los Anglo-sajones, que al fin se sublevaron; y como á poco falleciese sin hijos, nombra para sucederle á Guillermo, duque de Normandía, mientras que los ingleses proclaman al joven Haroldo.

Amenazaba la guerra civil, que para los Anglo-sajones era guerra de reconquista, y después de varias tentativas de arreglo sin resultado alguno, ambos ejércitos rivales se encuentran en los campos de Hastings, donde vencen los Normandos: Guillermo I se proclama rey de Inglaterra.

Las principales consecuencias de este hecho fueron: la sustitución de la nobleza sajona por la normanda, el planteamiento del feudalismo en toda su pureza, la reacción más espantosa contra la raza vencida, el restablecimiento del *dane-gheld*, y hasta el considerarse como un baldón el nombre de inglés. En el interior se dispuso, entre otras cosas, que los Concilios nacionales nada acordasen contra las regalías de la Corona, que los Señores estuviesen libres de toda censura canónica, y que los prelados no reconociesen la autoridad del Pontífice mientras no fuera aceptada como tal por el rey.

Advertiremos para la sucesivo que los monarcas ingleses son vasallos del rey de Francia, desde el momento que ocupa el trono inglés un duque de Normandía.

A la muerte de Guillermo el Conquistador ocupa el trono su hijo Guillermo II el Rojo (1087) que sostuvo una guerra civil contra su hermano Roberto, á quien como primogénito parecía corresponderle la corona. Inmoral y de violento carácter, distribuyó su tiempo entre los placeres y la caza, habiendo merecido más de una vez, por sus impurezas, las reconvenciones de San Anselmo, arzobispo de Cantorbery: murió en una cacería atravesado el pecho por una flecha.

Aunque el desheredado Roberto pretendió el poder desde Palestina, donde se hallaba peleando como cruzado, se le sustituyó por su hermano menor Enrique I el Astuto; (1100) y como al volver continuara en sus pretensiones, no solamente perdió el ducado de Normandía que de derecho le perteneciera por el testamento de su padre, sinó que acabó sus días prisionero en el calabozo de un castillo. Para ganarse partidarios en las pasadas contiendas, publicó Enrique I la famosa Carta real, en la cual prometía reinar con moderación, respetar las antiguas franquicias, devolver á la Iglesia sus inmunidades, permitir que los feudos se trasmitieran por herencia, y no exigir más tributos que los acostumbrados en tiempo de la dinastía Sajona: consiguió su objeto, anuló todas aquellas concesiones.

Su fallecimiento ocasionó una guerra entre Esteban de

Blois, nieto de Guillermo el Conquistador, y Matilde, hija de Enrique I, casada con Godofredo Plantagenet; para terminarla se convino que el primero reinaría hasta el fin de sus días, á condición de ocupar el trono después el jóven Enrique, hijo de Godofredo y de Matilde: así se entronizó la dinastía de los Plantagenet.

Su primer representante, Enrique II, (1154) reúne á su corona de Inglaterra y Normandía cuantiosos territorios, pues hereda de su padre el Maine, la Turena y el Anjou, así como por su esposa Leonor las posesiones occidentales desde el Loira hasta los Pirineos: dedicado á consolidar la autoridad real, derrotó á cuantos nobles se le opusieron, demoliendo sus castillos incautándose de sus bienes; pero nada pudo conseguir del clero á pesar de haber elevado al arzobispado de Cantorbery á su canciller Tomás Becket.

Sus últimos años fueron bien amargos, pues odiado de todos por el sacrílego asesinato cometido de su orden en la persona de Becket, cuando este se hallaba oficiando en el altar, tuvo el incomparable dolor de ver entre sus implacables enemigos á su misma esposa y á sus hijos: murió en el castillo de Chinón, maldiciendo de todos, y hasta de la hora infausta en que había venido al mundo.

Ricardo I Corazón de León (1189) pasa por ser el mejor caballero de su tiempo, aunque por algunos se le moteja de avaro á causa de haber vendido multitud de castillos, tierras y ciudades, cuyos productos justificaba diciendo eran para organizar la tercera Cruzada.

Prefirió la vida de aventuras á la tranquila del gobierno, y pasó á Tierra Santa donde demostró su valor y talentos militares.

Durante su ausencia le usurpó el trono su hermano Juan, y Felipe Augusto de Francia hizo lo propio con el ducado de Normandía, pero bien pronto consiguió recobrar ambas cosas. Murió de un ballestazo cuando sitiaba en el Lemosin el castillo de Chalons, que pertenecía á uno de sus nobles.

Le sucede Juan Sin Tierra, (1199) el cual carecía de las más elementales condiciones para regir una monarquía, siquiera no fuese de la importancia de la inglesa; no contento con haber usurpado la corona á su hermano Arturo, á quien por derecho correspondía reinar, le manda degollar en el castillo de Ruan, que le servía de prisión, arrojando su cadáver al Sena.

Por este crimen fué citado á comparecer ante el Tribunal de los Pares, como vasallo del rey de Francia que era, y no habiéndose presentado le condenaron á perder la Normandía. También tuvo el poco tacto de indisponerse con el papa Inocencio III á causa de la provisión del arzobispado de Cantorbery, mereciendo por ello ser excomulgado: aunque se libró del anatema obligándose á pagar un tributo anual á la Iglesia, los nobles, el clero y el pueblo se sublevaron contra él por indigno y cobarde, y le obligaron á otorgar la célebre Carta Magna (1215) base fundamental de las libertades inglesas.

Muy niño es proclamado Enrique III á la muerte de su padre (1216) bajo la regencia del conde Pembroke.

Llegado á la mayor edad, casó con Leonor de Provenza (1236) la cual vino á la corte acompañada de muchos amigos y deudos, provenzales é italianos, que por la voluntad expresa del monarca monopolizaron los destinos importantes del Estado, en lo religioso como en lo político: esta circunstancia, la de gastar sumas considerables en el servicio de su casa cuando la miseria reinaba por todas partes, y la más atendible de haber derogado la Carta Magna, hicieron que contra él se sublevaran todos los ingleses, sin distinción de categorías ni de clases, acaudillados por Simón de Monfort, consiguiendo imponer al Monarca las decisiones del llamado Parlamento, que restauraban las libertades públicas y excluían de los destinos nacionales á los extranjeros.

Prisionero en la guerra que con este motivo surge, es vengado por su hijo Eduardo en la batalla de Evesham (1265) y repuesto en el trono.

Eduardo I (1272) es considerado como el fundador del

sistema representativo en Inglaterra: restauró el poder real, confirmó la Carta Magna, promulgó los Estatutos de Wetsminster reformando el derecho penal, agregó á su corona el territorio de Gales con el título de principado que tendrán en lo sucesivo los herederos al trono, y en poco estuvo si también realiza la conquista de Escocia.

Su hijo Eduardo II que le sucede (1307) no pudo ser más desgraciado: la misma reina se pone al frente de una sublevación de la nobleza, y el infortunado monarca es encerrado en el castillo de Berkeley, donde le asesinan cruelmente.



EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO

LECCIÓN XXXI.

La Lucha

Luchas entre el Pontificado y el Imperio: su causa.—La Iglesia al advenimiento de Gregorio VII.—Enrique IV y el Clero alemán.—Guerra de las Investiduras.— Enrique V: concordato de Worms.—Conrado III: Güelfos y Gibelinos.—Federico Barbarroja: sus proyectos.—Alemania y el Pontificado.—Federico II: renovación de la lucha.—El Largo interregno: Hapsburgo.—Independencia de Suiza.— Fin de las luchas entre el Pontificado y el Imperio.

El Imperio que fundó Carlomagno tenía por base la concordia entre los poderes temporal y espiritual, y nada más difícil que trazar la divisoria entre ambos: de aquí que muerto el primer Emperador, el rompimiento se hiciese inevitable. Por otra parte, el Pontificado aspiraba al dominio de la sociedad civil, de suerte que las luchas entre el Pontificado y el Imperio significan la oposición de estos poderes, cada uno de los cuales pretende la dominación universal en propio beneficio.

Lastimosa era la situación de la Iglesia durante el último tercio del Siglo XI, apareciendo como causas de su mal, la simonía, la desordenada conducta del clero y el abuso de las investiduras: consecuencia de todo era que los cargos más elevados estuviesen desempeñados por clérigos ignorantes y ambiciosos,

sin que fueran bastante á impedirlo las exhortaciones de los Pontífices.

La gloria de esta reforma estaba reservada á Gregorio VII, gran talento, penetración suma y enérgico carácter: apoyado por la opinión pública promueve en Roma (1074) un Concilio en el cual se renovaron los decretos sobre el celibato, la simonía y el nombramiento de los cargos eclesiásticos.

Pero secundado Enrique IV de Alemania por el alto Clero de su país, desecha las intimaciones del Papa referentes á las investiduras y reúne en Worms un conciliábulo de obispos, abades y doctores que depone á Gregorio VII y proclama á Clemente III: el segundo Concilio de Roma excomulga al Emperador y á cuantos le apoyan; y viendo los nobles alemanes llegado el momento oportuno para imponerse á la monarquía, se inclinan del lado del Papa. Enrique IV, para parar el golpe, se dirige en el rigor del invierno al castillo de Canosa, y espera durante tres días la absolución pontificia, descubierta la cabeza, los piés desnudos, vestido de monje y acometido por la fiebre.

Los Señores en tanto proclaman emperador á Rodolfo, pero vencedor Enrique en la guerra civil, y acordándose de la escena de Canosa, lleva la guerra á Italia, penetra en Roma y Gregorio VII huye á Salerno, donde muere.

Pascual II que le sucede consigue que los hijos del Emperador se subleven contra el padre, y éste, anciano, fugitivo y excomulgado de nuevo, sin familia y sin amigos, muere en Lieja víctima de sus dos poderosos enemigos, el Feudalismo y el Pontificado.

Sucedióle Enrique V: renovada la guerra de las investiduras, acepta como transacción el concordato de Worms (1122) donde se acuerda que el Emperador renuncie la investidura eclesiástica, pero que el Papa le reconozca el derecho de la investidura laica de los sacerdotes, cuyos dominios quedan sometidos á la ley del feudalismo. Menos afortunado Enrique V en el interior consintió establecer la herencia de los feu-

dos que fracciona la Alemania en muchísimos y diminutos estados independientes.

La tregua ajustada tácitamente entre el Pontificado y el Imperio con motivo de las Cruzadas se rompió al ser proclamado Emperador Conrado III de Suavia (1138). Enrique de Baviera protesta la elección y se origina una guerra civil, cuyo combate principal fué el de Weinsberg donde se escucharon por primera vez los nombres de Güelfos y Gibelinos, partidarios de Enrique ó de Conrado.

En la guerra de Italia entre los Emperadores y la Liga lombarda se dió el nombre de Güelfos á los defensores del Pontificado y el de Gibelinos á los del Imperio.

El monarca más notable de la casa de Suavia es Federico I Barbarroja, el cual se propuso elevar el Imperio sobre todos los poderes de la Tierra. De acuerdo con el Papa Adriano IV sofocó la sublevación de Roma, constituida en República por A. de Brescia, pero la armonía entre ambos soberanos se rompe á seguida cuando Barbarroja pretende apoderarse de toda la Italia, los Estados pontificios inclusive.

Para conseguirlo se pone de acuerdo con algunas ciudades lombardas enemigas de Milán, atraviesa los Alpes al frente de cinco cuerpos de ejército, ocupa militarmente el país, y sanciona su derecho de conquista en la Dieta de Roncaglia, cuyos representantes le proclaman soberano de Italia. El Pontifice Alejandro III se opone, y la guerra continúa hasta el convenio de Legnano (1176) en el cual se reconoce la independencia de las Ciudades lombardas, aunque bajo la soberanía nominal del Emperador alemán.

A su muerte le sucede Federico II, el cual al principio dió muestras de acatamiento á la soberanía del Papa, renunciando á la dominación sobre Italia y cediendo Sicilia á su hijo Enrique como feudo, pero pronto se arrepiente, y hace estallar con furia la enemiga entre Güelfos y Gibelinos. Muerto Inocencio, los pontifices que le suceden excomulgan al Emperador y continúan la lucha, hasta que vencido éste se refugia en la Pulla donde

muere envenenado. La dinastía de Suavia se extingue con su hijo Conrado IV.

Diez y nueve años estuvo vacante la dignidad imperial, (1254—1273) durante los cuales las guerras civiles y los atropellos de todo género asolaron el país. Este largo interregno termina al ser proclamado Rodolfo de Hapsburgo, al cual sucede Alberto I, en cuyo reinado tiene lugar la independencia de Suiza, immortalizada por Guillermo Tell y confirmada (1315) en la paz de Morgarten.

Luis de Baviera renueva la lucha entre el Pontificado y el Imperio al tomar posesión de la Corona lombarda en Milán y de la Imperial en Roma, ambas sin el consentimiento del Papa, pero cansados los Electores de tan porfiada lucha declaran solemnemente en la Dieta de Francfort que el jefe del Imperio no depende del Pontífice, y que en lo sucesivo toda elección hecha por ellos sería válida sin la confirmación de la Santa Sede. De este modo terminaron las luchas entre las llamadas Estrellas de la Edad media.

LECCIÓN XXXII.

Las Cruzadas

Sus causas.—Situación del Oriente al comenzar las Cruzadas.—Primera Cruzada: fundación del reino de Jerusalén.—Segunda Cruzada.—Tercera Cruzada.—Cuarta Cruzada.—Cruzadas V, VI, VII y VIII.—Consecuencias principales que las Cruzadas produjeron.

Llámanse Cruzadas las expediciones militares de los pueblos cristianos de Occidente contra los Musulmanes orientales con el intento de rescatar la posesión de los Santos Lugares; y se denominan así, porque los que en ellas tomaron parte llevaban como distintivo una cruz roja.

Si Gregorio VII en sus luchas contra el Imperio no había podido subordinar el poder civil al eclesiástico, consigue reali-

zar la unidad social de la Europa cristiana, de tal suerte, que los Emperadores y los Reyes, los Señores y los Pueblos, acatan sumisos las órdenes del Pontificado en cuanto concierne á los órdenes moral y religioso: este es el principio fundamental de las Cruzadas. Además, contribuyeron á su propaganda y desarrollo la exaltación del sentimiento religioso, indignado porque los musulmanes poseían la Tierra Santa, el espíritu caballeresco y aventurero de la Edad media, y el temor de que los Turcos invadieran la Europa y se apoderasen de ella.

Al lado de estas causas generales podremos citar algunas de carácter particular, es decir, que responden á las aspiraciones de una clase ó de un pueblo: así por ejemplo, los Papas, veían en las Cruzadas un motivo para trabajar con éxito la unión de las Iglesias Griega y Latina; el Clero, el acrecentamiento de su influjo, de su poder y de sus riquezas; los Reyes podían librarse por medio semejante de aquellos Señores turbulentos que tantas veces habían decidido en propio beneficio la contienda entre el feudalismo y la monarquía; para los señores, representaban una serie de batallas y de aventuras cuya consecuencia podría ser la fundación de reinos poderosos en aquellos remotos países; y finalmente, para el Pueblo, oprimido por la servidumbre, la explosión del sentimiento religioso y la esperanza quizá de las futuras libertades.

A todos debió mover también la Indulgencia plenaria concedida, medio facil de eximirse de las penitencias y de salvar sus almas pecadoras.

La división y la ruina del Califato de Bagdad coinciden con el principio de las Cruzadas: toda aquella grandeza conseguida bajo el reinado del magnífico Harun-al-Raschid, se vino al suelo en pedazos á causa del predominio de la guardia turca, de la división del poder espiritual y temporal, de la ambición de los Buidas, y del fraccionamiento del Califato. Formáronse en el Asia los reinos musulmanes separados de Iconio, Antioquía, Alepo, Damasco, Mossul, Bagdad, Persia y Kermán, en tanto que los sanguinarios y crueles Fatimitas conquistaban el Egipto

y fundaban el califato del Cairo y se hacían dueños de Siria y Palestina.

Los cristianos residentes en el Asia y los peregrinos que visitaban los Santos Lugares, sufrieron grandes persecuciones y amarguras con motivo de estos cambios y trastornos políticos, llegando hasta lo indecible en los últimos años del Siglo XI con motivo de la aparición de los Asesinos, secta religioso-militar cuyo jefe, el Viejo de la montaña, era el símbolo más acabado de la devastación, del exterminio y de la muerte: las peregrinaciones se hicieron imposibles, tanto más, cuanto que el Imperio bizantino en nada podía protegerlas, debilitado como se hallaba por sus guerras exteriores y por las disensiones religiosas en el interior. Lejos de esto, el Emperador Alejo Comeno tuvo que pedir auxilio al Occidente cristiano contra los turcos, precisamente cuando Gregorio VII empezaba á conmover con su palabra a los pueblos para rescatar la tierra Santa.

Entonces aparece Pedro el Ermitaño, natural de Amiens, que marcha peregrinando á Jerusalén, donde cree escuchar la voz de Jesús que le dice: Pedro, levántate; vé á anunciar á mi pueblo el fin de la opresión. Vuelve á Europa, y recorre la Italia y la Francia con los piés descalzos, la cabeza desnuda, envuelto en tosco sayal de lana que ceñía una cuerda de esparto, montado en su mula, y con un crucifijo en la mano, por todas partes predicando y produciendo una revolución que conmueve hasta los cimientos de la sociedad.

El papa Urbano II convoca el concilio de Claramonte (1095) donde las muchedumbres congregadas responden á su voz con las palabras de ¡Dios lo quiere!; y sin esperar el tiempo prefijado empieza la primera cruzada al mando del Ermitaño, con un ejército de hombres, de mujeres y de niños, sin orden, sin disciplina, sin provisiones y hasta sin armas. Esta explosión popular careció de resultado, pues concluyó casi por completo en la Hungría y en el Asia menor á causa de la oposición que se la hiciera desde que los cruzados tuvieron que dedicarse al pillaje para no morir de hambre.

Llegada la primavera de aquel mismo año se puso en camino el ejército de los Señores, llevando al frente á Godofredo de Buillón, á sus hermanos Eustaquio y Valduino, á Raimundo, conde de Tolosa, y á Boemundo, duque de Toscana. Después de la toma de Nicea, á la que siguieron las de Edesa y Antioquía, los cruzados ponen sitio á Jerusalén, que cae al fin en su poder (1099) no sin haber antes padecido horribles angustias producidas por el hambre, la sed y el sofocante calor: setenta mil judíos y musulmanes fueron degollados.

Godofredo es aclamado rey por los Señores, pero rehusa la corona de oro en el lugar donde Jesús la había llevado de espinas. En suma: la primera Cruzada había conseguido su objeto.

Cuarenta y tres años después, (1142) las continuadas escaramuzas del valiente Noradino obligaron á Valduino III á implorar los auxilios del Occidente, y á pesar de la heroica defensa de Joselín de Courtenay, Edesa cayó en poder de los musulmanes y Jerusalén se vió atacada de cerca. Predicó la segunda Cruzada el ilustre San Bernardo, y tuvo por jefes á Luis VII de Francia y á Conrado III de Alemania; pero la perfidia de los Griegos, que miraban con recelo el acrecentamiento del Occidente en el Asia, puso tantos y tales obstáculos al ejército de los cruzados, que al cabo de dos años hubieron de volverse sin conseguir su objeto.

La ciudad Santa no pudo resistir con solas sus fuerzas, y cayó en poder de los Turcos, sin que fuera suficiente á retenerla el heroísmo de su último rey, Guido de Lusián.

La noticia de este suceso produjo en Europa una consternación sin límites: Guillermo de Tiro consiguió mover los ánimos en presencia de tamaño desastre, y por tercera vez hubo como una explosión de entusiasmo, al frente de la cual se pusieron los tres príncipes entonces más poderosos, que eran: Federico Barbarroja, emperador de Alemania; Felipe II Augusto, rey de Francia, y Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra. La falta de armonía entre los monarcas directores de esta terce-

ra Cruzada (1189) hizo que los ejércitos de cada nacionalidad pelearan separadamente, y sin haber conseguido nada, volvieron tristes á su país diezmados por el hambre y por la guerra.

A pesar del mal efecto producido por la anterior, todavía pudo promover el papa Inocencio III una cuarta cruzada (1202) que dirigieron Balduino de Flandes y Bonifacio de Monferrato; pero bien lejos los ejércitos de llegar hasta Oriente, se apoderaron de Constantinopla y fundaron el Imperio latino, (1204) que fué á modo de un paréntesis de medio siglo hasta la restauración de Miguel Paleólogo.

Después de estas cuatro primeras Cruzadas que tienen un carácter espontáneo, popular y europeo, y en las cuales, si los resultados no correspondieron al intento, los hechos de armas guardaron relación con la magnitud de la empresa, llegaron á verificarse otras cuatro más, particulares en cierto modo y que no podían producir el apetecido éxito.

La quinta, en el orden sucesivo de las anteriores, fué comenzada por el rey de Hungría Andrés II, (1217) y se continuó por Juan de Briena que no pasó del Egipto: la sexta (1227) tuvo por jefe á Federico II de Alemania que, en virtud de un tratado, tomó posesión nominal de Jerusalén; y las dos últimas fueron emprendidas (1248 y 1270) por San Luis rey de Francia, el cual muere en Túnez á consecuencia de la peste.

Las consecuencias principales que de las Cruzadas se desprenden son: en el orden social, el haber libertado á la Europa de una invasión musulmana, estrechando á la vez los lazos de unión entre el Oriente y el Occidente; en el orden político, unir á los pueblos aumentando el poder de los Reyes á costa del Feudalismo, y quebrantar la dureza de la servidumbre; en el orden científico, el mayor desarrollo y progreso de la Filosofía, de las Matemáticas, de la Geografía, de la Historia, de la Medicina, y de la Literatura en general; y bajo el concepto económico, hacer que naciesen á una vida nueva la agricultura, el comercio y la industria.

Como se ve, pues, si las Cruzadas no realizan su primitivo

ideal, esencialmente religioso, originaron en cambio una revolución inmensa en el mundo de la Edad media; este es su verdadero sentido. Las Cruzadas dieron lugar, además, á la institución de la Caballería para defender á los peregrinos contra las violencias de los turcos, y así nacieron las tres órdenes militares de los Hospitalarios, Templarios y Caballeros teutónicos.

LECCIÓN XXXIII.

Italia ante el Pontificado y el Imperio

Manfredo: dificultades de su gobierno.—Conradino: su desdichada muerte.—Carlos de Anjou: las Vísperas Sicilianas.—Conquista de Sicilia por el rey de Aragón.—Independencia de las principales ciudades italianas.

El testamento del Emperador Federico II dejaba á su hijo Conrado todos los bienes y derechos de los Hoenstauffen, y en defecto suyo á Manfredo, su hijo natural: por esto Manfredo fué nombrado Lugarteniente, de las Dos Sicilias, en cuyo gobierno se hizo admirar de todos indistintamente, así Gibelinos como Güelfos, á causa de su grandeza de miras y bondadoso carácter.

El pontífice Inocencio IV que veía en él al hijo de Federico II, consecuente rival del papado, le suscitó toda clase de complicaciones y enemigos, llegando á llamar al extranjero Carlos de Anjou para conferirle la corona de este reino.

Lo mismo hicieron después los pontífices Alejandro, Urbano y Clemente, el último de los cuales, además de excomulgarle para impedir el matrimonio de su hija con el rey Pedro III de Aragón, expidió una Bula en favor del de Anjou, coronado en Roma (1266) por manos del Papa.

Manfredo muere en la guerra civil que con este motivo se suscita, después de haber peleado como un héroe en la desgraciada batalla de Benavento: el legado del Pontífice mandó desenterrar su cadáver, que fué arrojado al Tíber.

Las venganzas de los franceses contra los Gibelinos, tanto más terribles cuanto era más sanguinario y feroz el carácter de este malvado que se llamó Carlos de Anjou, hicieron que los de Sicilia organizaran una conspiración para colocar sobre el trono á Conradino, joven de diez y seis años, el cual penetra vencedor en Italia y expulsa de su capital al Papa; pero derrotado en la batalla de Tagliacozo (1268) y prisionero, muere decapitado en un cadalso que se levantó sobre la plaza de Nápoles.

Vencedor en la batalla anterior, y contando más firmemente que nunca con el apoyo de Urbano IV, cometió Carlos en su nuevo reino toda clase de venganzas y de abominaciones, hasta que el gibelino Juan de Prócida es el vengador de tanta infamia en el tremendo día 30 de Marzo de 1282, en el cual estalla el famoso levantamiento conocido con el nombre de las Vísperas Sicilianas.

Algunos miles de franceses perecieron degollados, y las mal contenidas iras del pueblo llegaron hasta rajar el vientre de las mujeres en cinta, casadas con aquellos odiosos extranjeros.

Los franceses se preparan para la defensa, cuando los gibelinos ofrecen la corona á Pedro III, rey de Aragón y yerno de Manfredo, el cual les derrota por tierra al frente de sus invencibles almogavares, en tanto que Roger de Lauria se apodera de la flota enemiga, á la que prende fuego; libre la isla de aquella dominación, fué como una nueva perla engastada á la corona aragonesa, en tanto que el reino de Nápoles continúa en poder de los angevinos, cuyas pretensiones por recobrar á Sicilia serán la causa de una guerra de cinco siglos entre españoles y franceses, designados respectivamente con los históricos nombres de Gibelinos y Güelfos.

Aprovechándose de la perturbación que los sucesos anteriores produjeron en Italia, se despertó cierto deseo de libertad é independencia en algunas ciudades de la costa, las cuales, andando el tiempo, llegaron á constituir estados poderosos: citaremos entre ellas á Venecia, Génova, Pisa, Florencia y Milán.

Fundada Venecia sobre las lagunas del Veneto, en la ex-

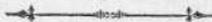
tremidad septentrional del mar Adriático, debe su origen á varias familias de Pádua y Aquileo, que abandonaron sus hogares huyendo de las hordas mandadas por Atila. Gobernada al principio por tribunales de elección popular nombró en 697 un jefe vitalicio ó Dux que recibía sus poderes del elemento democrático principalmente, como más numeroso que era, hasta que la nobleza se sobrepuso y quedó constituido el Consejo de los Diez, (1810) enemigo del Dux y del pueblo, que no conservó de la libertad más que el nombre. Su comercio, siempre floreciente, se enriqueció en gran manera con motivo de las Cruzadas.

La ciudad de Génova, que fué sucesivamente conquistada por los griegos, lombardos y francos, consigue hacerse independiente á la muerte de Carlos el Gordo: la autoridad suprema recibió en ella sucesivamente los nombres de Capitán, Cónsul, Podestá, Protector y Dux. Su desventajosa posición terrestre y la pobreza del suelo sobre el cual se cimentaba, la hicieron dedicarse desde luego al comercio marítimo que llegó á conseguir excepcional importancia: cuando las Cruzadas era una de las primeras ciudades mercantiles del mundo, pero las revueltas interiores la hicieron decaer con rapidez hasta colocarse (1339) por consentimiento mutuo bajo la dependencia de Príncipes extranjeros.

De Pisa diremos solo que, emancipada del poder de los Griegos, se constituyó en república democrática, habiendo alcanzado gran preponderancia comercial y marítima, hasta que sucumbió destrozada por las guerras contra Génova y Florencia.

Florencia debe su engrandecimiento al emperador Carlomagno, que la reedificó después de conquistada á los griegos. Gobernada en forma de una república democrática, cuyo jefe recibió el nombre de Cónsul, y al que en su empresa auxiliaba un Senado ó Credenza, compuesto de cien individuos, estableció en 1266 el Consejo de los Treinta y seis ó Señoría. Tomó parte en las contiendas de Güelfos y Gibelinos hasta que se estableció en ella la dominación de los Médicis.

Milán se hizo independiente a la desmembración del imperio de Carlomagno, y figuró en la lucha entre el Pontificado y el Imperio á la cabeza de las ciudades lombardas que, bajo la protección de Alejandro III, constituyeron la Liga de este nombre: por esto Barbarroja la destruyó hasta en sus cimientos (1162). Después de una guerra civil entre Güelfos y Gibelinos, representados por los Torriani y Visconti, vencieron (1276) estos últimos que la organizaron interiormente bajo la dirección de un gobierno pacífico, y la concedieron alguna importancia en el exterior.



DESARROLLO DE LAS MONARQUÍAS

LECCIÓN XXXIV.

Francia y Alemania

Francia: Contienda entre Bonifacio VIII y Felipe IV el Hermoso.—Traslación de la Santa Sede á Avignón.—Rienzi.—Gran Cisma de Occidente.—Extinción de los Templarios.—Los Estados generales.—Alemania: Herejía de Hus.—Decadencia del Imperio desde Carlos IV hasta Carlos V.

Terminadas las luchas entre el Pontificado y el Imperio, continúa la enemiga entre la Iglesia y el Estado, pero con la particularidad de que ahora es la Monarquía, es decir, el germen de las Nacionalidades, la que representa á este último.

Bonifacio VIII aparece como el continuador de Gregorio VII y de Inocencio III, así como Felipe IV lo es de Enrique IV y de Federico II.

Bien lo demostró el Pontífice con motivo de la peregrinación que tuvo lugar en Roma, (1300) pues se presentó á la concurrencia vestido con los ornamentos imperiales precedido de la espada, del globo y del cetro, á tiempo que un heraldo anunciaba su llegada con estas palabras: Ved las dos espadas, ved al sucesor de Pedro, ved al Vicario de Cristo. Como si esta aparatosa manifestación no tradujese fielmente su pensamiento, cuentan, que al saber la coronación de Alberto de Austria hecha sin consentimiento suyo, exclamó: yo soy César, yo soy Emperador, yo sabré defender los derechos del Imperio.

Felipe IV el Hermoso, el rey de los legistas ó el monedero falso, como sus contemporáneos le llamaron, era un enemigo temible, pues calculador y frio por temperamento, amigo del fin sin reparar en los medios, y para el cual fueron siempre palabras vanas la moral y la justicia, poseía por añadidura un carácter indomable, por lo mismo que había llegado á comprender la decadencia del Pontificado y el poderoso cúmulo de fuerzas que de buen grado le apoyaban en su empresa de conservar intacta la independendencia de la autoridad temporal.

La contienda estalla con motivo de la pretensión que el Papa inicia de someter á su arbitraje la guerra que Felipe IV mantenía contra Inglaterra, por haber el rey contestado á los delegados pontificios que solo al monarca pertenecía el gobierno temporal de su reino, sin que aceptase en este terreno poder alguno superior.

Semejante respuesta le valió una excomuni6n; pero el rey de Francia, lejos de intimidarse por ella, impuso al clero de su país el enorme tributo de un veinte por ciento sobre sus bienes, prohibiéndole, además, la salida de la plata y del oro para el extranjero: revela esta medida su deseo de emanciparse hasta de la obligaci6n que los pueblos se habían propuesto voluntariamente de contribuir al sostenimiento de la Corte pontificia.

Después de una avenencia que duró poco tiempo, la enemistad se hizo más irreconciliable, y el Papa tuvo que refugiarse en Agnani para huir de la ira popular, irritada en contra suya.

Ni esto le valió, pues los enemigos penetraron en su retiro á los gritos de ¡Viva Francia! ¡Muera Bonifacio! y este, anciano de ochenta años, es abofeteado y escarnecido por la descompuesta muchedumbre. A los pocos meses bajaba Bonifacio VIII al sepulcro, y con él la omnipotencia de la Santa Sede.

Benedicto XI que continúa sus tendencias murió al año escaso, y el cónclave designa al francés Bernardo de Got, arzobispo de Burdeos, que recibe el nombre de Clemente V.

Como recompensa del apoyo que Felipe IV le prestó para ocupar el s6lio, según creen unos, ó teniendo en cuenta el es-

tado excepcional de Roma, en opinión de otros, trasladó este pontífice su residencia oficial á la ciudad francesa de Avignon (1309) y dió comienzo al período que conocen los historiadores italianos con el nombre de nuevo Cautiverio en Babilonia.

El fogoso y elocuente tribuno Nicolás Rienzi quiso aprovecharse de la ausencia voluntaria del Papa, y alegando que Clemente V desamparaba la Italia para poner su autoridad é independencia bajo el cetro de los francos, excita el sentimiento popular y, no sin grandes trastornos, restaura la República consular romana (1347). Asesinado por sus mismos partidarios, la tranquilidad se restablece, y el Papa Gregorio XI (1377) se apresura á volver á la Capital del mundo católico bajo la garantía del Emperador alemán.

Dividido el Cónclave á la muerte de Gregorio XI, la rivalidad entre italianos y franceses produjo el conflicto conocido con el nombre de Gran Cisma en Occidente, (1378) pues en tanto que los primeros nombraban Papa á Urbano VI, que se consagró en Roma, elevaron los segundos á la Silla de San Pedro á Clemente VII con residencia obligada en Avignon.

En la duda sobre la validez de ambas elecciones, la Cristiandad se dividió en otras tantas obediencias, siendo Clemente reconocido solemnemente por Francia, España, Portugal y Nápoles.

Después de Urbano, los de Roma nombraron sucesivamente á Bonifacio IX, Inocencio VII y Gregorio IX, en tanto que sus adversarios reconocían al aragonés Pedro de Luna con el nombre de Benedicto XIII. En vano los cardenales de las dos curias se reúnen en el Concilio de Pisa y nombran canónicamente á Alejandro V y deponen á los otros dos, pues lejos de producir ventaja alguna, originó el escándalo de que fuesen tres nada menos los Vicarios de la Iglesia.

El concilio de Constanza corta por fin este cisma (1417) consagrandó á Martino V, por más que el tenaz aragonés continuara en Peñíscola, su patria, titulándose único representante de Jesucristo en la tierra.

Durante la estancia de Clemente V en Avignón consiguió el rey de Francia que el Concilio de Viena decretase la abolición de los Caballeros Templarios, acusados de cometer toda clase de sacrilegios é impurezas, siendo muchos de ellos condenados á la muerte en hoguera después de arrancarles una confesión ineficaz por el medio bárbaro del tormento: ni siquiera se respetaron las canas del octogenario Molay, gran maestre de la Orden, el cual en medio de las llamas protestó de su inocencia y emplazó al Papa y al Rey para ante el tribunal de Dios.

Las cuantiosas riquezas que estos caballeros poseían en el país fueron adjudicadas al ambicioso monarca.

Para terminar lo relativo á Francia añadiremos que Felipe IV convocó por primera vez los Estados generales dando entrada en ellos al elemento popular, colocado desde entonces políticamente á la altura de la nobleza y del clero.

Después del reinado de Carlos IV en Alemania, (1347) famoso por la publicación de la Bula de oro en la cual se regula definitivamente la forma de la elección imperial y se declara la soberanía de los Príncipes electores, ocupa el trono Segismundo I (1411) en cuyo tiempo aparece la Herejía de los Husitas, que amenazó rasgar la unidad católica en Europa, é influyó en la decadencia del Pontificado.

Se llamó así de su iniciador Juan Hus, rector de la Universidad de Praga, condenado en el Concilio de Constanza: extirpada por el hierro y por el fuego, se refugia en Bohemia, cuyos habitantes apelaron á las armas y cometieron incalculables excesos.

La influencia del Imperio, que vino debilitándose desde el reinado anterior, desaparecerá por completo en la Edad moderna bajo el gobierno de Maximiliano I (1493) por la concesión absoluta que de la soberanía se hizo á las Dietas generales, autorizándolas para imponer tributos, declarar la guerra y convenir los tratados de paz. Carlos V, su continuador, hará brillar todavía, y no mucho ciertamente, esta con verdad llamada segunda estrella de la Edad media.

LECCIÓN XXXV.

Francia

Últimos Capetos.—Guerra de sucesión anglo-francesa ó de los Cien años.—Juana de Arco.—Sucesos interiores: —La Jaquería.—Borgoñones y Armañacs.

A la muerte de Felipe IV el Hermoso ocupan sucesivamente el trono de Francia, Luis X, Juan I, Felipe V y Carlos IV, últimos Capetos, cuyos reinados carecen de importancia, siendo llamada á reinar la línea masculina indirecta cuyo primer monarca se apellidó Felipe VI, perteneciente á la familia de los Valois (1328).

Regía á la sazón los destinos de Inglaterra Eduardo III, sobrino de Carlos IV y nieto de Felipe el Hermoso por su madre Isabel, el cual, sin respetar la Ley Sálica francesa, que excluía del trono á la sucesión por línea femenina protestó del acuerdo tomado en los Estados generales á beneficio del de Valois, y sometió la cuestión al arbitraje de las armas, originando una larga y difícilísima contienda que se conoce con el nombre de Guerra de los Cien años.

Derrotados los franceses por mar en la batalla de la Esclusa, (1340) y deshechos sus ejércitos terrestres en la llanura de Crecy, (1346) no pudieron defender sinó malamente la importantísima plaza de Calais, verdadera llave del estrecho de este nombre, que los Ingleses retendrán hasta el año 1558.

Más desdichado todavía Juan II el Bueno, que le sucede en el trono (1350), es hecho prisionero por los Ingleses, después de vencido por el príncipe Negro en los campos de Poitiers, (1356) yendo á morir á Lóndres; en tanto que su hijo Carlos V el Sabio, (1364) además de robustecer el poder real apoyándose en el parlamento, obtiene, gracias á la marina castellana, la victoria de la Rochela (1372) y hace que una tregua le conceda algunos momentos necesarios de tranquilidad y de reposo.

Durante la menor edad de Carlos VI continúan las operaciones militares en las peores condiciones para Francia, al paso que la ambición desmedida de los Príncipes y de los Señores originan calamidades sin cuento en el gobierno interior: la mayor fué sin duda el extravío mental del monarca, que concluyó por morir imbécil, habiéndose acordado antes por ambas partes beligerantes en las capitulaciones de Troyes (1420) el matrimonio de su hija Catalina con Enrique V, rey de Inglaterra, para de este modo conseguir que se enlazaran algún día en una sola ambas coronas.

Así se comprende cómo al fallecimiento casi simultáneo de Enrique V, y Carlos VI pudo ser proclamado Enrique VI (1422) rey de Inglaterra y Francia; mientras que algunos caballeros franceses reunidos en Poitiers simbolizaban la independencia nacional en la persona de Carlos VII el Victorioso.

Los Ingleses marchan sin pérdida de tiempo contra este monarca, que á juicio suyo era sencillamente un usurpador, y después de algunos triunfos casi insignificantes, llegan hasta poner sitio á la plaza de Orleans (1429) cuya posesión resolvía en definitiva el éxito de tan continuadas campañas.

Bien pronto el hambre con todos sus horrores se deja sentir en el recinto de la ciudad sitiada, sin que el animoso Carlos VII pueda enviar en su auxilio ni el más pequeño socorro: el desaliento cunde por todas partes, cuando una joven aldeana de la Lorena, que se decía inspirada del Cielo, se presenta en el campamento del rey, devuelve la fé á los abatidos espíritus, inspira confianza y valor á los débiles, y vestida de blanca armadura, con la espada de Carlos Martel en una mano y el estandarte nacional en la otra, montada en brioso corcel, se dirige á las trincheras al frente de un pequeño grupo de guerreros, y el enemigo retrocede arrollado.

Orleans se salva y en menos de dos años los ingleses evacúan el territorio, á excepción de la plaza de Calais.

La heroína de tantas y tan brillantes jornadas se llamó Juana de Arco; y por cierto que, prisionera en el combate de

Compiègne, encarcelada en oscura prisión, sirviendo de escarnio á los ingleses, abandonada de sus compatriotas, y lo que es más, de aquel rey ingrato que la debía su corona, pereció quemada viva, y ¡caso inaudito! hasta franceses eran los jueces que la habían sentenciado.

La decisiva victoria de Castellón (1453) inclina la suerte de las armas en favor de Carlos VII, y pone término á esta guerra que había durado algo más de un siglo.

Mientras que en el exterior se desarrollan los sucesos de la guerra anglo-francesa que acabamos de reseñar, estalla en París una violenta sedición de la clase popular contra la nobleza y el rey, dirigida por el Preboste de los mercaderes, Esteban Marcel; sedición que se propagó bien pronto á las provincias, y se conoce con el nombre de guerra de la Jaquería: más de setecientos castillos fueron arrasados por la furia del amotinado pueblo.

Como si este conflicto no fuese bastante, en los tiempos de Carlos VI tuvo lugar la sangrienta rivalidad entre Borgoñones y Armañacs, motivada por el asesinato del duque de Orleans (1407) á manos del de Borgoña, Juan sin Miedo, en la que tomaron parte los diversos estados sociales, mezclados y confundidos entre sí, eclesiásticos, civiles y militares, siendo causa de increíbles horrores.

La lucha terminó ajustándose el matrimonio entre los primogénitos de ambas familias, y por cierto que, en el día de las bodas, fué cuando el duque de Borgoña, Felipe el Bueno, instituyó la Orden del Toisón de oro en conmemoración de aquel fausto suceso.

LECCIÓN XXXVI.

Inglaterra

Estado interior de Inglaterra: perturbaciones religiosas y políticas.—Guerra civil de las Dos Rosas: acontecimientos principales.—Enrique VII Tudor.

Durante el trascurso de la guerra de Cien años fué desenvolviéndose en Inglaterra el germen constitucional depositado en la Carta Magna, primero, y después en los Estatutos de la asamblea de Oxford, dividiéndose el Parlamento en las dos Cámaras que todavía subsisten, la de los Lores y la de los Comunes.

La ilegalidad de los impuestos exigidos sin el consentimiento de los representantes del pueblo, la necesidad del concurso de todos para variar las leyes, el derecho de acusar á los ministros de la corona, y la facultad de investigar los abusos administrativos y políticos, tales fueron los principios esenciales de gobierno adoptados por la nación inglesa, y que Eduardo III consagró solemnemente.

No contento el pueblo con estas adquisiciones trabajó su ampliación bajo el reinado de Ricardo II, que subió al trono de menor edad, siendo regentes sus tíos los duques de Lancaster, Gloucester y York, en cuyo tiempo, la ambiciosa soberbia de los nobles excitó las iras populares y originó en la Gran Bretaña una guerra de la misma significación y carácter que la francesa de la Jaquería, cuyo primer resultado fué el destronamiento del joven monarca y la proclamación de Enrique IV, primer monarca de la casa de Lancaster.

Paralelamente á los sucesos anteriores se desenvuelve la herejía revolucionaria de Wicklef, (1377) propagada por la secta de los Lollardos, que preparó el terreno al protestantismo y contribuyó al general trastorno en Europa durante los comienzos de la Edad moderna.

A la muerte de Enrique VI sufrió el reino todos los horrores de una guerra civil promovida por la casa de York que, llevando por divisa una rosa blanca, disputaba la corona á la familia reinante, cuya divisa era una rosa encarnada: por esto se la conoce en la historia con el nombre de las Dos Rosas.

La lucha comenzó con el asesinato de Enrique VI por el partido contrario, y continuó bajo los reinados de Eduardo IV, Eduardo V y Ricardo III, los tres de la casa de York; siendo los principales personajes y de mayor interés por su constancia y carácter, el duque de Warwick y Margarita de Anjou, mujer de Enrique VI.

La guerra terminará por virtud del matrimonio de Enrique VII Tudor, descendiente de la casa de Lancaster, con la hija de Enrique IV que representaba la de York.

LECCIÓN XXXVII.

Imperio de Oriente

Conquista de este Imperio por los Cruzados y su restauración.—Miguel Paleólogo.—Constantino XII: toma de Constantinopla por los Turcos.—Resumen histórico del pueblo turco.

Después del turbulento reinado de Miguel VII (1071) que inaugura su gobierno mandando sacar los ojos á su antecesor Romano, ocupa el trono de este trabajado imperio Alejo I, precisamente cuando los Turcos arrecian los ataques con mayor furia y hacen temer una invasion general en Europa: ya vimos que esta fué, entre otras, una de las causas más fundamentales de las Cruzadas.

Ofendidos más tarde los guerreros cristianos á causa de la pérfida conducta que los Emperadores de Oriente emplearon con ellos, atacan á Constantinopla, la toman por asalto (1024) y fundan un Imperio latino, organizándolo á la romana: fué su primer soberano el caballero Balduino de Flandes.

Apenas pasa medio siglo, Balduino II es destronado por Miguel Paleólogo, emperador griego de Nicea (1261), y el Imperio latino termina.

Miguel Paleólogo pretende destruir las causas que trabajaban la decadencia del Imperio; y viendo que los Turcos se acercan á las orillas del Bósforo, llama en su socorro á los Catalanes y Aragoneses que acuden al mando de Roger de Flor, para rechazar victoriosamente al enemigo.

Estos aventureros tuvieron que concluir por volverse en contra de los mismos griegos, una vez terminado su compromiso, pues sobre no pagarles lo estipulado, fué su caudillo asesinado perversa y alevosamente.

Las represalias se recuerdan todavía con horror en aquellos apartados países, y dieron lugar á lo que dió en llamarse desde entonces, Venganza catalana. Los Turcos se aprovechan entre tanto de aquella indefinible anarquía, pasan á suelo europeo, y solo se retiran cuando Miguel Paleólogo les promete el pago de un considerable tributo.

Desde este momento, el Imperio está muerto. Pasados algunos años sin que las condiciones de su existencia varíen, en la agonía ya, es proclamado emperador Constantino XII, notable como guerrero y gobernante tan hábil como generoso y valiente, pero al que con razón puede llamarse el último bizantino, pues aquel pueblo se había hecho incapaz de todo cuanto significara virilidad y energía.

Mahomet II, después de construir á dos leguas del estrecho una ciudadela con el intento de cerrar el paso á los buques procedentes de Europa, pone sitio á Constantinopla, que al fin es tomada por asalto (1453). La cabeza del Emperador, que murió como un valiente peleando sobre la muralla, fué clavada en la columna de Santa Elena, y la ciudad se vió presa del saqueo, del incendio y de la devastación más horrible.

Los Turcos fueron en su origen una reducida tribu establecida en el Korasan, que se hizo independiente á la disolución del califato de Iconium.

Su Jefe Othman, fundador de la dinastía otomana, ensan-
chó hasta la ciudad de Prussa los límites de aquel pequeño
territorio; y su hijo Orkan, que le sucede, (1327) completa
estas conquistas hasta Galipoli (1350).

Organiza Orkan el reino estableciendo la magistratura de
los Cadís, y creó las milicias de los genizaros y spalís, base
posterior de la grandeza militar de aquel Estado. Después de
Amurates I, (1360) el vencedor de Casova, que llega en sus
escursiones hasta los confines de la Macedonia, es proclamado
su hijo Bayaceto I, (1389) el cual se apodera de Tesalónica,
y concluye poniendo sitio á la ciudad de Constantinopla: se
retira mediante el pago de un tributo anual que le fué ofrecido
por el emperador Manuel, pero la verdadera causa de esta con-
ducta fué otra bien distinta.

Tamerlan, al frente de un colosal ejército de mogo-
les (1400) invade los territorios otomanos, y lo lleva todo á
sangre y fuego convirtiendo las ciudades en montones infor-
mes de escombros: una pirámide de noventa mil cabezas huma-
nas señaló el paso de este bárbaro á través del desierto. Acude
Bayaceto en defensa de sus vasallos, y frente de Ancira se libra
una batalla (1402) en la cual perecieron más de cincuenta mil
otomanos.

Después de esto, los países todos, hasta la ciudad de
Constantinopla hubieran caído en poder de Tamerlan á no sor-
prender la muerte al jefe de los mogoles.

Poco tiempo necesitaron los Turcos para reponerse de los
pasados desastres pues Amurath II (1421) que reinó á conti-
nuación de Solimán I y de Mahomed I, llega en sus escursiones
hasta Hungría y derrota en Varna (1444) á los ejércitos de La-
dislao, rey de Polonia. Su nieto y sucesor Mahomed II (1453)
es el que, según digimos antes, pone sitio á Constantinopla y
la toma por asalto.

LECCIÓN XXXVIII

La Civilización en la Edad Media

Las invasiones.—Los Monasterios y las Universidades.—Hombres notables.—El Arte plástico.—Pintura y Escultura.—Los Árabes.

Al comenzar la Edad media, no parece sino que el desarrollo intelectual del mundo antiguo está llamado á perecer bajo el hacha de los Bárbaros que todo lo remueven, lo desquician y trastornan, dejando tras de sí informes montones de ruinas amasadas con lágrimas y sangre.

Para el observador superficial, existe un considerable retroceso entre estos tiempos comparados, por ejemplo, con los del siglo de Augusto; pero aquella paz octaviana era la paz de los sepulcros, aquella riqueza no se empleaba más que en la abyección desenfrenada y licenciosa, aquella moral conducía inevitablemente al suicidio por el desprecio de la vida, y hasta aquellas ciencias y bellas artes no eran otra cosa que incienso quemado en aras de un déspota que tiranizaba el pensamiento y secaba las fuentes de toda inspiración.

Verdad es que en el primer período de las invasiones la guerra domina en todas partes, acompañada más que nunca de su fúnebre cortejo; pero es una guerra regeneradora que, como el rayo, purifica la atmósfera que atraviesa para limpiarla de los miasmas que la envenenan; guerra llamada á rasgar la unidad romana que es la inmovilidad, el decaimiento y la muerte, para originar las nacionalidades, nueva forma de vida histórica de las cuales han de brotar á raudales la oposición y la armonía, leyes del progreso en su no interrumpido desenvolvimiento.

La civilización clásico-pagana sufre un eclipse, es verdad, pero nace la bárbaro-cristiana que se inicia en los Monasterios y continuarán las Universidades, para basar los cimientos de esta cultura europea, la más brillante, la más variada y rica de cuantas han conocido los siglos.

Después de los Monasterios, que desde el siglo XI fueron verdaderos centros de cultura cuya brillante luz ilumina con sus resplandores aquellos tenebrosos tiempos, aparecen las Universidades, las cuales recibieron en sus aulas á una juventud entusiasta, deseosa siempre de conocer la verdad, y á la que dirigían en sus estudios elocuentes profesores, asombro del mundo.

Entre las principales brillaron las españolas de Palencia y Salamanca, famosas por sus enseñanzas de Teología y de Jurisprudencia; la de París, por sus estudios teológicos; la de Montpellier, por la Medicina; la de Oxford, por la Filosofía, y así otras muchas.

Interminable se haría este libro si fuéramos á citar los nombres de cuantas personalidades han ilustrado estos mil años que la Edad media comprende, pues son verdaderamente muchísimos: á pesar de todo, no dejaremos pasar en silencio los de Guillermo de Champeaux, filósofo realista, ó positivista como se dice hoy; Abelardo, elocuente orador y defensor notable de los fueros de la razón independiente de la Teología; Pedro Lombardo, el gran comentarista de los Santos Padres; San Bernardo, inimitable como político, como orador y como sábio; Santo Tomás, el Angel de las Escuelas, que sintetizó la ciencia toda de su tiempo; Rogerio Bacón, tan conocedor de las ciencias físicas y exactas; Alfonso X, rey de León y Castilla, que mereció el calificativo de sábio, otorgado por sus contemporáneos; Dante Alighieri, autor de la Divina Comedia, incomparable epopeya; y Francisco Petrarca, que con sus preciosos sonetos contribuyó al renacimiento del gusto literario.

También el arte plástico adquiere un vuelo sorprendente. Después del severo estilo románico, que debe mejor llamarse latino-bizantino, aparece en el Siglo XII la arquitectura ojival, cuyos principales modelos son en España las catedrales de León y Burgos, en Francia las de Chartres y Reims, y las de Strasburgo y Colonia en Alemania.

La pintura y escultura alcanzan en el Siglo XIII considera-

ble desarrollo, gracias al genio de Cimabue, fundador de la escuela florentina, brillando en el siguiente el Giotto y Orcagua.

Los Árabes sobresalen más que ningún otro pueblo bajo el punto de vista intelectual y artístico durante la Edad media.

Las ciudades de Córdoba y Bagdad, capitales de los Omeyyas y Abasidas, respectivamente, merecieron el sobrenombre de nueva Atenas, porque en ellas se cultivaron la Astronomía, las Matemáticas, la Química, la Filosofía y la Historia, sin que por eso se olvidaran las Bellas Artes, la arquitectura sobre todo: hasta se consiguieron notables progresos en agricultura é industria agrícola.

La Mezquita de Córdoba con sus 38 naves sostenidas por 1093 columnas, y que durante la noche alumbraban 4700 lámparas, es uno de los monumentos más vastos y asombrosos que han salido de las manos del hombre: no es menos imponente, y le aventaja además en magnificencia, el antiguo palacio de los reyes moros granadinos, conocido con el nombre de la Alhambra, pródigo en bellezas de todo género y sin rival en el mundo.

Los filósofos Averroes y Avicena son como otros tantos focos de luz en medio de aquel insondable océano de tinieblas que constituía la época en que florecieron.



EDAD MODERNA

renacimiento

LECCIÓN XXXIX.

El Renacimiento

El Renacimiento: su carácter.—Sus consecuencias.—Las invenciones: la pólvora, la brújula, y la imprenta.—Los descubrimientos: América.—Los Portugueses en África.

Conquistada por los Turcos la ciudad de Constantinopla y destruido el Imperio Bizantino, cuya agonía había sido tan lenta, emigran los Griegos á los territorios del Occidente, llevando consigo su afición á los estudios clásicos, y operan una revolución científica, artística y literaria que llamaremos Renacimiento.

Italia fué su cuna, y se debe principalmente á Florencia, gobernada por los Médicis y á Roma, la ciudad de los Pontífices.

Entre las notabilidades que impulsaron este Renacimiento citaremos, contrayéndonos á Italia, los literatos Bembo, Sadoletto, Escalígero y Vida; los filósofos Besarión, Ficino y Mirándola; los arquitectos Brunelleschi y Bramante; los pintores Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Ticiano y Rafael; y los escultores Donatello y Leopardi.

La pureza del gusto clásico se había perdido por completo durante la Edad media, pero cuando los bizantinos se refugian en Italia, y aquella raza semi-germana y semi-latina contempla absorta las incomparables bellezas de la antigua Grecia en todas

las manifestaciones del espíritu, se dedica á imitarlas con ardor casi fanático, sin cuidarse para nada de amoldarlas á las condiciones de los nuevos tiempos, y produce obras verdaderamente inmortales, asombro de los siglos. Y los hombres del Renacimiento por cierto que no hicieron más; sus trabajos son de pura erudición, y el progreso que simbolizan un progreso formal.

Las consecuencias primordiales del Renacimiento fueron: la mayor flexibilidad y dulzura del lenguaje conseguidas con el estudio de los clásicos griegos y latinos; las luchas entre oscurantistas y humanistas que hallaron resonancia entre multitud de gentes, antes confundidas con el ignorante vulgo; la creación de universidades, liceos, academias y escuelas, bajo el amparo de los Pontífices, los Reyes y la Nobleza; el despertar del gusto público atraído por las obras del arte antropomorfo y pagano, desconocidas hasta entonces; y por fin, cierta tendencia al libre examen, favorecida por los estudios de los humanistas.

Tres son las invenciones más notables que señalan la transición de la Edad media á la Moderna: la pólvora, la brújula y la imprenta.

Según la opinión más admitida, el fraile alemán Bertoldo Schwarz fué el primero que descubrió los efectos de la pólvora á mediados del Siglo XIV, aunque es lo cierto que, sin contar con que los Chinos la utilizaron miles de años antes para los fuegos de artificio, consta la usaron los Árabes en la batalla de Niebla (1237): el uso de la pólvora vino á realizar un cambio completo en el arte de la guerra.

La aplicación de la aguja imantada para trazar el derrotero de los barcos se atribuye á Juan Goya, natural de Amalfi, pero no falta quien afirme que los Árabes conocían las propiedades de la brújula, obligados como se hallaban á marchar por el desierto conduciendo sus caravanas á través de los inmensos arenales: la brújula transformó por completo la navegación, facilitando la de altura, desconocida hasta entonces.

Mayor trascendencia estaba llamada á tener la invención

de la imprenta con caracteres movibles, facilitando la difusión del pensamiento y poniendo los libros al alcance de todas las fortunas, aun las más humildes: se debe á Juan Gutenberg, natural de Maguncia, el cual, en unión de Juan Fust y de Pedro Schoiffert, estableció una imprenta en la ciudad de Strasburgo (1454). La primera obra impresa fué una Biblia.

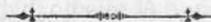
Cristóbal Colón, nacido en Calvi, (Córcega) cuando esta isla pertenecía á la Corona de Aragón, concibió el propósito de acortar el viaje á las Indias siguiendo el procedimiento contrario al que entonces se empleaba, es decir, marchando por el Atlántico en dirección del Oeste: calificado de loco en Génova, Francia y Portugal, se traslada á España, (1485) y aconsejado por el P. Marchena, ofrece su proyecto á los Reyes Católicos.

Con solas tres carabelas parte Colón del puerto de Palos, y después de multitud de contrariedades descubre la isla de Guanahani, (1492) y luego las Isabela, Fernandina (Lucayas) la Española (Cuba) y la de Haití: en tres viajes posteriores toma posesión de las Caribes, Dominica, Guadalupe, Puerto-Rico, Jamaica, se lanza por la corriente del Orinoco, y toca en las costas de Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Darien. Rechazado de aquel suelo que él mismo había descubierto, vuelve á España, muerta ya Isabel la Católica, y Colón arrastra miserable vida hasta su fallecimiento ocurrido en una pobre casucha de Valladolid. Ni siquiera tuvo el derecho de legar su nombre al mundo que descubrió: se le llama América de un joven florentino, Américo Vespucio, que trazó el primer mapa de aquellos ignorados países.

Los descubrimientos de Colón fueron continuados en España por Solís, el explorador del Río de la Plata (1515), Ponce de León que penetra en la Florida (1513) y Magallanes, portugués de origen, el cual emprende por primera vez la vuelta al mundo (1519) terminada por Sebastián Elcano.

El infante D. Enrique funda la Academia náutica de Sagres (1416) y desarrolla en su pueblo la afición á las exploraciones marítimas, cuyas principales consecuencias fueron el

descubrimiento de los cabos Bojador y Verde y los archipiélagos de Madera y las Azores: después de esto, Vasco de Gama dobla el cabo de Buena Esperanza (1498) y llega hasta Calcuta, en la India; Alvarez Cabral (1500) descubre el Brasil; y los virreyes Almeida y Alburquerque, consolidan la dominación portuguesa en la India.



LAS NACIONALIDADES

LECCIÓN XL

Imperio Turco

Grandeza del Imperio: Solimán el Magnífico.—Guerras y conquistas.—Selim II: sus aspiraciones.—Batalla de Lepanto.—Decadencia del Imperio turco.

Apenas extinguida la penosa impresión que en el occidente cristiano había causado la conquista de Constantinopla por los turcos, sucede Bayaceto á Mahomet II, precisamente cuando la discordia separaba á los Reyes europeos, y habían fracasado los razonables proyectos de León X, el cual, conocedor del peligro, intentaba á toda costa organizar una Cruzada.

Las derrotas de Modon y Navarino no eran, sin embargo, más que el preludio de lo que sucedería más tarde, al ocupar el trono de la Sublime Puerta, Solimán II el Magnífico. Representa este monarca el período más floreciente de la grandeza del Imperio turco.

Dueño de vastísimos dominios, de genio emprendedor y dotado de gran energía, tal vez soñó con la conquista de la Europa cristiana, para llegar al ideal de los dominadores todos, á la Monarquía universal.

Después de haber ilustrado su reinado en el interior, embelleciendo á Constantinopla, y nuevo Mecenas, fundado Colegios, Hospitales y Bibliotecas, y rodeándose de una corte de sabios y poetas, comienza la serie de sus brillantes campañas por el Mediterráneo, base de sus ulteriores proyectos, y se

apodera de Rhodas, sitia á Malta, que defendieron bizarramente los Caballeros templarios, mandados por la Valette, y derrotada á la orgullosa Venecia, que compró la paz mediante un vergonzoso tributo anual.

Engreido con estas victorias invade la Hungría, y después de conquistar á Belgrado (1526) asienta sus tiendas bajo los muros de Viena.

Aunque el país alemán se salva por entonces, pocos años pasarán sin que la región húngara sea presa del afortunado vencedor.

Muerto Solimán (1566) hereda el trono su hijo Selim II, á la vez que heredaba también los ambiciosos proyectos de su padre.

La conquista de Chipre, primero, y la de Túnez, después, hicieron que los Estados cristianos, deponiendo antiguos ódios y acallando mal comprimidas rivalidades de siempre escucharan en medio del general espanto la atribulada voz del Papa Pio V, el cual trabaja la alianza de Italianos, Venecianos y Españoles para contrarrestar el empuje de estos Bárbaros. En las aguas del golfo de Lepanto se hundió para siempre el formidable poder marítimo del pueblo turco, y Europa pudo desde este brillantísimo hecho de armas respirar tranquila sin temor á una invasión musulmana, hasta entonces natural y fácil.

Desde el combate de Lepanto comienza la decadencia del Imperio, regido sucesivamente por el fratricida Amurates III, juguete de sus mujeres; Mohamet III y Admed I, derrotados por los persas; Mustafá, el imbécil; Osmán II, que perece extrangulado; Amurates IV, el Calígula oriental, cuya monomanía sanguinaria costó la vida á más de 100.000 personas; y por último, Ibrahin, víctima de su libertinaje y crueldad.

La causa de esta ruina debe buscarse en la concentración en una sola mano de todos los poderes del Estado: los pueblos gobernados por el despotismo son como rebaños de esclavos que obedecen la voz de quien los manda, incapaces de propia actividad é iniciativa, para el bien ni para el mal.

LECCIÓN XLI.

Francia, Inglaterra, Italia y Alemania

Francia: Luis XI y Luis XII.—**Inglaterra:** Enrique VII y Enrique VIII.—**Italia:** Juana II.—**Franceses y Españoles en Italia.**—**Florencia y los Médicis.**—**Las Repúblicas de Venecia y Génova.**—**Alemania:** Maximiliano I.—**La paz pública perpétua.**

Luis XI (1461) se distingue por su tendencia á robustecer el Poder real, debiendo convenir en que no siempre se contuvo para conseguirlo dentro de los límites que la prudencia señala: hipócrita y astuto, unas veces se apoya en el Pueblo para destruir la liga del Bien público, organizada por los Nobles, y otras hace causa común con la Nobleza para contener el espíritu expansivo del Pueblo.

El edificio feudal se va viniendo al suelo en pedazos que la Monarquía, base de la nacionalidad, sumará en beneficio propio.

Después de Carlos VIII, ocupa el trono francés Luis XII (1498) que luchó en Italia contra los españoles mandados por el Gran Capitán: también formó parte de la famosa Liga de Cambray (1508) contra los Venecianos.

Enrique VII Tudor (1485) aunque se distinguió en Inglaterra por su desenfrenada avaricia, supo proteger la agricultura, la industria y el comercio: robusteció el Poder real como ninguno con la creación de la Cámara estrellada, Tribunal supremo á quien el soberano imponía sus mandatos.

Le sucede su hijo Enrique VIII (1509) casado con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos y viuda de su hermano mayor Arturo: toda su política exterior se redujo á mantener el equilibrio entre las Casas de Austria y de Francia, y así lo vemos, unas veces, formar parte de la Santa Alianza para derrotar á los franceses en la batalla de Guinegate (1513) y aliarse otras con Francisco I en sus luchas contra el Emperador Car-

los V. Su única guerra de carácter nacional fué la tenida contra Escocia, á cuyo rey Jacobo IV derrota con pérdida de la vida en los campos de Flodden-Field (1513).

En tanto que la isla de Sicilia formaba parte de la monarquía aragonesa, vivía el reino de Nápoles bajo la dirección de los Angevinos cuyo último representante, la veleidosa Juana II, declara heredero de sus estados al rey de Aragón, Alfonso V, de carácter activo, ambicioso y emprendedor: influida por Francia la reina, poco después, revoca su testamento, y el engañado aragonés remite el asunto al arbitraje de las armas. Una brillante campaña puso á Alfonso V en posesión del territorio de Nápoles.

La intervención de los monarcas aragoneses en los asuntos de Italia les hizo tomar parte en las complicaciones de Milán con motivo de haber usurpado esta corona Luis de Sforzia, el cual, para contrarrestar aquel influjo llama en su socorro á Carlos VIII rey de Francia.

Marcha Carlos VIII sobre Nápoles cuando reinaba en ella Alfonso II (1494) y en menos de un mes se apodera del reino, pero como el monarca francés constituyera un peligro para todos, se organiza una Liga entre España, Austria, Milán, Venecia y Roma, que consigue expulsar del territorio á los franceses. Mas adelante Luis XII, sucesor de Carlos, reclama su derecho á la corona de Milán, cuyo país conquista, mas al pretender incautarse del reino de Nápoles, convino con Fernando V en que ambos se lo repartirían buenamente.

Así se hubiera hecho sin las dificultades que surgieron de la ocupación de la Basilicata y Capitanata, pero rota la armonía y comenzadas las hostilidades todo el territorio napolitano se incorpora por conquista á la corona de Aragón, después de los brillantes triunfos de Cerinola, Seminara y Garellano conseguidos por Gonzalo de Córdoba, apellidado desde entonces el Gran Capitán.

El influjo de los Médicis en Florencia principia con Silvestre II en el Siglo XIV y llega á su mayor altura bajo Lorenzo

el magnífico (1467) en cuyo tiempo fué esta Ciudad el centro de los sábios, de los artistas, de la riqueza y del buen gusto: fundó Lorenzo la Universidad de Pisa y las Bibliotecas Laurentiana y de Florencia; y de tal modo protegió á cuantas personas valían algo, principalmente á Miguel Angel y Pico de la Mirándola, que se ha denominado en Italia al siglo XV el siglo de los Médicis.

Su continuador Pedro II (1492) es arrojado del poder por la revolución que predica el dominico Jerónimo Savonarola: al fin, este fraile, excomulgado por el Papa, perece en la hoguera.

La República de Venecia, cuya base de riqueza era el comercio, decayó desde las postrimerías del Siglo XV por dos causas principales; el descubrimiento del nuevo camino para las Indias, doblando el Cabo de Buena Esperanza, y la conquista de Constantinopla por los Turcos: en el interior, el formidable Tribunal de los Diez cedió su puesto á otro más tenebroso, llamado de los tres Inquisidores de Estado.

Peor suerte cupo todavía á la república de Génova, pues además de gravitar sobre ella las mismas causas de ruina que dejamos enumeradas, lucharon en el interior con ensañamiento increíble, plebeyos y nobles, gibelinos y güelfos, Adornos y Fregosos.

Su única gloria la constituyen los recuerdos de dos hombres notables que nacieron en ella: Julio II y Andrés Doria.

Maximiliano I trabajó en el interior la decadencia del prestigio imperial, abdicándolo en las Dietas generales, como digimos antes. En el exterior mantuvo una guerra desastrosa contra los suizos (1499); tomó parte en las luchas de Italia contra los franceses, hasta la expulsión de Carlos VIII; formó parte de la Liga de Cambray, juntamente con Luis XII; y entró por fin en la famosa Santa Alianza, contribuyendo al triunfo de Guinegate.

Como no dispusiera de medios bastantes para imponerse á la revoltosa nobleza, envuelta siempre en desórdenes y asonadas que redundaban en desdoro de la autoridad del Emperador,

hace que la Dieta general decreta la Paz perpetua entre los Señores: alguna relativa tranquilidad se consiguió por este medio.

El hecho más importante de su reinado, por las consecuencias que en lo sucesivo había de producir, fué el matrimonio de su hijo Felipe el Hermoso con Doña Juana la Loca, única heredera de los Reyes Católicos.

LECCIÓN XLII

El Siglo español

Principales monarcas europeos —Causas de la lucha entre España y Francia.—
Primera guerra: batalla de Pavía.—Tratado de Madrid --Liga Clementina: asalto y saqueo de Roma.—Segunda guerra: paz de Cambray.—Tercera guerra: paz de Crespi.—Enrique II y Felipe II: batalla de San Quintín.—Paz de Chateau-Cambresis.

Rara vez acontecerá, como en el Siglo XVI aconteció, que se disputen á la vez la supremacia en los asuntos europeos tantos ni tan notables soberanos.

Al mismo tiempo que Solimán el magnífico aspiraba á la dominación universal, reinaba en Inglaterra Enrique VIII, el vencedor de los franceses en Guinegate; en Francia Francisco I, el héroe de la batalla de Marignán; en nuestra patria, Carlos I de España y V de Alemania, en cuyos dominios jamás se ponía el sol; y finalmente, en la Silla de San Pedro, León X.

Entre todos ellos descuella Carlos I, el cual, además de la poderosa monarquía española, cuyo rey era, heredó por muerte de su abuelo Maximiliano (1519) la Corona imperial alemana, contra los deseos del monarca Francés.

El despacho de Francisco I por éste motivo no tuvo límites, y de aquí resultó una guerra sin tregua entre ambos soberanos.

El pretexto de la lucha fué que Carlos I se negó á pagar al rey de Navarra la indemnización prometida años antes, por lo cual Francisco I penetra en este reino, que otorga á Juan Al-

bret, su pariente, en tanto que españoles y alemanes se internan en Francia y la guerra se hace general.

Adelántase el rey francés hacia Italia, donde las tropas españolas eran menores en número y se hallaban comprometidas por la falta de recursos, pero la batalla de Pavía (1525) en la cual fué hecho prisionero Francisco I, después de haber perdido lo mejor y más lucido de su ejército, puso fin á la campaña.

Como consecuencia se firmó el Tratado de Madrid, en virtud del cual el régio prisionero renunció sus derechos á la Borgoña, Nápoles, Milán y Flandes: sus hijos quedaron en España como prenda de su lealtad, que ciertamente duró bien poco tiempo.

Aunque tarde, los Italianos comprendieron que el César español era más enemigo de su libertad que Francisco I podía serlo, y por esta razón el pontífice Clemente VII, sucesor de Adriano, dió cima á la famosa Liga Clementina de la cual formaron parte el Rey francés, el de Inglaterra, y los Príncipes italianos; pero era tarde para poner remedio.

Las tropas imperiales que recorrían hambrientas las campiñas de Italia cercaron á Roma, mandadas por el Condestable de Borbón, y la ciudad de los Papas fué saqueada, (1527) los soldados vivaquearon en los templos, y durante muchos días se cometieron en su recinto tales y tantos horrores que ponen espanto aún en el ánimo más empedernido.

Francisco I y Enrique VIII, reunidos en Cognac, se ponen de acuerdo para libertar al Papa, preso en el castillo de Sant-Angelo, pero éste consigue apelar á la fuga, cuando por su rescate habían ofrecido nada menos que la cesión á Carlos I de los ducados de Parma, Módena y Plasencia, mas la entrega de 400.000 ducados en oro á título de indemnización.

El rey de Francia continúa las hostilidades en la Lombardia y Nápoles. hasta que, diezmadas sus tropas por la peste y obligado por la derrota de Anversa, aceptó la paz de Cambray,

(1531) llamada de las Damas por haberla convenido Margarita, tía del emperador, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I.

Estalló de nuevo el conflicto entre Alemania y Francia á la muerte de Sforzia, que dejaba vacante el trono de Milán, pero la tregua de Niza corta de raiz, al parecer, las causas de esta guerra, lo cual no fué un obstáculo para que, más tarde, el cristianísimo Francisco I se aliara con los Turcos y con los Venecianos para derrotar el poder de su eterno rival.

Este nefando contubernio sacó de su quietismo á Inglaterra, y los aliados españoles, alemanes é ingleses, impusieron á Francia la paz de Crespi, (1444) que acibaró los últimos dias de Francisco I, muerto tres años más tarde.

Enrique II hereda con el trono de Francia la política de su padre, lo mismo que, algó después, viejo ya y achacoso Carlos I, abdica la corona española (1556) en su hijo Felipe II.

Al mismo tiempo que el pontífice Paulo IV cedía á los franceses, mediante convenio, el ducado de Napoles y el Milanesado, españoles y alemanes, á las órdenes de Filiberto de Saboya, invaden la Picardía y obtienen á la vista de San Quintín (1557) uno de los triunfos más famosos que registran los anales de estas luchas.

Enrique II tuvo que pedir la paz, que se le otorgó en Chateau-Cambresis; paz definitiva, y que hizo más eficaz el matrimonio de Felipe II con Isabel de Francia: Italia, en cambio, perdió hasta la última esperanza de recobrar algún día su perdida libertad.



LA REFORMA

LECCIÓN XLIII.

Alemania. — Suiza. — Holanda. — Francia.

Causas de la Reforma; su eco en Alemania. — Lutero y Melanctón. — Dieta de Worms. — Confesión de Augsburgo. — Carácter político de la Reforma. — Los Pontífices y la Reforma. — Suiza: las dos Ligas. — Calvino. — Holanda: Felipe II y Guillermo de Orange. — Francia: los Guisas y Condé. — Conjuración de Amboise. — Catalina de Médicis: la Saint Barthelemy.

La Reforma representa el desenlace de la Revolución que vino trabajándose en el seno de la Sociedad cristiana, y tanto que los Obispos reunidos en los Concilios de Constanza y Basilea habían querido evitarla por medio de concesiones legales y pacíficas.

Las invenciones de la brújula, la pólvora y la imprenta, el descubrimiento del Nuevo Mundo, la conquista de Constantinopla por los turcos, el apogeo de las Universidades y por fin, el Renacimiento que en todas partes se advierte, constituyen la causa fundamental de la Reforma: la relajación de la disciplina eclesiástica y las malas costumbres del Clero contribuyeron á ella no poco.

Su causa próxima no puede ser más insignificante: deseoso León X de terminar la construcción de la magnífica Iglesia de San Pedro, expidió una bula de indulgencias cuyo importe había de destinarse á este fin. El escandaloso tráfico que los Do-

minicos (1517) hicieron de ellas en Sajonia excitó la indignación del pueblo, cuyo intérprete fué M. Lutero.

Bien que la cuestión no tuviera en su origen más importancia que la enemiga entre Dominicos y Agustinos, lo cierto es que Lutero concluyó la polémica redactando noventa y cinco proposiciones contra algunos dogmas de la Iglesia, el Pontificado, los votos monásticos y la confesión auricular.

Esta herejía halló eco en Alemania y fueron sus primeros propagandistas muchos hombres doctos, entre ellos Melanctón. Apresuróse Roma á condenarla excomulgando á Lutero sino se retractaba y arrojando sus obras á la hoguera, pero lejos de intimidarse quema éste en público la bula de excomunión y asiste impasible á la Dieta de Worms (1521). El edicto publicado contra Lutero no pudo cumplirse por haberle prestado su apoyo el Elector Federico de Sajonia.

Aunque en la dieta de Spira se atacó duramente á los herejes, denominados Protestantes en lo sucesivo, Melanctón redacta la Confesión de Augsburgo en la cual fija las nuevas creencias, y Carlos V tiene que plegarse á las circunstancias suspendiendo en la paz de Nuremberg la ejecución del edicto de Worms.

La Reforma ofrece desde el principio un carácter marcadamente político, pues los príncipes y señores se unen á los herejes para rechazar la autoridad del Emperador y del Papa, al paso que los pueblos aspiran á la igualdad social que pretendían encontrar en el Evangelio. Cuando más tarde los sectarios de Lutero desmayan en su empeño, la nobleza organiza la Liga de Esmakalda para mantener la independencia alemana, basada en la libertad religiosa.

Los Pontífices, por su parte, adoptaron diferentes medidas encaminadas á defender el Catolicismo y reformar la Disciplina eclesiástica: fueron éstas, el establecimiento de la Inquisición (1542) con el fin de inquirir y castigar los delitos de herejía; la Congregación del Indice, que prohibió la lectura de los libros procedentes de Alemania; el desarrollo de las órdenes monásticas, principalmente de la Compañía de Jesús, dedicada á las mi-

siones, la predicación y la enseñanza; y la celebración del Concilio de Trento.

Este último fué convocado por Paulo III (1545) y terminó sus sesiones diez años más tarde, acordando, entre otras cosas, condenar la doctrina protestante de la Gracia, mantener la necesidad de todos los Sacramentos, el celibato del Clero, declarar canónicos los libros de la Biblia y la Tradición de la Iglesia, y considerar al Papa como jefe de los Obispos y Vicario de Jesucristo.

Antes que Lutero en Alemania, Zuinglio predica en Zurich (1484) contra la autoridad de la Iglesia, á tiempo que su discípulo Ecolampadio extendía por Basilea las ideas de Reforma: se formaron dos ligas, la católica y la protestante, las cuales se hacen la guerra más cruel, hasta que los reformadores son vencidos en la batalla de Kappel.

Tres años más tarde se establece en Suiza el francés J. Calvino, que organiza en Ginebra un centro de reforma y propaganda y escribe su libro de Instrucción sobre la Doctrina cristiana, extendiendo con rapidez estas ideas por todos los cantones.

La Reforma protestante alcanzó gran preponderancia en los Países Bajos, porque Felipe II quiso establecer allí la Inquisición y suprimir las libertades populares: G. de Orange se pone á la cabeza de los comprometidos en Breda (1566) y declarada la guerra, el duque de Alba comete innumerables atrocidades. Ni la concesión del Edicto perpétuo por don J. de Austria, ni los triunfos de Farnesio, Fuentes y Ernesto, apagaron el fuego de la rebelión, hasta que la paz de Wesfalia (1648) reconoce la independencia de Holanda.

En tiempos de Francisco II aparecen en Francia, definidos ya, dos partidos opuestos; el católico dirigido por los Guisas, y el protestante por Condé y Colligni: la preponderancia de los Guisas, favorecidos por Catalina, madre del Rey, originó la Conjuración de Amboise con el intento de apoderarse del rey,

pero vencidos los sublevados perecieron en el destierro ó en la hoguera.

Después de varios sucesos, Catalina de Médicis, unida á los Guísas, lleva á cabo la felonía de Saint Barthelemy (1572) que costó la vida á más de 25.000 hugonotes ó calvinistas, los cuales no pudieron vivir pacíficamente en Francia hasta el edicto de Nantes que les concede la libertad religiosa y la plenitud de sus derechos políticos y civiles.

LECCIÓN XLIV.

Inglaterra.

Enrique VIII: sus primeros años de gobierno.—Ana Bolena: el rey excomulgado.— Enrique VIII Pontífice de la Iglesia en Inglaterra.—María Tudor la Católica.— Isabel: la Ley de los 39 Artículos.—Escocia: María Stuardo.—Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia.—Lucha entre la libertad religiosa y el despotismo civil: Carlos I.—El Rey y el Parlamento: la Revolución.—Muerte del Rey.—La República: Cromwel.—La Restauración: Carlos II.—Jacobo II: su expulsión del trono.—Ana I: unión definitiva de Inglaterra y Escocia.

Enrique VIII ocupa el trono á los diez y ocho años, (1509) y como encontrara pacífico el reino y repleto el tesoro de la Corona, tomó parte en las luchas entre España y Francia, auxiliando á su suegro Fernando V, así como más tarde se bate contra los franceses aliándose con el Emperador alemán: aficionado á los estudios teológicos, mereció por sus escritos el calificativo de Defensor de la fé.

Pero sus buenos propósitos claudicaron al enamorarse de A. Bolena, con la cual se casa á pesar de la excomuni6n que le lanzó el Pontífice, pues alentado por Crammer y More, secundado por el Clero y contaminado por el espíritu de la Reforma, se declara jefe supremo de la Iglesia inglesa. Su locura no tuvo límites; mandó decapitar á sus dos mujeres, una tras otra, More murió en el cadalso por defender la libertad de conciencia, y

persiguió á los protestantes por herejes y á los católicos porque se oponían á reconocerle como jefe de su Iglesia.

La Reforma puede considerarse establecida con Eduardo VI, que le sucede, en cuyo reinado los protestantes lo dominaron todo.

M. Tudor restaura el catolicismo y persigue á los herejes, sobre todo desde que contrajo matrimonio con Felipe II de España, pero muerta esta reina le sucede su hermana Isabel (1558) la cual se echó en brazos del partido protestante y publicó la Ley de los Treinta y nueve artículos que restablecía la la religión anglicana: una reacción espantosa sucedió á este cambio.

La Reforma había cundido por Escocia y fué su propagandista el presbítero Knox. M. Stuardo, reina á la sazón, se opuso á estas ideas, aunque sin tacto alguno, por lo cual inauguró la funesta política de resistencia: por otra parte, como sus costumbres no eran muy puras, los pueblos se sublevan y busca refugio en Inglaterra, donde Isabel que la odiaba la manda procesar: murió decapitada después de un cautiverio de veinte años.

Con Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia, sucesor de Isabel, se unen ambas coronas (1603) y se implanta la dinastía de los Stuardos.

La primera manifestación de la lucha entre la libertad religiosa y el despotismo civil será la Revolución inglesa, originada por los encontrados intereses de los tres partidos políticos dominantes; el anglicano conservador, el presbiteriano revolucionario y el radical independiente: la discusión sobre los derechos del Parlamento fué el comienzo de la crisis que alcanzó hasta el poder real, colocado en oposición con los derechos del pueblo.

Iniciada por Carlos I (1625) la política de resistencia, prescindió del Parlamento, entregó el gobierno á Buckingham, y planteó el despotismo: la tiranía del rey impuso el presbiterianismo á los Escoceses, los cuales apelan á la guerra; y como para salvar el conflicto convocase el Parlamento, once años olvidado, pidióle éste cuenta de su absolutismo, y Carlos I es

acusado por la Cámara como instigador secreto de la rebelión irlandesa y conculcador de los privilegios nacionales.

Al estallar la guerra civil Carlos I tuvo en contra suya á casi todos los ingleses y escoceses: derrotado en la batalla de Nasseby se refugia en las montañas, donde le prenden y entregan á sus enemigos por 400.000 libras esterlinas. Murió decapitado (1649) delante de su real palacio de Wite-Hall, y los revolucionarios establecen la República.

La República vivió algún tiempo bajo la jefatura de Cromwel, y desaparece vencida por sus tres enemigos irreconciliables; el ejército, el parlamento y los realistas: el general Monk, republicano antes, entrega la corona á Carlos II, y la restauración viene con su séquito de persecuciones y violencias.

La política de Jacobo II, que concedió los primeros puestos de la nación á los católicos, provoca una segunda revolución (1688) que le expulsa del trono y proclama á G. de Orange: en tiempos de Ana I (1702) se unen definitivamente Inglaterra y Escocia mediante la representación de ambos países en un solo Parlamento.

LECCIÓN XLV.

Guerra de Treinta años

Rodolfo II de Alemania: Católicos y Protestantes.—Causas generales de la guerra. —Períodos que comprende: acontecimientos principales.—Resultados de la paz de Westfalia.

Después que por la abdicación de Carlos V ciñe la corona imperial de Alemania su hermano Fernando I, (1556) sucedieron á éste, Maximiliano II, modelo de sensatez y tolerancia, y Rodolfo II, más aficionado á las ciencias que al gobierno: por este tiempo (1576) se organizan en Alemania dos confederaciones; la llamada Unión evangélica, compuesta de los estados calvinistas y dirigida por el elector palatino Federico IV, y la

Liga católica, formada de católicos, según indica su nombre, y que gobernaba Maximiliano de Baviera.

El general estado de los ánimos, la enemiga irreconciliable entre católicos y protestantes, la espectación en que las Potencias occidentales y del norte se colocaron, todo hace creer que estas luchas político-religiosas habrán de tomar, no tardando, un carácter general y definitivo.

Así es en efecto: nombrado emperador Matias, (1612) ya viejo y sin hijos, designó para sucederle á su primo Fernando II, duque de Estiria, y católico intransigente, lo cual produjo una sublevación en la Bohemia. El conde de Torn se pone á la cabeza de los protestantes, amotinados con motivo de haber sido derruidos sus templos por el partido católico de Praga, y la guerra se hace general.

Duró esta lucha treinta años, y comprende los cuatro siguientes períodos; palatino, danés, sueco y francés.

Al católico Fernando II opusieron los protestantes de Bohemia, Moravia y Silesia, el protestante Federico V, elector palatino, que ninguna condición tenía ciertamente que le hiciese recomendable, ni como militar ni como político: así fué que perseguido por las tropas imperiales que mandaban Tylli, Maximiliano y Spínola, se refugia en Holanda, dejando desamparados á sus amigos y parciales.

El temor y la envidia que este triunfo despierta en Inglaterra, Francia y Holanda, naciones que comenzaron á recelar del engrandecimiento de la casa de Austria, hicieron tomar parte en la guerra á Cristian IV, rey de Dinamarca, el cual, al frente de un ejército poderoso invade el territorio alemán. Encargado de la campaña el inteligente Wallenstein, derrota á los daneses en varios encuentros, firmándose por último el convenio de Lubek, al que sigue el decreto de Restitución, que valió á los católicos el adquirir de nuevo los bienes eclesiásticos ocupados por los protestantes.

El excesivo celo de Wallenstein y las tropelías de la solda-

desca hicieron que esta fuese licenciada y desterrado aquél, á petición de protestantes y católicos

El rey de Suecia, Gustavo Adolfo, ese rey de nieve, como los alemanes le llaman, acude en socorro de sus correligionarios, secretamente auxiliado por el cardenal Richelieu.

Vencedor Gustavo en el Brandenburgo, se avista cerca de Leipzig con las tropas imperiales mandadas por Tylli; (1631) y después de derrotarle, destrozando su ejército formidable, penetra en Turingia, Franconia y Maguncia, y llega hasta el interior de la aterrada Baviera.

El Emperador alemán, en vista de tan inminente peligro, llama del destierro á Wallenstein, único capaz de oponerse con probabilidades de algún éxito al rey de Suecia, y ambos se encuentran en las llanuras de Lutzen (1632) donde los protestantes alcanzan un triunfo decisivo, que costó á Gustavo Adolfo la vida. Después de varios acontecimientos, entre ellos la muerte violenta de Wallenstein ordenada por el mismo emperador Fernando II á causa de haberse entendido aquél secretamente con los enemigos para acordar un convenio, se firma la paz de Praga entre el Imperio y el Elector de Sajonia.

Aunque el cardenal Richelieu deseaba continuar las operaciones militares, en odio á la Casa de Austria, no se lo consintió el estado interior de Francia, donde los calvinistas reclamaban por completo su atención.

A pesar de todo, los franceses intervienen más tarde en esta contienda (1642), juntamente con los suecos y daneses; y muerto Richelieu, Mazarino, su continuador en el gobierno de Francia, se inspira también en la política que tendía á destruir la preponderancia del Austria: las victorias de Leipzig por el sueco Torstensón, de Rocroy por Enghien, de Friburgo por Turena, de Baviera por Wrangel y de Bohemia por Kenigsmark, debilitan considerablemente al Austria é imponen la paz de Westfalia, (1648) acordada después de cuatro años de discusiones entre los Plenipotenciarios de Austria, España, Francia, Roma, Portugal, Suecia, Dinamarca, Suiza y Holanda.

Sus resultados más importantes fueron: el engrandecimiento de Dinamarca y de los Principados protestantes de Alemania; la supremacía de la Casa de Borbón en Europa; la independencia de los Países Bajos y de la Suiza; la pérdida para España de los países rebeldes; el reconocimiento de los derechos religiosos consignados en la paz de Ausburgo, y por fin, la Constitución mixta de católicos y protestantes de la Cámara imperial, de la Dieta Alemana y del Consejo áulico del Imperio.

De este modo terminaron las guerras religiosas, se estrecharon las mútuas relaciones entre las Naciones europeas, y se impuso en Alemania la tolerancia religiosa.



LA MONARQUÍA ABSOLUTA

LECCIÓN XLVI.

Francia

Luis XIV: Mazarino.—Guerra contra España: paz de Aquisgrán.—Guerra contra Holanda: paz de Nimega.—Liga de Augsburgo.—Guerra general europea: tratado de Utrech.—Estado interior de Francia: muerte del Rey.—Luis XV: corrupción de la Corte.—Luis XVI: situación crítica.—Los Estados generales.

Ocupa Luis XIV de menor edad el trono de Francia (1643) bajo la regencia de Ana de Austria, la cual confía la dirección de los negocios al Cardenal Mazarino, dotado de gran penetración y talento. Después de la guerra contra el favorito, llamada de la Fronda, en la cual la tenacidad y pretensiones de la nobleza causaron innumerables víctimas, las armas francesas, mandadas por Turena, nos impusieron la paz de los Pirineos.

A poco tiempo Luis XIV, de mayor edad, se encargaba del gobierno y contraía matrimonio con María Teresa, hija de Felipe IV de España.

Ahora es cuando el monarca francés, heredero del odio que su familia profesaba á la Casa de Austria, intenta subyugar á la Europa toda, acariciando sus locos proyectos de Monarquía universal.

España fué la primera nación contra la cual prefirió luchar, y para ello se vale de un pretexto sobradamente injusto: invocando el derecho llamado de devolución, vigente en los Países

Bajos, conquista el Franco Condado, que invade al frente de tres ejércitos formidables, pero la Europa que debió conocer sus proyectos se une á la débil España de Carlos II para resistir al invasor, y las tropas españolas, holandesas, inglesas y suecas le impusieron, mal de su grado, el convenio de Aquisgrán (1668) por el cual tuvo que restituir á sus legítimos poseedores los países conquistados á excepción de las ciudades flamencas.

No sucedió así en Holanda, á pesar de la protección prestada por Españoles y Alemanes.

Los ejércitos franceses que mandaban Turena, Condé, Luibois y Vauván, la destrozaron durante cinco años, sin que fueran bastantes para contener á los invasores, la batalla de Salzbach en la cual murió Turena, ni los triunfos navales conseguidos por el infatigable Ruyter. Luis XIV impone á los Holandeses la ventajosa paz de Nimega, (1678) que le otorga inmensa superioridad sobre Holanda, España y Alemania.

Enorgullecido con este triunfo pretende recabar en favor suyo algunas estipulaciones contenidas en los tratados de Westfalia, Aquisgrán y Nimega, pero las Naciones, dispuestas siempre á contenerle pretestando el tema del Equilibrio europeo, forman contra él la Liga de Ausburgo, y Luis XIV hace verdadera aquella frase de yo sólo contra todos, pues pelea juntamente contra España, Alemania, Inglaterra, Austria, Holanda é Italia. Fué esta una guerra vandálica: los ejércitos franceses señalaron su paso por todas partes incendiando pueblos, talando campos y degollando muchedumbres inmensas, hasta que aterrada la Europa solicitó la paz de Riswich (1697) que el monarca francés otorga, más que por humanidad ni temor, por cálculo, esperando el fallecimiento de Carlos II de España, cuyo testamento habría de compensarle largamente de tan ficticia generosidad.

Así aconteció: muere el rey de España sin hijos, é instituye su heredero á Felipe de Borbón, duque de Anjou y nieto de Luis XIV.

Entonces la Europa entera se alarma ante la preponderan-

cia de los Borbones, como antes lo hiciera frente á la grandeza de los Austrias, y da lugar á la Grande Alianza que origina una guerra europea general y formidable. En las campañas de 1702 á 1710 el triunfo favoreció constantemente á los aliados, y tanto que sólo los españoles fuimos poco á poco perdiendo á Gibraltar, las Baleares, Alicante, Cerdeña y Orange, pero las batallas de Villaviciosa y Denain cambiaron de repente el aspecto general de las cosas, coincidiendo el triunfo de los hispano-francos con la proclamación del archiduque Carlos, Emperador de Alemania, hecho que hace innecesaria la guerra que tuvo por objeto evitar la unión de los dos reinos, Francia y España ó España y Alemania en una sola familia.

Así se impuso la tan deseada paz de Utrech, (1713) por la cual, previa cesión de sus derechos á la corona de Francia, era Felipe V el Animoso reconocido como Rey de los españoles.

Más absorbente que en el exterior fué todavía dentro de Francia la política de Luis XIV: el Estado soy yó, dijo, y no se engañaba, pues que la gobernación del reino estuvo sujeta no más que á la voluntad de este monarca.

Auxiliado eficazmente en sus proyectos por hombres tan notables como el hacendista Colbert, el diplomático Lionne, el político Letellier, los generales Condé y Turena, y los marinos Duquene y Bart, elevó su patria hasta un grado inverosímil de prosperidad material, si bien la corruptora inmundicia de la corte y el forzado servilismo de los pueblos comenzaron á iniciar en breve una inevitable decadencia.

Sensible es que el fanatismo religioso de sus consejeros le moviera á decretar aquellas incalificables persecuciones, conocidas con el nombre de Dragonadas, que hicieron emigrar á países extraños más de 500.000 calvinistas.

A poco de estos sucesos moría Luis XIV, diciendo al morir á su heredero: consuela al pueblo con todo tu poder y realiza lo que yo he tenido la desgracia de no realizar.

Luis XV sube al trono de menor edad (1715) bajo la regencia del duque de Orleans, hombre de talento pero de co-

rrompidas costumbres, el cual produjo en el exterior la derrota del predominio francés y en el interior la miseria y el escándalo.

De mayor edad el rey, el virtuoso Fleury moraliza la general corrupción y remedia los malos efectos de la administración pasada, pero sus inclinaciones le condujeron del lado de los cortesanos y favoritas, y Francia toma parte en las guerras de sucesión polaca, en la de Austria y en la de Siete años, equivocándose siempre. También luchó contra Inglaterra, y esto cuando los pueblos se arruinaban para mantener los vicios de la corte y el lujo de las reales cortesanas.

La frase atribuida al rey—después de nosotros, el diluvio—era digna de quien había consentido que la nación fuese juguete de la Dubarry.

Así las cosas, le sucede Luis XVI, (1774) de corazón bondadoso y buena voluntad, aunque de escaso carácter. Conociendo que la bancarrota se le imponía encargó de salvar la Hacienda á Turgot, Maiesherbes y Necker, pero sus medidas se estrellaron contra la resistencia de los nobles, víctimas de la reforma económica. A tal extremo llegaron las cosas bajo el ministro Caloune, que fué necesaria la convocación de los Notables, ineficaz de suyo, por la oposición de la Nobleza y del Clero á que se mermasen sus privilegios, á lo cual, atento el pueblo que sufría y callaba, pidió la reunión de los Estados generales.

Al fin los Estados generales se reunieron (1789) representando á la Nobleza, el Clero y el Pueblo, y la Revolución puede decirse que comenzó con ellos.

LECCIÓN XLVII.

Prusia.—Rusia.—Polonia

Origen del reino de Prusia.—Federico I y Federico Guillermo I.—Federico II el Grande.—Federico Guillermo II: el Edicto de Religión.—Resumen histórico de Rusia hasta Pedro el Grande.—Pedro el Grande: sus conquistas.—Catalina II: anexión de Polonia.—Qué era Polonia.

Los Caballeros Teutónicos procedentes de Jerusalén, cuando á consecuencia de las Cruzadas se crearon las Ordenes religioso-caballerescas, habitaron la Prusia desde los comienzos del siglo XII y se dedicaron á la propagación del Cristianismo.

Alberto de Brandemburgo, Gran Maestre, alcanzó del emperador Sigismundo la secularización del ducado; así como Federico I consigue convertirle en Reino independiente, consagrándose rey de Prusia en Kenisberg (1701) y designando por capital á Berlín.

Federico Guillermo I, el rey sargento, empezó por desterrar de la corte el fastuoso ceremonial y los considerables gastos que su padre Federico I había introducido en ella, distinguiéndose por esa economía exagerada tan cercana de la avaricia.

De fuerzas hercúleas y aficionado á las cosas militares, aumentó el ejército, creó la guardia de gigantes, á la que instruía por sí mismo, y dió estabilidad y fuerza bastantes á su naciente reino: para demostrar su carácter y condiciones de gobierno basta citar el hecho de que como encontrara empobrecido el tesoro, á consecuencia de anteriores despilfarros, decretó la venta de las posesiones reales y de cuantas joyas encerraba Palacio, suprimió todas las pensiones, desterró el lujo, y vivió y murió como el particular más sencillo.

De este modo fué trabajando Federico Guillermo el engrandecimiento de Prusia, y preparó el brillante reinado de su hijo Federico II, á quien la Historia ha calificado de Grande.

Conquistada antes la independencia del territorio que se aumentó con la Silesia, ocupa ahora Federico II una gran parte de la infortunada Polonia, de acuerdo con la Emperatriz de Rusia, Catalina II.

En el interior, protegió la agricultura, mejorando la suerte del labrador; disminuyó los tributos, aunque más tarde introdujo por sistema las contribuciones indirectas, impulsó la naciente industria, facilitando la adquisición de primeras materias del extranjero; dió vigor al comercio, abriendo nuevas vías y trabajando las fluviales; enseñó á vivir con economía, reduciendo los gastos de su palacio y suprimiendo empleados inútiles; favoreció la enseñanza, organizando los estudios de Berlín; y finalmente, nuevo Mecenas, además de haber escrito varias obras científicas, entre ellas la Historia de sus campañas, la de su familia y la de su época, protegió á todas las ilustraciones de su tiempo, en las armas, en las ciencias y en las artes.

Le sucede Federico Guillermo II (1786) notable por su vida licenciosa y malas costumbres. El único acto importante de su reinado fué la promulgación de un Edicto prohibiendo á los eclesiásticos otra doctrina que la evangélica, con lo cual desagradó á todos, católicos y protestantes.

Los territorios situados al N. E. de Europa, conocidos actualmente con el nombre de Rusia, fueron desde antiguo habitados por tribus fineses, las cuales, á principios del siglo IX, se constituyeron en forma de un estado político bajo la dirección de Rurico.

En el siglo siguiente, Wladamiro el Grande, su jefe, se convierte al Cristianismo y ensancha los límites del reino, pero la división que de sus dominios hizo al morir, sumió á Rusia en el estado más espantoso de anarquía y debilidad que puede imaginarse, hasta el extremo de ser imposible años después toda resistencia cuando tiene lugar la invasión de los Mogoles (1237).

Tres siglos más tarde (1545) Juan IV, primer monarca ruso que lleva el título de Czar, organiza algún tanto el reino y prepara su grandeza ulterior bajo la dominación de la dinastía Roma-

now, cuyo primer soberano Miguel (1613) termina el desorden interior y trabaja ventajosas alianzas con Suecos y Polacos, antes enemigos irreconciliables de Rusia.

Después de los insignificantes reinados de Alejo I, el vencedor de los polacos, y del tiránico Foedor III, es proclamado Czar cuando apenas contaría diez años, Pedro I el Grande, bajo la tutela de su hermana Sofía.

De mayor edad, (1689) dotado de voluntad enérgica, claro talento, penetración nada vulgar, y sobre todo, de una actividad prodigiosa, quiso en primer término educarse, para lo cual, agregado á una embajada, viajó por Alemania, Inglaterra y Holanda, estudiando con cuidado sus civilizaciones y progreso.

Hasta se cuenta que en este último país trabajó como carpintero en un arsenal, bajo nombre supuesto.

Cuando más engolfado se hallaba en sus estudios supo que los Strelitz, dirigidos por su hermana Sofía, intentaban arrojarle del trono: miles de conjurados pagaron con la vida su intento, y desde entonces ya no pensó en alejarse de Rusia. Implantó á poco en el reino notables reformas, entre ellas, la creación de grandes ejércitos á la europea, la sustitución de la táctica rusa por la alemana, la creación de la marina, y otras muchas.

Derrotados los Suecos y los Turcos, afirmado su poder en el interior y disponiendo de grandes elementos, emprende la gran guerra del Norte (1700).

Tuvo por objeto esta guerra despojar á los Suecos de las costas occidentales del mar Báltico, que necesitaba para engrandecer su marina: uniéronse en ella contra Carlos XII de Suecia, uno de los generales más grandes de la Historia, Pedro de Rusia, Federico IV de Dinamarca y Augusto II de Polonia.

Mal empezó la campaña para los coligados, pues Carlos XII derrota á los dinamarqueses, que piden la paz, bate á los rusos delante de Narva, y penetrando en Polonia la cruza victorioso en todas direcciones: la batalla de Pultawa ganada por Pedro el Grande hizo cambiar radicalmente el estado de las cosas, y después de varios encuentros, en uno de los cuales, el

del Fiedrichsall, encontró el Rey de Suecia la muerte, (1718) termina esta guerra que valió á los rusos los más hermosos territorios del Báltico.

Antes de morir fundó Pedro el Grande á orillas del Newa la moderna capital, San Petersburgo, implantó en su patria los gérmenes de una nueva civilización, tomó el título de Emperador de todas las Rusias, y se erigió en Pontífice de la iglesia griega.

Después de los reinados de Catalina I, Pedro II é Isabel I, ocupa el trono de los Czares, Catalina II, esposa de Pedro III, asesinado jurídicamente (1762).

Aficionada al estudio, y deseando completar la obra de Pedro el Grande, ejecuta el tercer reparto de Polonia, conquista extensos territorios al Imperio turco, protege decididamente las ciencias, las artes y las letras, mejora la administración del reino, y mantiene correspondencias activas con Voltaire, Diderot y D' Alembert.

No es extraño también que introdujera grandes reformas en la cuestión social, si bien hubo de abandonarlas al observar los acontecimientos que se desarrollaron con motivo de la Revolución francesa.

Aparece por primera vez en la Historia el estado de Polonia, á principios del siglo IX: debe su origen á varias tribus slavas.

El Cristianismo penetra en él un siglo más tarde, bajo el gobierno del Duque Micislao, y es elevado á la categoría de Reino por Primislao. Pero cuando comienza á tener alguna importancia histórica rige sus destinos Augusto II, el cual ocupa el trono en el primer tercio del siglo XVIII.

Dividida entonces la nación en partidos, empobrecidos los pueblos, revuelta la nobleza y sin prestigio el Monarca, fué juguete Polonia de los rusos, prusianos y alemanes, los cuales intervinieron en sus negocios para debilitarla más y más: cuando conocieron que la falta de patriotismo y el exceso de división los entregaba atados en manos de sus enemigos, era ya tarde.

Ni el activo Poniatowski, ni el valiente Kociusko, pudieron evitar su ruina: la batalla de Mijovia (1795) es el último estertor de la agonía de este pueblo, que muere absorbido por Austria, Rusia y Prusia.



LAS REFORMAS Y LAS REVOLUCIONES

LECCIÓN XLVIII.

Inglaterra.—Alemania.

Consideraciones generales.—Inglaterra: Casa de Hanover-Jorge II: Pitt.—Jorge III: las Colonias.—Alemania: José I y Carlos VI.—La Pragmática sanción.—Guerra de Siete años: paz de Hapsburgo.—José II: sus reformas.

La reforma político-religiosa cuyos problemas fundamentales no habían tenido solución completa en la paz de Westfalia, continúan agitando los ánimos hasta que afecten una forma concreta y se exhiban en toda su imponente gravedad.

Iniciada la idea, no hay medio de eludirla: la Monarquía absoluta tendrá que abrir paso á las modificaciones políticas albergadas en la conciencia de todos los pueblos.

Concurrieron á trabajar los designios de la Providencia, la participación que los Monarcas conceden al Estado llano en el gobierno, para contrarrestar el poder de los Nobles; el principio del libre examen, que la reforma protestante esparce por Europa; la guerra que la civilización presenta en todas partes á la intolerancia religiosa, y la mayor cultura, en fin, de las masas inconscientes, redimidas por la instrucción.

El progreso científico coadyuvó á este fin de un modo asombroso: rompiéronse los antiguos moldes, y una juventud ansiosa de saber fué como á saciarse en las obras inmortales que trabajaron Leibnitz, intentando adunar la religión y la ciencia; Kant, con su criticismo que abrió al espíritu ignorados horizontes; Hegel, el fundador del idealismo objetivo; Newton, cuyos principios de la gravitación universal hicieron presentir las modernas teorías fisico-astronómicas; Buffon, al fundar la filosofía de la naturaleza; y otros muchos que pudiéramos citar, aun prescindiendo de Voltaire, Rousseau, Diderot y D'Alamber, conocidos con el nombre de Enciclopedistas.

Al comenzar este periodo de transición encontramos implantada en Inglaterra la dinastía de los Hanover con Jorge I, (1714) bajo cuyo gobierno consiguieron su afianzamiento las libertades nacionales.

Perseguido el partido Thory como afecto á los destronados Stuardos, realizaron desde el poder los Whys la aceptación por todos del monarca hanoveriano, bien que los primeros intentaran conducirlo hácia el absolutismo de que eran decididos partidarios.

En tiempo de Jorge II, (1727) vencidos los Thorys en el terreno de la fuerza gracias á la decisiva batalla de Cullodén, sucede Pitt á Walpole en la dirección de los negocios públicos: toda su política se reduce á mantener la supremacía marítima, por medio del equilibrio europeo, interviniendo en las guerras de Sucesión austriaca y en la de los Siete años contra Francia, sobre todo en esta última, pues los Ingleses tenían interés en mortificar á España, cuyo comercio con América les causaba envidia, y á Francia cuya marina les disgustaba en extremo.

Jorge III (1760) hereda de su padre el mismo ideal político, y hasta el mismo Ministro: sin embargo, desechado por el Parlamento el proyecto que Pitt le presenta para hacer la guerra á Españoles y Franceses, unidos por el Pacto de familia, abandona el poder, sin que por eso la guerra se evite hasta el convenio de París (1763) altamente ventajoso para los intereses de Inglaterra.

El hecho más importante de este reinado es el levantamiento de las Colonias, cuya consecuencia definitiva para este país consistió en la fundación del Imperio de la India y la anexión del Canadá.

Después de Leopoldo que tomó parte en la coalición europea contra Luis XIV y de José I que peleó en la guerra de Sucesión española contra Felipe V, ocupa el trono de Alemania Carlos VI: (1720) el único acto importante de su reinado fué la promulgacion de una Pragmática en la cual declaraba la indivisibilidad de los Estados austriacos, trasmisibles también á la

descendencia femenina, y esto por declarar heredera á su hija M. Teresa.

Formáronse con tal motivo dos ligas: una que apoyaba al pretendiente C. Alberto, y otra que mantenía la legalidad de la Pragmática: cuando C. Alberto, vencedor de la Emperatriz, iba á ceñirse en Francfort la corona, tuvo M. Teresa la feliz idea de dirigirse á Croacia y Slavonia, cuyos habitantes rescatan los territorios perdidos é imponen á su enemigo la paz de Breslau, base de la de Aquisgrán (1748).

Animado Federico II de Prusia con el éxito de las campañas anteriores, se opone á que nadie merme sus derechos sobre Silesia, cuya pérdida veía con disgusto M. Teresa. Coligada la emperatriz con Rusia y Francia, principia la guerra de los Siete años.

Increible parece que los prusianos pudieran resistir contra fuerzas tan considerables, pero Federico II alcanzó merecida fama de guerrero en las batallas de Pirna, Praga y Leuthen, en las cuales derrota á sus enemigos. La paz de Hubersburgo (1763) que pone término á la guerra, coloca á Prusia entre las Potencias de primer orden.

José II, sucesor de M. Teresa, unificó el sistema político-administrativo de sus heterogéneos estados, dividió el Imperio en círculos y los círculos en gobiernos, compiló los códigos civil y criminal completándolos en armonía con los adelantos de la época, autorizó la tolerancia religiosa y creó establecimientos de enseñanza.

LECCIÓN XLIX.

La Revolución Francesa

La Asamblea nacional.—La Cámara Legislativa.—La Convención: suplicio de Luis XVI.—Proclamación de la República.—El Terror.—El Directorio: Campañas de Napoleón.—El Consulado y el Imperio.—Los Cien días: la Restauración.

La Nobleza y el Clero se negaron á deliberar en unión del Estado llano, por cuya causa ofendido éste se constituye revo-

lucionariamente en Asamblea nacional, utilizando un salón del juego de pelota contíguo al palacio de Versalles, donde sus individuos, presididos por Baille, Sieyes y Mirabeau, juran no separarse hasta haber dado una Constitución á la Francia.

La segunda sesión se celebró en el templo de San Luis y en ella vió el Rey desobedecida su autoridad por primera vez al suspender los debates; y cuando la corte medita un golpe de fuerza para atemorizar á los descontentos, y las hostilidades se inauguran con la destitución de Necker, el torrente revolucionario se desborda, las campanas tocan á rebato, se saquean los almacenes de los armeros, las masas se apoderan de 30.000 fusiles en el cuartel de Inválidos, asaltan y destruyen la Bastilla, horrible prisión de Estado, y Necker, el amigo del pueblo, hace su entrada triunfal en París sobre los hombros de la exaltada muchedumbre.

El Rey transige con la Asamblea nacional, ante la cual se presenta, encarga á Necker del gobierno, nombra á Lafayette comandante de la guardia nacional, y acepta en principio una Constitución que consagra los derechos del hombre, y declara abolidos el sistema feudal y los privilegios de clase.

Pero como Luis XVI retardara la promulgación de este notable documento, amotinado el pueblo, se dirige á Versalles, invade la Asamblea en medio del más espantoso desorden, ataca el palacio real cuyos guardias perecen degollados, y gracias si la llegada de Lafayette puede hacer que el Monarca, rodeado de las muchedumbres, se traslade á París sano y salvo: la Asamblea nacional vuelve también á la corte, donde continúa su obra declarando enagenables los bienes del clero, y consiguiendo la libertad de cultos, la abolición de las órdenes monásticas, la supresión de algunos obispados, la nueva división territorial, judicial y administrativa, y el juramento de sumisión al nuevo orden de cosas.

La Revolución se propaga por toda la Francia con rapidez vertiginosa, en tanto que la opinión de los parisienses es conducida hasta la demagogia por las predicaciones de los clubs que

organizan los jacobinos, franciscanos, y fuldenses, cuyos jefes Marat, Dantón, y Lafayette, respectivamente, apenas si podían contener el general desbordamiento.

Muerto Mirabeau, el único defensor autorizado de Luis XVI, y no queriendo suscribir este Monarca el decreto contra los emigrados, se decide á huir disfrazado hácia la frontera del Norte, pero es reconocido en Varennes y le hacen volver á la capital para suspenderle en sus funciones el mismo día que, publicada la nueva Constitución, se declaraba disuelta la Asamblea nacional.

La nueva Asamblea, que recibió el nombre de Cámara Legislativa, se compuso casi exclusivamente de republicanos exaltados, en ella se dibujaron bien pronto tres diferentes tendencias que venían á converger en un solo deseo: guerra contra el pasado orden de cosas.

Representaban aquellas tendencias los girondinos, los jacobinos, y los franciscanos, cuyos principales jefes Petion, Roland, Danton, Desmoullins, Robespierre, y Marat, hicieron que la Asamblea, en vista de la actitud de las Potencias extranjerías, declarase la guerra á Leopoldo de Austria, hermano de la esposa de Luis XVI, y á Catalina II de Rusia.

Como el rey se resistiese y admitiera la dimisión del ministerio girondino, las turbas amotinadas que mandaba el feroz Santerre asaltan el palacio, insultan al monarca, que con su familia se refugia en el seno de la Representación nacional, y los diputados en vista del imprudente manifiesto del duque de Brunswick, iniciador de la invasión al frente de un poderoso ejército compuesto de austriacos y prusianos, declara que la Patria está en peligro y nombran para salvarla un comité revolucionario: Danton, ministro de Justicia y alma de la política después de estos sucesos, consintió los excesos de Marat, y los mayores cometidos por el llamado Tribunal de Sangre, y tropas de facinerosos recorrieron las calles de París degollando sin piedad á millares de infelices: ejemplo triste que bien pronto cundió por todas partes.

Bajo la influencia de tantos horrores, surge la nueva Asamblea, titulada la Convención, cuyo primer acto fué condenar al rey á muerte por una mayoría de cinco votos, á pesar de los esfuerzos de los girondinos.

Tuvo lugar la ejecución el día 21 de Enero de 1793.

Proclámase la república una é indivisible; la Europa coligada dirige sus ejércitos contra Francia, en cuya capital los jacobinos de la Montaña triunfan de la Gironda y establecen el imperio del Terror, en tanto que los prusianos sitiaban á Maguncia, y los austriacos continuaban victoriosos el avance, y los españoles ocupaban algunas importantes plazas del Mediodía.

Marat, el jefe de aquella sangrienta dictadura, atiende á todo adquiriendo dinero con la venta de las confiscaciones á los emigrados, y pone en pié de guerra como por encanto una falange de un millón y doscientos mil soldados. La sangre corría á torrentes en la capital y en los departamentos bajo la dirección de los exaltados jacobinos, mucho más después de haber sido asesinado Marat por Carlota Corday: los revolucionarios templados, que como Roland, Petion y Condorcet habían sido los iniciadores del primer movimiento, tuvieron que suicidarse para escapar de la guillotina, á la cual no cesaron de enviar numerosas víctimas diarias Saint Just y Robespierre, principalmente este último.

Así murieron unos después de otros casi todos los diputados girondinos, y después de ellos Danton, el primer genio revolucionario, Desmoulins y Chabot.

La repugnante figura de Robespierre, hipócrita y sombría, consigue alzarse sobre este inmenso cúmulo de horrores, hasta que, indignado el pueblo, le condena á muerte juntamente con sus compañeros los terroristas: con el suplicio de Robespierre termina en la revolución francesa el predominio de la demagogia.

Formóse después el Directorio compuesto de Barrás, Rewel, Carnot, Larreveliere y Letorneur, cuya ocupación constante no fué otra que arbitrar recursos para mantener los formi-

dables ejércitos que los republicanos necesitaban con el fin de resistir á la Europa, coligada en su contra: la jornada del trece Vendimiario elevó á Napoleón hasta el mando del ejército de Italia, consiguiendo la posesión de este país en fuerza de repetidas victorias. También los austriacos vencidos en Taglimento, tuvieron que aceptar mal de su grado la paz estipulada en Campo Formio; pero la campaña más brillante de este génio de la guerra es la del Egipto, á la cual le excita el Directorio, que empezaba á tener miedo de tan afortunado soldado.

Vencedor en las batallas de las Pirámides y Aboukir, vuelve á París, y en vista de las victorias de los extranjeros y de la completa anarquía que en el interior reinaba, se hace dueño de la situación disolviendo con sus granaderos el Consejo de los Quinientos, y establece el Consulado.

Conseguido el orden, penetra en Italia ocupada por los austriacos, de los cuales obtiene la paz de Luneville; derrota á los ingleses, que aceptan el convenio de Amiens; celebra un Concordato con Roma; é imponiéndose á todos, extranjeros y nacionales, se declara Cónsul perpétuo, primero, y Emperador, después, pero de un imperio colosal, que comprendía, además de Francia con sus numerosas posesiones, Italia, Holanda, Flandes y los territorios de la orilla izquierda del Rhin.

Las naciones europeas se sublevan contra tanta grandeza, pero Austria, es derrotada en Uima, y Rusia en Austerlitz y en Friedlan: la paz de Tilsit, que representa el apogeo del poderío de Napoleón (1807) cambia el aspecto de Europa. El Imperio alemán desaparece para que, bajo el protectorado de Francia, se forme la Confederación germánica del Rhin, y nazcan á la vida los nuevos estados independientes de Sajonia, Baviera, Wurtemberg y Westfalia.

Las campañas de España y Rusia, fueron el gran error de Bonaparte: la resistencia heroica de Zaragoza y Gerona, y la derrota de Leipsik, en la cual los franceses fueron vencidos por los austriacos, prusianos y rusos, le obligaron á internarse en Francia. Los coligados entran en París, Napoleón es deste-

rrado á la isla de Elba, y Luis XVIII ocupa el trono de sus antepasados (1814).

En tanto que los diplomáticos reunidos en el Congreso de Viena (1815) organizan á su gusto el mapa político de Europa, deshaciendo la obra del Imperio, y Luis XVIII otorga á su pueblo una Constitución que no cumple, desembarca Napoleón cerca de Cannas, penetra en París, y dá comienzo al Imperio de los Cien dias, que encuentra su término en la batalla de Waterloo, donde se eclipsa la estrella de este rayo de la guerra.

Refugiado en la isla de Santa Elena, murió el 5 de Mayo de 1821. Luis XVIII ocupa por segunda vez el trono de Francia, y con la Restauración concluye este primer movimiento revolucionario que, á pesar de su odio á la República, propaga Napoleón por todas partes.

LECCIÓN I.

América.

América inglesa.—Sublevación de las Colonias: el Congreso general.—Coalición contra Inglaterra: independencia de los Estados- Unidos.—Engrandecimiento de esta República.—Independencia de las colonias españolas.

Las primeras posesiones de los Ingleses en América datan desde los tiempos de Enrique VII, en cuyo reinado descubre Gabotto (1497) las playas de Terranova y la Florida.

Posteriormente, funda Wualter Raleig el territorio de Virginia; (1587) Jacobo I, concede autorización á dos comerciantes para establecer las colonias de Jamestow (1607) y Nueva Inglaterra; (1614) y los perseguidos católicos se refugian en América y dan origen al territorio de Masachussets, (1620) así como los llamados Puritanos (1622) se establecen en Maryland.

La América inglesa adquiere importancia cuando en 1662 concede Carlos II á ocho señores ingleses el privilegio de fundar el estado de la Carolina, y mucho más al aparecer la Pensilvania

y adquirir en fuerza de guerras contra España y Francia, la Nueva Escocia, el Canadá, y la Guyena, posesiones todas, así como las anteriores, reconocidas á Inglaterra en virtud del tratado de París.

Como el Gobierno británico estimara procedente atender á los enormes gastos del presupuesto nacional y al pago de su Deuda estableciendo sobre las Colonias algunos tributos, sobrado enojosos, alegaron éstas la injusticia de semejante medida, tanto más cuanto que, á pesar de sus excitaciones, no habían conseguido tener representación propia en el parlamento nacional.

El célebre político Pitt defiende la reclamación de los colonos en frente del Gobierno, sin lograr ventaja alguna; y como los ingleses cerrasen algo después por un decreto el puerto de Bostón, los anglo-americanos reúnen en Filadelfia el primer Congreso general, (1774) suspenden las relaciones comerciales con su Metrópoli, y al querer el general Gages apoderarse de Concordia, lanzan el grito de guerra, cuyo eco encontró bien pronto simpatías y apoyo en muchas Naciones de la vieja Europa.

El manifiesto redactado por Jefferson, y que firmaban con él los representantes de los trece Estados, declaraba la independencia de estas Colonias (1776).

Nombrado Washington general en jefe, destroza á los ingleses en frente de Bostón y emprende su brillante campaña del Canadá, si bien es más tarde herido y derrotado á su vez en Brandiwine: la lucha se mantiene indecisa hasta que el inglés Bourgogne capitula en Saratoga (1777): Francia reconoce la independencia de estos Estados (1778) y les envía un importante socorro en hombres y dinero, intervienen Alemania y Rusia y los Ingleses comprenden que, dado el estado de su tesoro y de su marina, son incapaces de hacer frente á la coalición franco-hispano-americana que en contra suya tenían.

El gobierno presidido por Sheridan y del que formaron parte, entre otros, Fox y Burke, reconoce la independencia de

los Estados-Unidos, (1782) debida principalmente á tres hombres eminentes en grado altísimo: Washington, Franklin y Lafayette.

El engrandecimiento de los Estados-Unidos, cuya vida política comienza en el año 1778 con el establecimiento de la República, ha ido progresando desde esa fecha hasta nuestros días, gracias á la adquisición de varios territorios, la Luisiana, Florida, Tejas, Alaska, entre otros, y principalmente al respeto á la libertad, y al desarrollo de la instrucción, obligatoria y gratuita, bajo cuyos elementos crece la agricultura, revive la industria y se ensancha el comercio.

También las Colonias españolas de Buenos Aires, Chile, Venezuela, Ecuador, Nueva Granada, Méjico, Perú y Guatemala, se hicieron independientes de la Madre patria; y á este resultado concurrieron, entre otras causas, el ejemplo de las colonias inglesas, la enemistad de las razas, y la administración desastrosa de los españoles. Las necesidades de la guerra de nuestra Independencia, amenazada por los franceses, consiguieron que apenas si pudiéramos hacer algo sério y formal para evitarlo.



ÍNDICE

Páginas

- LECCIÓN I.—*Introducción al estudio de la Historia*—Definición de la Historia.—Elementos que supone todo hecho.—Elementos que constituyen la Historia.—Ley fundamental histórica.—El Progreso.—Clasificación de la Historia por el sujeto, el objeto y la forma.—Ciencias auxiliares de la Historia.—Medida del Tiempo.—Edades y períodos.—Importancia de los estudios históricos. 5

EDAD ANTIGUA

- LECCIÓN II.—*Tiempos Prehistóricos*.—La Prehistoria y la Biblia.—Qué es Prehistoria.—Origen de nuestro Planeta.—Origen del Hombre.—Unidad de la especie humana: las razas: La creación del Hombre y del Mundo según el Génesis.—El Diluvio.—Dispersión de las gentes.—Concordancia entre la Prehistoria y la Biblia. 9

- LECCIÓN III.—*Oriente*.—China.—India.—China: sus aborígenes.—Resumen de su historia.—Su civilización.—Organización social y política.—India: sus aborígenes.—Resumen de su historia.—Su civilización.—Organización social y política. 12

- LECCIÓN IV.—Egipto.—Fenicia.—Egipto: sus aborígenes.—Resumen de su historia.—Su civilización.—Organización social y política.—Fenicia: sus aborígenes.—Resumen de su historia.—Su civilización.—Organización social y política. 14

- LECCIÓN V.—Palestina.—Mesopotamia.—Media.—Persia.—Palestina: sus aborígenes.—Resumen de su historia.—Su civilización.—Organización social y política.—Mesopotamia: sus aborígenes.—Resumen histórico de los Imperios caldeo, asirio y caldeo-babilónico.—Su civilización.—Organización social y política.—Media: sus aborígenes.—Resumen histórico.—Persia: sus aborígenes.—Resumen histórico.—Civilización medo-persa.—Organización social y política. 17

- LECCIÓN VI.—*Grecia*.—Tiempos heroicos.—Esparta y Atenas.—Aborígenes: Colonias orientales.—Invasión dórica.—Esparta: organización po-

lítica y social.—Legislación de Licurgo: sus consecuencias.—Atenas: organización política y social.—Legislación de Solón: sus consecuencias.—La Tiranía en Atenas.....	21
LECCIÓN VII.—Guerras Médicas.—Las Hegemonías.—Guerras Médicas: su causa.—Resumen histórico hasta la paz de Cimón.—Hegemonía de Atenas: su razón.—Actitud de Esparta: guerra del Peloponeso.—Hegemonía de Esparta: traición de Alcibiades y sus consecuencias.—Hegemonía de Tebas.....	23
LECCIÓN VIII.—El Imperio Greco-Oriental.—Macedonia: sus aborígenes.—Filipo II: sus proyectos.—Las guerras Sagradas: su consecuencia.—Alejandro: conflictos interiores y exteriores: Campañas asiáticas de Alejandro: el Imperio Greco-Oriental.....	25
LECCIÓN IX.—Civilización griega.—La Religión.—Organización social y política.—Misión de Grecia en la Historia.—Literatura y Filosofía.—Arquitectura y escultura.....	27
LECCIÓN X.—Roma.—La Monarquía.—La República.—Aborígenes de Italia.—Origen de Roma.—División de la historia romana.—Los Reyes.—Abolición de la monarquía.—La República: primeros Cónsules.—Patricios y Plebeyos: los Plebeyos en el Aventino.—El Tribunal.—Coriolano.—Spurio Casio: proyecto de Ley agraria.—El Decenvirato: Código de las Doce Tablas.—Adquisiciones de los Plebeyos.....	29
LECCIÓN XI.—Guerras y Conquistas.—Guerra de Veyes: Camilo.—Proyecto de la plebe después de la victoria.—Invasión de los Galos: Manlio Capitolino.—Guerra contra los Samnitas.—Conquista de la Italia meridional.—Guerras púnicas: su causa y significación.—Acontecimientos principales.—Conquista de la Galia Cisalpina é Iliria, Siracusa, Macedonia y Grecia.—Conquista de Siria y Pérgamo.—Conquistas en España.....	31
LECCIÓN XII.—Guerras civiles.—Situación de Roma al terminar las guerras y conquistas.—Sublevación de los esclavos.—Tribunado de Tiberio Graco: la Ley agraria.—Tribunado de Cayo Graco.—Guerra de Yugurta.—Invasión de los Cimbros y Teutones.—Los pueblos aliados contra Roma.....	35
LECCIÓN XIII.—La Revolución.—Los Triunviratos.—Mario y Sila: causa de su rivalidad.—La Revolución: Sulpicio.—Guerra del Ponto.—Sila en Roma: las Proscripciones.—Consulado de Marco Lépido.—Guerra de los Gladiadores.—Pompeyo el Grande: sus triunfos.—Conjuración de Catilina.—El Primer Triunvirato.—César en las Galias.—Paso del Rubicón.—César en Roma.—Segundo Triunvirato: batalla de Filipos.—Marco Antonio en Oriente: batalla de Actium.....	37

LECCIÓN XIV.—El Imperio.—Octavio Augusto, Emperador.—Qué es el Imperio en Roma.—Reformas principales.—Las guerras de Augusto.—Emperadores mónstruos.—Tiberio: cómo empieza y cómo acaba.—Cálgula: su locura.—Claudio: Mesalina y Agripina.—Nerón: incendio de Roma.—Nacimiento de Jesucristo.....	40
LECCIÓN XV.—La Monarquía imperial.—Precedente funesto.—Galva, Otón y Vitelio.—Vespasiano: destrucción de Jerusalén.—Tito: su buen gobierno.—Domiciano.—Trajano: edad de oro del Imperio.—Adriano: el Edicto perpétuo.—Antonio Pio: protección á los esclavos.—Marco Aurelio: el Edicto provincial.—Cómico.—Helvio Pertinax.—El Imperio en venta.—Septimio Severo: el Militarismo.—Caracalla: la Constitución Antonina.—La Anarquía militar.—Diocleciano: la Tetrarquía.—Seis emperadores: Constantino.—El Edicto de Milán.....	42
LECCIÓN XVI.—La reacción pagana.—Fin del Imperio romano.—Los hijos de Constantino.—Juliano: su apostasía.—Desde Joviano hasta Graciano y Valentiniano II.—Teodosio: sus victorias.—División del Imperio.—Invasión de los Bárbaros.—Los Godos en Roma.—Valentiniano III: invasión de los Hunnos.—Petronio Máximo: invasión de los Vándalos.—Rómulo Augústulo: fin del Imperio Romano.....	45
LECCIÓN XVII.—Civilización romana.—Unidad que simboliza Roma.—Carácter de la literatura latina.—Autores dramáticos, didácticos y líricos.—Poetas Españoles.—Historiadores.—Oradores.—Jurisconsultos.—Filósofos.—Geógrafos y Astrónomos.—Arquitectura.....	47
LECCIÓN XVIII.—El Cristianismo.—Unidad material que simboliza Roma: la plenitud de los tiempos.—Estado del mundo romano al aparecer el Cristianismo.—El Evangelio: revolución que el Cristianismo significa.—Fundación de la Iglesia.—El Imperio y el Cristianismo: las persecuciones.—Las herejías: el primer Concilio Ecuménico.—Literatura Cristiana.....	50

EDAD MEDIA

LECCIÓN XIX.— <i>El Cristianismo y los Bárbaros.</i> —Preliminar.—Hechos generales de la Edad media.—Los bárbaros: su misión.—Su carácter y costumbres.—Su religión.—Elementos que aportan á la vida histórica..	53
LECCIÓN XX.—Italia.—Dominación de los Ostrogodos: Teodorico.—Conquista de este país por los Emperadores de Oriente: el Exarcado de Rávena.—Establecimiento de los Lombardos: su régimen político.—Fin del reino de los Lombardos.....	57

LECCIÓN XXI.—Francia.—Los Francos en la Galia: Meroveo.—Clodoveo: sus victorias.—Su conversión al Cristianismo.—División del reino.—Guerra entre Austrasia y Neustria.—Los reyes Holgazanes y los Mayordomos de Palacio.—Dinastía Carlovingia.—Carlo Magno: sus guerras: El nuevo Imperio: su organización.—Ludovico Pío: partición del reino.....	60
LECCIÓN XXII.—Inglaterra.—Aborígenes.—Conquista de la Gran Bretaña por los Sajones y los Anglos.—La Heptarquía.—Invasión de los dinamarqueses.—Alfredo el Grande.—Los dos Eduardos.....	62
LECCIÓN XXIII.—Imperio de Oriente.—Historia del Imperio de Oriente hasta Justiniano.—Justiniano: su pensamiento político.—Su gobierno.—Sucesores principales hasta Heraclio.—Heraclio: guerra con los Persas.—Sucesores de Heraclio.—Dinastía de los Isauros.—Cisma de Focio.—Los Conmenos.....	65
LECCIÓN XXIV.—La unidad árabe.—La Arabia.—El pueblo Árabe.—Los Árabes antes de Mahoma —Mahoma y el Koran.—El Califato electivo: la guerra santa.—El Califato hereditario: grandeza militar.—Los Abasidas.—Califato de Bagdad.—Decadencia.....	69
LECCIÓN XXV.—La Iglesia Católica.—La Iglesia.—Los Pontífices.—Origen del Poder temporal.—Los Concilios.—La vida monástica.—Destino providencial que cumple la regla de San Benito.....	72
LECCIÓN XXVI.— <i>El Feudalismo</i> .—Qué es el Feudalismo: su carácter esencial.—El Rey, el Señor y el Vasallo en la monarquía feudal.—Derechos de los Señores.—Progreso que el Feudalismo simboliza....	75
LECCIÓN XXVII.—Francia.—Carlos el Calvo: victoria de los Nobles.—Los Normandos.—Dinastía de los Capetos.—La Tregua de Dios.—Luis VI: su pensamiento político.—Luis VII: incendio de Vitry.—Felipe II Augusto.—Juan Sin Tierra.—Los Albigeneses.—Luis IX: decadencia del Feudalismo.—Felipe III.....	78
LECCIÓN XXVIII.—Italia.—Lotario y sus hijos.—Geografía de Italia en este período.—Los Normandos en Italia.—Los descendientes de Tancredo.—Reyes normandos de las Dos Sicilias.....	80
LECCIÓN XXIX.—Alemania.—Independencia de este país: Conrado I.—Casa de Sajonia: los tres Otones.—Enrique II.—Casa de Franconia: Conrado II y Enrique III.....	83
LECCIÓN XXX.—Inglaterra.—Conquista del país por los Dinamarqueses.—Canuto el Grande y sus hijos.—Eduardo el Confesor.—Los dos Pretendientes.—Conquista de Inglaterra por los Normandos: sus consecuencias.—Enrique I: la Carta real.—Dinastía Plantagenet.—Enrique II.—Ricardo Corazón de León.—Juan Sin Tierra: la Carta Magna.—Los dos Eduardos.....	86

LECCIÓN XXXI.— <i>El Pontificado y el Imperio.</i> —La Lucha.—Luchas entre el Pontificado y el Imperio: su causa.—La Iglesia al advenimiento de Gregorio VII.—Enrique IV y el Clero alemán.—Guerra de las investiduras.—Enrique V: concordato de Worms.—Conrado III: Gúelfos y Gibelinos.—Federico Barbarroja: sus proyectos.—Alemania y el Pontificado.—Federico II: renovación de la lucha.—El Largo interregno: Habsburgo.—Independencia de Suiza.—Fin de las luchas entre el Pontificado y el Imperio.....	91
LECCIÓN XXXII.— <i>Las Cruzadas.</i> —Sus causas.—Situación del Oriente al comenzar las Cruzadas.—Primera Cruzada: fundación del reino de Jerusalén.—Segunda Cruzada.—Tercera Cruzada.—Cuarta Cruzada.—Cruzadas V, VI, VII y VIII.—Consecuencias principales que las Cruzadas produjeron.....	94
LECCIÓN XXXIII.— <i>Italia ante el Pontificado y el Imperio.</i> —Manfredo: dificultades de su gobierno.—Conradino: su desdichada muerte.—Carlos de Anjou: las Vísperas Sicilianas.—Conquista de Sicilia por el rey de Aragón.—Independencia de las principales ciudades italianas.....	99
LECCIÓN XXXIV.— <i>Desarrollo de las Monarquías.</i> —Francia y Alemania.—Francia: contiendas entre Bonifacio VIII y Felipe IV el Hermoso.—Traslación de la Santa Sede á Avignón.—Rienzi.—Gran Cisma de Occidente.—Extinción de los Templarios.—Los Estados generales.—Alemania: Herejía de Hus.—Decadencia del Imperio desde Carlos IV hasta Carlos V.....	103
LECCIÓN XXXV.— <i>Francia.</i> —Últimos Capetos.—Guerra de sucesión anglo-francesa ó de los Cien años.—Juana de Arco.—Sucesos interiores.—La Jaquería.—Borgoñones y Armahacs.....	107
LECCIÓN XXXVI.— <i>Inglaterra.</i> —Estado interior de Inglaterra: perturbaciones religiosas y políticas.—Guerra civil de las Dos Rosas: acontecimientos principales.—Enrique VII Tudor.....	110
LECCIÓN XXXVII.— <i>Imperio de Oriente.</i> —Conquista de este Imperio por los Cruzados y su restauración.—Miguel Paleólogo.—Constantino XII: toma de Constantinopla por los Turcos.—Resumen histórico del pueblo turco.....	111
LECCIÓN XXXVIII.— <i>La Civilización en la Edad media.</i> —Las invasiones.—Los Monasterios y las Universidades.—Hombres notables.—El Arte plástico.—Pintura y Escultura.—Los Árabes.....	114

EDAD MODERNA

LECCIÓN XXXIX.—El Renacimiento: su carácter.—Sus consecuencias.—Las Invenciones: la pólvora, la brújula, y la imprenta.—Los descubrimientos: América.—Los Portugueses en África	117
LECCIÓN XL.— <i>Las Nacionalidades</i> .—Imperio Turco.—Grandeza del Imperio: Solimán el Magnífico.—Guerras y conquistas.—Selim II: sus aspiraciones.—Batalla de Lepanto.—Decadencia del imperio turco.	121
LECCIÓN XLI.—Francia, Inglaterra, Italia y Alemania.—Francia: Luis XI y Luis XII.—Inglaterra: Enrique VII y Enrique VIII.—Italia: Juana II.—Franceses y Españoles en Italia—Florencia y los Médicis.—Las Repúblicas de Venecia y Génova.—Alemania: Maximiliano I.—La paz pública perpétua	123
LECCIÓN XLII.—El Siglo español—Principales monarcas europeos.—Causas de la lucha entre España y Francia.—Primera guerra: batalla de Pavía.—Tratado de Madrid.—Liga Clementina: asalto y saqueo de Roma.—Segunda guerra: paz de Cambray.—Tercera guerra: paz de Crespi.—Enrique II y Felipe II: batalla de San Quintín.—Paz de Chateau-Cambresis.	126
LECCIÓN XLIII.— <i>La Reforma</i> .—Alemania.—Suiza—Holanda.—Francia.—Causas de la Reforma: su eco en Alemania.—Lutero y Melanctón.—Dieta de Worms.—Confesión de Augsburgo.—Carácter político de la Reforma.—Los Pontífices y la Reforma.—Suiza: las dos Ligas.—Calvino.—Holanda: Felipe II y Guillermo de Orange.—Francia: los Guisas y Condé.—Conjuración de Amboise.—Catalina de Médicis: la Saint Barthelemy.	129
LECCIÓN XLIV.— <i>Inglaterra</i> .—Enrique VIII: sus primeros años de gobierno.—Ana Bolena: el rey excomulgado.—Enrique VIII Pontífice de la Iglesia en Inglaterra.—María Tudor la Católica.—Isabel: la Ley de los 39 Artículos.—Escocia: María Stuardo.—Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia.—Lucha entre la libertad religiosa y el despotismo civil: Carlos I.—El rey y el Parlamento: la Revolución.—Muerte del Rey.—La República: Cromwel.—La Restauración: Carlos II.—Jacobo II: su expulsión del trono.—Ana I: unión definitiva de Ing'laterra y Escocia.	132
LECCIÓN XLV.—Guerra de Treinta años.—Rodolfo II de Alemania: Católicos y Protestantes.—Causas generales de la guerra.—Períodos que comprende: acontecimientos principales.—Resultados de la paz de Westfalia	134
LECCIÓN XLVI.— <i>La Monarquía absoluta</i> .—Francia.—Luis XIV: Mazarino.—Guerra contra España: paz de Aquisgrán.—Guerra contra Holan-	

da: paz de Nimega.—Liga de Augsburgo.—Guerra general europea: tratado de Utrech.—Estado interior de Francia: inerte del Rey.—Luis XV: corrupción de la Corte.—Luis XVI: situación crítica.—Los Estados generales.....	138
LECCIÓN XLVII.—Prusia.—Rusia.—Polonia.—Origen del reino de Prusia.—Federico I y Federico Guillermo I.—Federico II el Grande.—Federico Guillermo II: el Edicto de Religión.—Resumen histórico de Rusia hasta Pedro el Grande.—Pedro el Grande: sus conquistas.—Catalina II: anexión de Polonia.—Qué era Polonia.....	142
LECCIÓN XLVIII.— <i>Las Reformas y las Revoluciones.</i> —Inglaterra.—Alemania.—Consideraciones generales.—Inglaterra: Casa de Hanover.—Jorge II: Pitt.—Jorje III: las Colonias.—Alemania: José I y Carlos VI.—La Pragmática sanción.—Guerra de Siete años: paz de Hapsburgo.—José II: sus reformas.....	147
LECCIÓN XLIX.—La Revolución Francesa.—La Asamblea nacional.—La Cámara Legislativa.—La Convención: suplicio de Luis XVI.—Proclamación de la República.—El Terror.—El Directorio: Campañas de Napoleón.—El Consulado y el Imperio.—Los Cien dias: La Restauración.....	149
LECCIÓN I.—América.—América Inglesa.—Sublevación de las Colonias: el Congreso general.—Coalicón contra Inglaterra: Independencia de los Estados-Unidos.—Engrandecimiento de esta República.—Independencia de las colonias españolas.....	154

❁ FIN. ❁

* 1111 *



